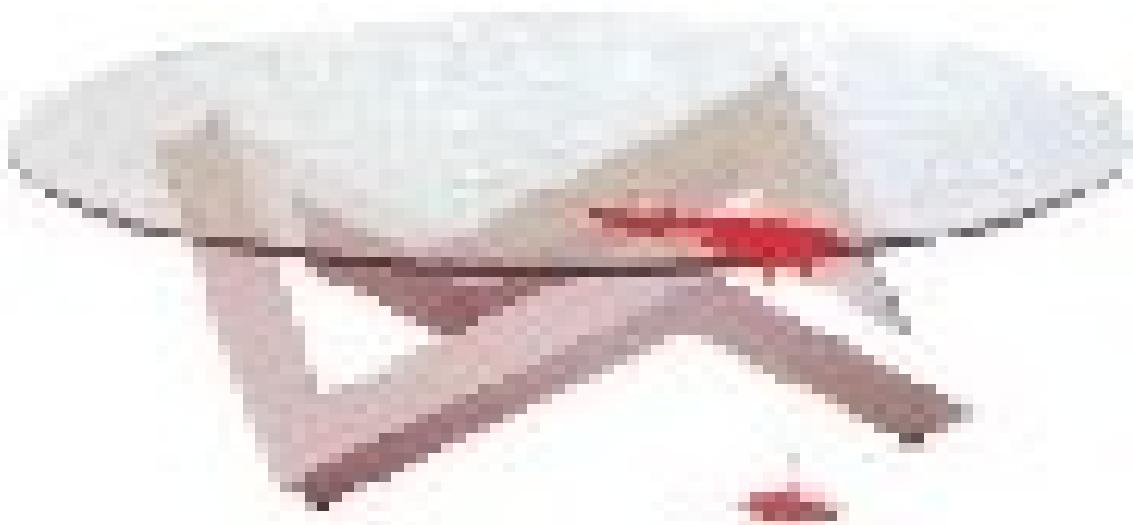


vértigo

JEZABEL

Versión original de 2003/04

Eduardo Sánchez Rugeles



El libro que usted tiene en sus manos forma parte de una colección que llamamos Vértigo. La titulamos así porque vivimos con esa sensación vertiginosa de que está a punto de ocurrirnos algo. Podemos hacernos los locos, pero sentimos que el abismo está ahí, es cuestión de suerte, en cualquier momento se nos cumple un sueño o se nos hace realidad una pesadilla. Los estrechos lazos que unen a los personajes de esta novela parecen comenzar a romperse cuando la noticia de una mujer muerta da inicio a esta historia. Así empieza a escucharse la voz de Alain Barral, el protagonista, quien a través de sus recuerdos intenta resolver un crimen que ocurrió en su adolescencia, etapa que el autor utiliza como contexto para presentarnos a unos jóvenes que vienen deprisa y al límite, y que se excusan en el sexo, las drogas, los amores iniciáticos y los errores que se arrastran de por vida

JEZABEL

(Versión original sin censura)

EDUARDO SÁNCHEZ RUGELES

“¡Lo que hace el tiempo con nosotros! ¡Nuestra identidad a lo largo de los años solo es garantía por el nombre! Habría que cambiarla cada cinco años. Resulta, en verdad, imposible creer que fuéramos quienes hemos llegado a ser”.

Emil Cioran

“Los que entren aquí abandonen toda esperanza”.

Divina comedia, Infierno, canto III.

1. La conciencia del hastio

Yo no creo en Dios ni en América. Siempre imaginé que el Paraíso y el Infierno eran metáforas infantiles. Nunca tuve curiosidad por conocer el final del cuento. Solo cuando envolví el cañón con los labios y el frío del metal me adormeció la lengua me pregunté por el posible contenido de la muerte. Si el discurso sobre los premios y castigos es verdadero, entonces estoy perdido. Me intimida la posibilidad de un juicio. Mi problema es que tengo la conciencia llena de mierda.

La culpa pide el derecho de palabra. Sé que mi testimonio puede resultar ofensivo para todos aquellos que se empeñan en otorgar un valor a las cosas, para los necios que creen en la buena fe o en la triste leyenda de las dignidades humanas. Solo puedo decir que las circunstancias jugaron en contra. En ese tiempo, todo estaba prohibido, todos los lugares de la ciudad eran peligrosos y todas las personas que tropezábamos en la calle podían tener la intención (manifiesta u oculta) de hacernos un daño irreparable. Estábamos condenados al hastío. Siempre me pareció ridícula la rutina de reunirse en centros comerciales o hacer vida social en Farmatodo. Mis amigas y yo decidimos crear un mundo aparte. Sin pedir permiso, fundamos nuestra propia burbuja. Lo que pasó después fue que la vida se torció... Pero, a fin de cuentas, la vida siempre se tuerce. Cacá se convirtió en una mujer honorable, Lorena se perdió en la moda pasajera de la diáspora y Eliana fue asesinada en circunstancias extraordinarias.

2. La historia oficial (los hechos)

La historia oficial es sencilla. Ocurrió hace diez años. El lunes 10 de septiembre de 2012, una semana después de la masacre de los estudiantes de la Universidad Metropolitana, encontraron el cuerpo. *La víctima, hallada en el apartamento 5C del edificio Viento Fresco, ubicado en la calle 4 de la urbanización Terrazas del Ávila, fue identificada como Eliana Bloom (18)*, citaron los periódicos. En tiempo récord de cuarenta y ocho horas, oficiales rechonchos resolvieron el caso. El responsable del asesinato fue el profesor Santiago Arismendi. *Abstract: Violación. Homicidio calificado. Indignación tuitera. Cautiverio. Fin.* Semanas más tarde, alguna publicación amarillista informó en un recuadro pequeño (sin fotografías) que Santiago Arismendi, condenado por los códigos éticos del patíbulo latinoamericano, desapareció en el infierno de Yare. El linchamiento, sin embargo, fue una noticia irrelevante. Cuando eso sucedió la ciudad había olvidado por completo a Eliana Bloom y al llamado Monstruo de Terrazas del Ávila. La euforia patrioter, el sempiterno debate político, silenció el episodio. Lo que le pasó a Eliana (lo que le pasó a Santiago Arismendi) se perdió en el laberinto de la desmemoria.

3. La boda de Caca / La ausencia de Lorena

El Aire de Bach anunció el número de circo. Carmen Casas, Cacá, entró a la iglesia Nuestra Señora de Chiquinquirá acompañada por su padre, el ludópata Eleazar. Un grupo de niños con retardo encabezó el cortejo. Las amigas de Carmen, anegadas en lágrimas, ostentaban emociones vulgares. La sala estaba llena de extraños. Hacía mucho tiempo que Carmen y yo habíamos dejado de ser amigos. Teníamos más de diez años sin mirarnos a la cara ni dirigimos la palabra. La decisión de asistir a la boda fue una deliberada impertinencia. Pensé que sería la excusa ideal para encontrar a Lorena. Sabía que estaba en Caracas. Semanas atrás, comentó en algún muro de Facebook que asistiría a la boda. El rumor sobre el matrimonio de Cacá circuló con entusiasmo por las redes sociales; conocidos comunes redactaron ridículas esquelas. Nadie conocía nuestro secreto. Muchas personas pensaban que nos habíamos distanciado por el efecto letárgico del tiempo.

La pareja avanzaba con expresión extática. El viejo Eleazar, encanecido y amarillo, parecía borracho, hepático. *Se morirá en menos de dos meses*, pensé. Me senté en la última fila, lejos del bullicio. Uno por uno, observé a todos los presentes. Lorena no estaba por ninguna parte. La mirada de Carmen, solo por un segundo, se cruzó con mis ojos. Quise creer que mi presencia le revolvió el estómago pero, la

verdad, no le dijo nada. Siguió caminando sin inmutarse. El novio, un italiano con aficiones *metro*, la recibió con un beso en la frente. Terminó el *Aire*. El cura improvisó un intrincado monólogo sobre el significado del destino. Salí. La memoria, entusiasmada con la lluvia, me llevó de la mano a un territorio prohibido. Mi aparición en la iglesia fue una decisión desafortunada e hiriente. El encuentro con Carmen (y la ausencia de Loló) resultó más desagradable de lo que había previsto; su clara indiferencia me provocó una hemorragia interna. Los novios posaron ante un amanerado fotógrafo de *¡Hola! Venezuela* e improvisaron una sonrisa. ¡Qué triste!, me dije. Me burlé de la expresión. La memoria es aficionada al cinismo. *Sí, Alain... Mira-qué-triste*, repetí en medio de la epifanía.

4. Mira-que-triste

«Mira-qué-triste la vida de...», gritaba Eliana. Las carcajadas de Carmen, estridentes y contagiosas, anunciaban el comienzo del juego. La nuestra fue una infancia sedentaria. Todo lo que vivimos ocurrió en el patio del colegio. El hastío cotidiano nos obligó a establecer nuestras propias leyes y fronteras. Nos acostumbramos a vivir en cautiverio. Detrás de las rejas solo había malandros, selva y desierto. Cuando pienso en esos años bostezo con desgano. La niñez es sinónimo de tedio, de malestar. El letargo (la falta de interés por cualquier cosa) forzó la empatía del grupo. Puede que nuestra malicia, en el fondo, fuera consecuencia directa del aburrimiento.

Nunca tuve amigos hombres. En la escuela primaria, ninguno de mis compañeros se atrevía a dirigirme la palabra. El machismo, entonces, era un honorable paradigma. Nadie quería hablar con Alain Barral, el mariquito amigo de las putas. Porque mis amigas, desde el jardín de infancia, tenían fama de putas. El escándalo les fascinaba. Nada les gustaba más que avivar el rumor de nuestra promiscuidad supuesta. Hacer que las maestras y los representantes hablaran mal de nosotros o nos señalaran con indignación era el máspreciado pasatiempo.

«Mira-qué-triste la vida de...», insistía Eliana. Estábamos tirados en el piso, el cabello de Loló resbalaba entre mis dedos cariñosos. Carmen, con las piernas abiertas, se explayaba sobre mi cintura. Nos gustaba enredarnos los unos en los otros y observar el cielo gris (eternamente gris) de la ciudad de las tormentas. Mi memoria de Caracas es la memoria de la lluvia. Todos mis recuerdos están pasados por agua, velados por los aguaceros que cada quince días desbordaban el Guaire. Los profesores, aquella masa de hombres y mujeres inútiles, eran las víctimas ideales de nuestros *stand-up comedy*. No teníamos otros referentes. La prisión (la escuela) era

la única experiencia del mundo. Todos nuestros maestros, alguna vez, protagonizaron episodios de Mira-qué-triste.

«Mira-qué-triste la vida de...». «¡La profesora Edelmira!», dijo Lorena. Carmen no pudo controlar la risa. Escupió parte del refresco. Su saliva colorada me empapó el rostro. La profesora Edelmira atravesó el patio, subió las escaleras. Era una mujer menuda, pequeña, cuarentona. Tenía el cabello corto, marchito de canas. Carecía de rasgos de feminidad. Nunca sonreía. Biología, la materia que dictaba, era un conjunto irreverente de cuestionarios, fórmulas, teorías y caletres. Nuestro juego consistía en imaginar la rutina de la víctima, en describir sus pobrezaes esenciales, sus soledades y lamentos domésticos, sus dolores de vientre, sus diarreas matutinas, sus risas tontas viendo, en diferido, algún programa de concursos. Lorena acostumbraba comenzar el inventario de agravios. Los relatos se enriquecían con distintos aportes. Todos participábamos. «¿Creen que se masturbe?», preguntó Loló. Eliana respondió con seriedad: «Una vez, en la despedida de soltera de su prima, la secretaria, se ganó un vibrador. Los fines de semana se emborracha sola y juega con él hasta quedarse dormida. Tiene tiempo que no lo usa porque se le acabó la pila». «¡Marica! ¡Me voy a hacer pipí! —gritaba Carmen. Intentaba hablar pero la risa se lo impedía—. Me estoy imaginando... —y se atragantaba—. Me estoy imaginando...», reincidía. La carcajada se tragaba sus palabras. Eliana continuaba con la descripción: «La última vez que se masturbó, hace como tres meses, le quitó las pilas al control remoto del televisor. Estaban vencidas, anaranjadas por el óxido, pero igual funcionaron. La profesora Edelmira las cambió y se masturbó sin lavarse las manos. Tres días después sufrió una infección urinaria. Durante una semana tuvo que ponerse una pomada en el clítoris y, para evitar el ardor, le recomendaron que orinara con catéter». La Coca-Cola de Carmen, nuevamente, me explotó sobre la cara. Verla reír era una fiesta. Lorena siempre esperaba mis aportes, decía que tenía la imaginación más delicada del mundo. Nunca me sentí mal por recrear las rutinas de aquellos impotentes. Pensaba, entonces, que la pobreza que ilustrábamos era verosímil, que no le hacíamos daño a nadie al esbozar borradores de miseria. Venezuela, en aquel tiempo, era la tristeza clonada. Si alguien quería ser feliz o tener una esperanza, debía hacer la cola en cualquier embajada o resignarse a pagar un impuesto. Nuestros profesores eran coleccionistas de derrotas, voluntades envilecidas y mal pagadas. Muchas veces pensé que las cosas que contábamos en Mira-qué-triste eran menos dramáticas que las que ocultaba la vida real. «¡Dinos algo, Alain!», insistían las muchachas. El día que destruimos a la profesora Edelmira les conté cualquier cosa; dije que esa pobre mujer, diluida en sus problemas personales, quemó con la plancha su único vestido de fiesta (un regalo de su hermana mayor enferma de lupus). Dije que, desde hacía más de dos meses, no había tenido tiempo para ir a Farmatodo a comprar champú, jabón y pasta dental, por lo que asimiló con estoicismo su problema de caspa, se bañaba con jabón azul y se

cepillaba los dientes con bicarbonato. «¡Marica, me meo...! No puedo más», era la muletilla que Carmen solía citar antes de salir corriendo. «¡Qué malo eres, mi Alain!», decía Eliana acariciándome la cara, besándome en los labios. Siempre pensé que Mira-qué-triste era un juego inofensivo y pasajero, una actividad con la que entretenernos en el tiempo muerto del recreo. Aquellos relatos eran un producto de ocio y consumo interno. «¡Qué vida tan triste, chama!, —cerraba Lorena—. ¡Qué triste la vida de la profesora Edelmira!».

5. La curiosidad de Salvador

La historia sobre el asesinato de Eliana reapareció de manera imprevista. No tengo vida social. La sonrisa de la gente me deprime. El trabajo es una rutina tediosa e intransitiva. En el periódico, conocí a Salvador, un muchacho que cubre la fuente de Sucesos. Todos los días intenta seducirme. Su simpatía es espontánea. La verdad, no me molesta. A veces hablamos en el comedor. Tomamos café. Me gusta. No me gusta. Mi problema es que no me interesa relacionarme con nadie. No quiero reír chistes de extraños ni simular curiosidad por las miserias ajenas. Vivo en una ciudad en la que nadie tiene nada que decir. No quiero perder el tiempo. Caracas carece de discurso. Con la gente, he adoptado una política pragmática: *si quieres tirar, tiremos; revientame el culo, lléname la boca de semen, pero no me digas cómo se llama tu perro, no me expliques el significado de tus sueños, no me cuentes las historias que te contaba tu abuelita cuando eras pequeño. Tu vida de mierda no me importa.* En el caso de Salvador, la abulia no funcionó. Sin proponérmelo, le permití acercarse. No me parecía una persona fascinante pero sus entusiasmos y sonrisas, a diferencia de otros infelices con los que me había relacionado, no me inspiraban deseos de vomitar. Las cosas siempre suceden de la manera más extraña. Nunca imaginé que aquella relación espontánea sacaría del olvido mi más mortificado secreto.

6. La sagrada familia

Amanda, mi mamá, está totalmente loca. Una tarde cualquiera, aturdida por el lorazepam, tomó la decisión de encarrilar el infortunio de nuestra familia. Las estrategias de salvación fueron rebuscadas y odiosas: inventó almuerzos domingueros, parrilladas sabatinas, visitas al Avila, navidades en compañía. Al principio, mis hermanos y yo no entendimos lo que estaba pasando. Para nosotros, Amanda siempre fue un estorbo, un lastre, una presencia antipática que, durante

mucho tiempo, se empeñó en demostrarnos que no servíamos para nada y que nunca aprenderíamos a vivir con dignidad suficiente.

Mi mamá tenía un atributo esencial: la ridiculez. Los nombres de sus hijos, en parte, responden a esa cualidad. Me llamo Alain por el actor francés Alain Deion, un galán anacrónico al que nadie recuerda. El Marcello de mi hermano mayor (sin duda el mejor parado de los tres) está inspirado en Marcello Mastroianni. Y mi hermanita, emulando a la Bardot, se llama Brigitte. Alguna vez, cuenta la leyenda, Amanda fue una exitosa artista plástica cuyo *atelier* tuvo renombre internacional y competitiva demanda. Aun en tiempos de la Revolución, cuando invertir en cultura era una causa perdida, profesaba con orgullo su vocación de marchante. Pero todo era parte de un cuento. Amanda, en realidad, tenía un local pequeño en el centro comercial San Ignacio en el que exponía los trabajos de sus panas, un círculo hermético y esnobista que asimilaba que Caracas tenía voz y voto en el discurso del arte contemporáneo. Todos los amigos de mi mamá (los cuatro gatos que no habían podido irse de Venezuela) estaban convencidos de que el *atelier* Amanda de Barral era la sucursal latinoamericana del MoMA. Había más de uno que se creía Andy Warhol (entre ellos Giancarlo).

Marcello me contó que el reencuentro familiar tenía una motivación melodramática: la enfermedad. Mi mamá tenía un quiste. La operación era inminente. Su habitual hipocondría sugirió la posibilidad de un cáncer. Cuando supo la noticia, cuando se convenció de que le quedaba poco tiempo, tuvo mucho miedo de quedarse sola (de morirse sola). Llenó nuestros teléfonos de mensajes y, a tiempo completo, se dedicó a ejercer el oficio de la manipulación. Tuve que bloquearla en Facebook y Gmail para moderar el exceso de *forwards*. La reunión fue una experiencia atorrante. Sin embargo, me gustó ver a mis hermanos, en especial a Marcello. Sin darnos cuenta, nos acostumbremos a vivir en medio de la indiferencia.

Las comidas domingueras eran calladas. Amanda era la única que hablaba. Nos contaba la vida que nunca contó. Nos hablaba de nuestro padre como si fuera un hombre ejemplar. Manuel, mi viejo, se enamoró de una vasca en algún viaje de trabajo y nunca regresó. No lo conozco. No lo echo de menos. Su ausencia nunca representó un trauma. Una vez, un psicólogo me dijo que mi homosexualidad era el efecto de la falta de un referente paterno. No sé en el resto del mundo, pero en Venezuela no existe nada más predecible que un psicólogo. Los que he visitado en los últimos diez años son aprendices de magia, chamos recién graduados de la Católica o la UCV (esas parodias de Hogwarts) que no tienen idea de nada pero que, con el argumento de que durante cinco años fueron sometidos a rigurosas sesiones de caletre, creen conocer la irrefutable definición de la existencia. En mi caso, todas las terapias han sido un chiste. Solo voy a consulta para burlarme de las intensidades

del doctorcito de turno, para contar mentiras y callar las verdades esenciales. En concreto, para que alguien me firme la receta del Prozac.

Brigitte, mi hermana menor, siempre fue una Amandita: ridícula, sifrina, intensa, diseñadora de modas, neoyorquina-caraqueña. Insoportable. Le gustaba practicar deportes extremos y vivir en una Caracas *cool*, preciosa y *chévere* que podía contemplarse, exclusivamente, desde la terraza del 360° Roof Bar. Marcello era diferente. Siempre lo respeté. Él era el único capaz de confrontar los cambios de humor de Amanda, de decirle las cosas en la cara sin que se ofendiera o amenazara con suicidarse. Cuando, perdido en las tribulaciones de mi juventud, decidí expresar mis preferencias sexuales, Marcello me apoyó. Su respaldo me tomó por sorpresa. Tenía la impresión de que el reconocimiento de mi manquera despertaría demonios ocultos. Imaginé golpes, insultos, charlas explicativas o trípticos sobre tratamientos orientales. Pero, curiosamente, de todos los integrantes del circo, mi hermano fue la persona más cercana y tolerante. «¿Eres feliz, Alain?», me preguntó después de aquel almuerzo, en privado. La pregunta me descolocó. Para nuestra confianza, su curiosidad por mi bienestar era un exceso. «Al final, eso es lo único que importa», agregó. A Brigitte, podrida en su esnobismo, le encantaba decirle a sus amigas que tenía un hermano gay; para ella era algo chic. Amanda, por su parte, nunca entendió mi confesión. Durante mucho tiempo siguió pontificando que integrábamos la familia perfecta y que lo único que le pedía a la vida era tiempo suficiente para ver jugar a sus nietos.

Amanda inició su acto de contrición un día de Acción de Gracias (o, tal como ella lo llamaba, un *Thanksgiving*). Durante la cena, luego de golpear un vaso con una cucharilla, improvisó un discurso largo y dramático en el que reconoció sentirse orgullosa de sus tres hijos. Sus palabras alentaron mi náusea. Si las hubiera pronunciado en otro momento, quizás habrían tenido algún tipo de efecto pero cuando las dijo (de la manera que las dijo), frente a un pavo de Makro crudo y adobado con salsa 57 Heinz, solo tuve deseos de reírme y gritarle en la cara *vieja pendeja*. Nos criamos solos, entre cachifas colombianas que no duraban más de tres meses en la casa. No podíamos encariñarnos con ninguna muchacha de servicio. Si eso ocurría, Amanda, herida en su amor propio, la botaba con cualquier excusa (la desaparición de sus alhajas o la destrucción de una copa de su vajilla exclusiva Villeroy & Boch). Mi mundo quedaba en otra parte. Mi memoria queda en la calle Regina de la urbanización Miranda, en el apartamento de Cacá. La soledad era nuestra única nana. Los otros (Eliana, Lorena y yo), para nuestro infortunio, teníamos el lastre de los padres. La felicidad, en ese tiempo, estaba lejos de esa cosa amorfa y sobrevalorada que los viejos llamaban hogar.

7. El sentido del mundo

La sonrisa de Eliana, la mirada de Lorena o los chistes de Carmen representaban el sentido del mundo. Giancarlo llegaría más tarde, Giancarlo es parte de otra historia. Nunca me gustó creer en Dios, yo solo creía en la voluntad de mis amigas. La confianza nos permitió formar un núcleo personal, hermético e impenetrable. Los juegos de palabras, con el paso del tiempo, dieron lugar a los juegos del cuerpo. La intimidad era políglota. La vida privada tenía modalidad de cuarteto. Nuestra juventud fue un desparpajo de libertad en el que no especulamos con límites o prejuicios. Lo compartíamos todo. Nos acostumbramos a dormir juntos. Íbamos al baño juntos. Utilizábamos la misma ropa. En la casa de Carmen, teníamos un único cepillo de dientes. Me aprendí de memoria sus olores, sus manías, la frecuencia de sus reglas, sus cambios de temperamento. El sacrificio de la virginidad fue un episodio al que no le otorgamos ninguna trascendencia. Solo queríamos divertirnos y olvidar que habíamos nacido en la provincia más pobre del infierno. Lo esencial del amor era su condición de pasatiempo. La felicidad consistía en dejarse llevar por las pulsiones del cuerpo. El placer tenía la última palabra.

No contaré los detalles de todo lo que hicimos. Confío en la vivacidad (y la malicia) de la imaginación humana. Yo estaba profundamente enamorado de las tres. Nunca he vuelto a sentir nada parecido a lo que sentí por ellas. A su lado, mi relación con Giancarlo fue un burdo simulacro. Desde que Eliana murió (desde que nos separamos) mi vida sentimental se ha convertido en un chiste.

En aquellos años, la obsesión se centraba en Lorena y Eliana. Ellas eran mis actrices de cine, mis modelos de *Vogue*, mis postales *pin-up*. Porque, en la historia del mundo, no ha habido ni habrá rostros más hermosos que los de mi Eli y mi Loló. Con Cacá las cosas eran diferentes. Carmen siempre estuvo ahí, era inevitable quererla. Pero, viéndolo en perspectiva, es posible que también hubiera entre nosotros una distancia tácita, un celo, una noción de competencia. De nuestro grupo, ella era la más enferma. Tenía una creatividad original y abyecta. A veces, sin embargo, cuando aventuraba monólogos sociológicos, daba muestras de genialidad e incluso de cultura. Su hedonismo *hardcore* era su principal atributo. Carmen era una comprometida pornópata. El apartamento de la urbanización Miranda era una sala de cine X en la que todos los días tenían lugar variopintos ciclos de géneros *extreme*. Cacá tenía una amiga que trabajaba en una *sexshop* en el sótano del Centro Comercial Chacaíto. Allí, a precio solidario, iniciamos una valiosa colección de instrumentos de placer. Los teníamos todos. En pocos meses, formamos nuestro propio búnker.

La casa de Cacá, desordenada y vacía (embargada por los excesos de

Eleazar), era para nosotros un preciado refugio. El papá de Carmen era un viejo amarillo y asqueroso. La afición por el juego le hizo perder los carros, el apartamento de Higuerote y su limitado patrimonio. Todos sabíamos que había quemado la herencia de sus hijas en el bingo de La Trinidad. La amenaza del embargo era un lugar común. Eleazar y Nuria, la mamá de Cacá, protagonizaron sucesivas jornadas de boxeo. Se decían de todo, se insultaban, se deseaban la muerte. Cuando éramos niños, nos encerrábamos en el cuarto para escuchar los enfrentamientos. Nos daba mucha risa. La vieja lloraba y le decía a Eleazar que le había destruido la vida, que odiaba el día que lo había conocido, que maldecía su vientre por haberle parido hijos. «¡Ay, mami, ya! ¡Deja la ridiculez!», solía susurrar Carmen a mi oído, riéndose. En quinto grado, corrió el rumor de que Cacá saldría del colegio. Las deudas del padre no permitían pagar la matrícula. De un día para otro, el inútil encontró trabajo en un ministerio. Luego, se arrimó a los directivos del PSUV. Nunca perdió la afición por el juego pero sus problemas financieros desaparecieron. El divorcio fue traumático. Nuria quería quitarle el apartamento de la Miranda. Eleazar, en medio de una eufórica borrachera, le cayó a coñazos, le reventó la córnea. Cacá tenía una hermana mayor que vivía en Carora, El Tocuyo u otro de esos pueblos de carreteras con vacas, ovejas, chivos y nombres graciosos. Como consecuencia del enfrentamiento, Carmen se quedó con el apartamento de Caracas. Eleazar siempre estaba viajando; durante un tiempo lo nombraron Embajador de Cualquier Vaina. Nuria desapareció en su campaña occidental y dedicó el resto de su vida a llorar por su suerte miserable. La casa de Cacá se convirtió en la capital de la burbuja, en la sede de nuestro mundo aparte. Lo único malo era que, para poder llegar, había que pasar por Caracas.

8. ¿Quién mato a Eliana?

La vida de Salvador, mi compañero del trabajo, carece de interés. Como muchas personas que conozco, tiene la mala costumbre de confundir la alegría con la tristeza. Habla de su juventud con entusiasmo, inconsciente de su derrota. Salvador es un tipo amanerado y nervioso. Sin hacer mucho ruido, ha logrado colarse entre los recovecos de mi soledad. No sé por qué le gusto. Suelo ser gélido y antipático con la gente del trabajo. El periódico es un relleno sanitario cuyo olor nauseabundo debo tolerar para conservar el beneficio de un miserable salario. Mi oficio, por fortuna, no requiere diálogos ni debates sobre contenido. Hago lo que me manda el inútil de mi jefe. InDesign lo hace todo. Yo no apporto nada.

Salvador revocó mis prejuicios. Cuando se acercó, no sé por qué razón (quizás por los excesos de la melancolía) le entregué mi confianza. Me da miedo

establecer relaciones humanas. La intimidad, por lo general, deviene en destrucción. Todo lo que se ama desaparece, lo sé. El entusiasmo cede. La sonrisa que nos hace suspirar, en cuestión de semanas, se convierte en una horrible mueca. El amor, incluso la vida eterna, es algo fugaz y breve. Después de la pasión, lo único que queda es el tedio. No quiero aborrecer a Salvador. No quiero que se convierta en uno de tantos amantes que alguna vez me parecieron atractivos y que, al salir de la cama, me dieron alergia. La sexualidad es un precedente del odio. Después de la madrugada, no soporto ver la mirada de las personas que amé (que supuestamente amé). Todo atisbo de afecto desaparece bajo el sopor del aliento y la densidad de las lagañas. El deseo es frágil. Las expectativas se disipan con el amanecer. Inmolé el corazón después de la muerte de Eliana y la forzosa separación de Loló y de Cacá. Luego, tras el fracaso con Giancarlo, perdí todo interés por los seres humanos. Salvador entró y no me di cuenta. Lo peor fue que, sin querer, le dio la palabra a la memoria.

Una tarde de marzo, mientras compartíamos un *cappuccino* en la terraza del Árabe, decidí utilizarlo con el fin de amedrentar a mi conciencia. Las pesadillas eran parte integral de la rutina. La posibilidad frustrada de encontrar a Lorena en el matrimonio de Cacá mantenía mi imaginación alienada. El peso del secreto desbarataba mis defensas. No sé por qué le dije lo que dije. Las crisis de la edad son traidoras. Sé que debía callar. No debí darle cuerda al reloj que me contaba las horas en el mundo. Salvador describía los avatares de un proyecto que, desde hacía unos meses, había iniciado la editorial del periódico. Se trataba de unas crónicas que pretendían sacar a la luz los despropósitos de la Revolución. La caída de los militares, tras décadas de dictadura legitimada, dio lugar a la fiesta. Todos aquellos que, de alguna manera, se vieron afectados por las decisiones del leproso decidieron pasar factura a los dirigentes caídos en desgracia. El discurso sobre la democracia, la regeneración, la revisión y los nuevos caminos de Venezuela duró poco tiempo. Los nuevos gobernantes solo cambiaron el vestuario. En cuestión de semanas, iniciaron la venganza. Me causaba gracia ver a los líderes rojos (todopoderosos de antaño) haciendo cola en embajadas foráneas o dando ruedas de prensa, apenas reseñadas, en las que decían que se habían violado sus derechos humanos. Los juicios militares, las interpelaciones y embargos se hicieron parte de la rutina. Se creó una comisión que investigaría los delitos de prevaricación y corrupción acaecidos durante los años de dictadura democrática. Las cárceles se llenaron de ministros, diputados, gobernadores y alcaldes. El país, por su parte, siguió siendo el mismo de siempre. El patrimonio permanecía invariable: la

inseguridad, el tráfico, la anarquía de los motorizados, la infraestructura mediocre, la pobreza extrema, la miseria, la lluvia ácida. Nada había cambiado. El maquillaje de la idiosincrasia pasaba por algunos detalles de forma como la supresión de Cadivi, el regreso al aire de RCTV, la liberación de los presos políticos (solo algunos), la modificación a conveniencia de la ley Resorte y otras reivindicaciones que, a primera vista, sugerían que habíamos recuperado la dignidad y nos habíamos convertido en algo mejor. Los periódicos, maltratados a fondo por los censores, fueron uno de los agentes más entusiasmados con la *vendetta*. La colección de crónicas se convirtió en un caldo de cultivo para recopilar historias asombrosas sobre corrupción y abuso de poder. En esas páginas, con datos y fuentes concretas, quedó registrada toda la podredumbre que, durante más de veinte años, apiló la revocada Revolución. Los primeros títulos del catálogo resultaron un éxito de ventas. Periodistas de renombre habían presentado trabajos rigurosos. Uno de los gestores de la editorial le comentó a Salvador que, en los próximos meses, examinarían propuestas de jóvenes periodistas con el fin de brindarles una beca de escritura. Salvador quería participar. Humillar a los revolucionarios se había convertido en un honorable deporte.

El *cappuccino* estaba frío. La muchacha que lo sirvió intentó dibujar un corazón con la espuma de la leche. Fracaso. Salvador contó sus expectativas con respecto al concurso de la editorial. Si ganaba, le darían un dinero para redactar el proyecto en los próximos cinco meses. Me dijo que tenía algunas ideas para exponer al editor responsable. No le presté atención. Fingí escucharlo. En algún momento, sin embargo, sus palabras hicieron clic. Su testimonio me despertó del letargo. Habló de la masacre de Los Chorros, el asesinato de los estudiantes de la Universidad Metropolitana ocurrido en septiembre de 2012. La referencia colocó frente a mis ojos el rostro de Eliana. La cronología coincidía. Eliana murió pocos días después de aquel episodio. Historia clásica: unos policías montaron una alcabala falsa, confundieron a los muchachos con delincuentes y los ametrallaron hasta deformarlos, luego les sembraron droga. No había originalidad en ese caso. «¿Te acuerdas del Monstruo?», pregunté sin darme cuenta. Salvador no esperaba la interrupción. Me miró confundido. «¿Qué Monstruo?». «El Monstruo de Terrazas del Avila», dije engolando la voz, burlándome del originalísimo epíteto que había inventado algún colega. Tardó en responder. «Creo que sí. Violaron a una caraja y la mataron. ¿No?». «Sí, a Eliana Bloom. Eliana era mi amiga», dije para mí mismo, en voz alta. «No lo sabía. ¿Cuándo ocurrió?». «En 2012, la misma semana del asunto de Los Chorros». «El asesino era un profesor, no sé qué Arismendi, ¿no? —preguntó Salvador—. Me pareció leer que, unos meses después, lo mataron en El Rodeo». «En sentido estricto, desapareció. Y no fue en El Rodeo, fue en Yare. Nunca encontraron el cuerpo. Ni siquiera se molestaron en buscarlo. Sabes que los presos tienen sus principios». Salvador permaneció en silencio. Quería decir algo pero no se atrevía.

Había aprendido a conocerlo. Siempre fue predecible. «¿Qué?», pregunté agresivo. «Nada —dijo en voz baja—, pensaba que a pesar de la barbarie, se lo merecía. Mató a tu amiga, la violó. De alguna forma, se hizo justicia. ¿No te parece? Odio pensar así pero...». No me di cuenta del error. Me equivoqué. «El problema es que Santiago no lo hizo», interrumpí en voz baja, sin querer decirlo, dándole la palabra a la conciencia atrofiada. «¿Qué dices?». «Santiago Arismendi es inocente, él no mató a Eliana Bloom. A Santiago lo condenaron por Twitter, su crimen lo inventaron los periódicos y la policía. Olvídate de Los Chorros. Todos sabemos lo que pasó en Los Chorros. Todo el mundo sabe que aquellos policías eran unos malandros. Ahí no hay mucho que decir, no hay efecto sorpresa. Si quieres hacerle una propuesta interesante a tu editor, si quieres ganar el concurso, si quieres escribir la crónica de cómo nuestro sistema de justicia, nuestros periódicos y todos los güevones que vivimos en este país acusamos a un hombre inocente para que lo violaran en Yare, escribe sobre el caso de Santiago Arismendi». Al regresar a la casa censuré mi iniciativa. Supe, desde un principio, que había cometido un error.

Dos días después de mi impertinente confesión, el teléfono sonó a la medianoche. No podía dormir. «¿Alain?». «¿Salvador?». «Disculpa la hora pero... quería contarte algo. Pasó algo. ¿Puedo ir a tu casa?». Imaginé sus intenciones. Me levanté, tomé un baño preventivo, busqué condones. En la gaveta del cuarto, al fondo, encontré un lubricante caducado. Imaginé que mis entrañas debían tener telarañas. Calenté agua para té, busqué el iPod y puse canciones tristes de Rufus Wainwright. Me arriesgaría al exceso, qué carajo. Me daba pena por Salvador, por el desplante predecible. Si al día siguiente lo veía a la cara y me parecía un pendejo, al menos me quitaría de encima la necedad de su cortejo. Pero, para mi sorpresa, aquella noche no pasó nada. No tiramos, no hablamos de nosotros. Abrí la puerta del estacionamiento para que metiera el carro. Parecía nervioso, turbado. «Hablé con la gente de Sucesos, busqué algunos datos sobre el asunto de Santiago Arismendi». Subimos, le serví el té en un juego de tazas turcas. «Fui hasta Parque Carabobo». «¿Qué hay en Parque Carabobo?». «Oficina de Archivos, Evidencia y Resguardos, la sede del antiguo Cicpc. Hablé con una oficial, Briseida Morales. Ella fue una de las inspectoras que trabajó en el caso de tu amiga. Ahora está en otro departamento pero recuerda algunos detalles de lo que pasó. —Se quedó callado, parecía paladear el sabor de la menta y el poleo—. El expediente de Santiago Arismendi no está en el archivo de la policía». «¿Cómo que no está?». «No, no está, no existe». «¿Y qué te contó la tal Morales?». «Nada. También se sorprendió. Al final, me dijo que el expediente pudo perderse con la inundación. Regresé al periódico y hablé con

Hinojosa, el Asesino». «¿Y?». «Quedó en hacer unas preguntas y llamarme. Me llamó hace media hora —Salvador colocó la taza de té sobre la mesa—. Al parecer, el expediente de ese caso lo tienen los militares. No sé por qué razón el archivo de lo que le pasó a tu amiga fue trasladado a Fuerte Tiuna».

9. Giancarlo

Conocí a Giancarlo Matri el día que inauguró una serie fotográfica sobre caminos de tierra en el *atelier* Amanda de Barral. Yo acababa de cumplir diecisiete años. Él rondaba los cuarenta pero no los aparentaba. Tenía el cabello largo, enrulado hasta los hombros. Fumaba con actitud de gánster. Me gustaba imaginarlo con sombrero de copa y citando parlamentos de películas viejas. Las miradas traviesas anunciaron el preludio. Se acercó con timidez. Simulé interés en el contenido de sus fotos. Con cara de intenso, contemplé las imágenes de un caserío recóndito que, según citaba la leyenda, quedaba en los alrededores de Puerto Cabello. Giancarlo se acercó y me explicó la intencionalidad de su trabajo. Me contó que para él la fotografía era tal o cual cosa (tiempo después supe que me sedujo con un aforismo de Houellebecq). Siempre tuvo vocación de charlatán. Hablar paja era su cualidad más excelsa. Mis ojos, desde el principio, se empeñaron en desnudarlo. La moral es un simpático artificio. Mentiría si dijera que aquel hombre adulto, amigo de mi madre, se aprovechó de mi juventud y me utilizó para saciar sus más réprobos instintos. Yo lo busqué. Todo lo que pasó ocurrió porque me dio la gana. Lorena y Eliana, alguna vez, me dieron una valiosa lección. Nunca la olvidé. Antes de los veinte siempre la tuve presente: «La inocencia, mi Alain, bien utilizada, puede ser un arma de guerra».

Mi relación con Giancarlo definió los senderos del otro mundo. Comenzó en los años de Fábula, cuando mis amigas y yo habíamos llevado las cosas demasiado lejos y todo amenazaba con desplomarse. En esos días, Giancarlo me salvó. Lo utilicé para silenciar las discusiones diarias, los gritos cotidianos, los arrebatos alucinógenos de Eliana, la burla de Carmen, las lágrimas de Loló. Nunca le hablé de mi pasado. Nunca le conté la verdad sobre todo lo que había vivido con mis amigas del colegio. Sabía que, antes de él, había tenido algunos escarceos con amantes en edad escolar, pero no podía imaginar que mi experiencia lo hacía parecer como un vulgar aprendiz. Giancarlo era un amante conservador, clásico, sin imaginación ni malicia a quien le gustaba apostar por el discurso del cariño. Hacer el amor con él era participar como actor de reparto en una porno *soft*. Siempre tuvo presente que una de mis mejores amigas había sido asesinada por un maniático, pero nunca hablábamos de eso. El tema *Eliana* estaba prohibido. Ella era un tabú.

La tragedia forzó nuestra *cercanía*. Empeñé mi soledad y mi rabia en la compañía de aquel amante viejo y diferente. No se parecía a ninguna de las personas que había conocido hasta entonces. Me refugié en su apartamento de El Cafetal, en sus fotos de pueblos, en sus remedos vulgares de Sebastião Salgado. Cometimos la estupidez de enamorarnos. Eso creí al principio. Fueron nuestros mejores años. En esos días, logré hacer a un lado mi dependencia mortificada de la memoria. Eliana, Lorena y Cacá fueron cubiertas por un velo de bruma. Tomé la decisión de olvidarlas y, durante un tiempo, las perdí de vista. Cuando terminé la carrera de Diseño, Giancarlo me habló de matrimonio. Más que formalizar la relación me gustaba la idea de abandonar para siempre el valle de la derrota. Contemplamos la posibilidad de mudarnos a San Francisco, lejos de los chamanes y las cavernas. Pero esos sueños, como todos los sueños de los hombres de mi generación, nunca se hicieron realidad.

El país (su involución, su pobreza) aceleró lo inevitable. Venezuela siempre fue una tierra oscura por la que no desarrollé el más mínimo sentido de arraigo. Si algo siento por este lugar es un inmenso reconcomio, desprecio, arrechera, odio. La Revolución destruyó el negocio familiar de los Matri. Las zapaterías de La Candelaria fueron expropiadas.

En poco tiempo, contra reloj, los hermanos de Giancarlo regresaron a Italia, el padre murió de tristeza. El negocio, lo que quedaba de él, cayó en manos de sobrinos inútiles. La fortuna de los Matri (que nunca fue tal) arrinconó a Giancarlo en el odioso espectro de la clase media. La dispersión familiar, sin embargo, le permitió expresar de manera más abierta su reprimido mundo *pink*. Un amigo de Giancarlo me contó que lo que mató al viejo Matri no fue la pérdida del negocio sino el hecho de tener que asumir, condicionado por la evidencia, que su hijo mayor se había convertido en una doña. Giancarlo siempre fue un dandi caraqueño. Nunca hizo nada. Nunca estudió nada. El aburrimiento lo llevó a describir su afición por la fotografía como una forma de arte, pero la verdad, mi novio grande nunca tuvo talento.

El hastío era previsible. El amor, si alguna vez existió, duró muy poco. La soledad lo engulló todo. No tenía amigos de mi edad. Lorena se mudó a Chicago, Carmen dejó de hablarme. Nunca volví a ver a Flema (ya tendré tiempo de hablar de Flema). Adopté a los amigos de Giancarlo, cuarentones desempleados que encontraron el sentido de la vida en los muros de Facebook y el diario chismográfico de Twitter. En muy poco tiempo, me aburrí de sus complejos. Aquel grupo de ositos pandas, aficionado a Cher y Donna Summer, pontificaba permanentemente sobre aburridas nociones de género y transgresión. Muchos de ellos habían salido del clóset a comienzos de los años noventa; el problema fue que nunca se dieron cuenta.

Confundían identidad con estridencia. No tenían conciencia del ridículo. Eran viejos y no lo sabían, eran conservadores y no lo sabían. Ostentaban una malicia sobrevalorada e inofensiva que solo podía invitar a la risa. Sus conversaciones eran monotemáticas e iracundas: siempre hablaban de visibilidad, de derechos, de tolerancia. No sabían que la batalla que libraban se había ganado hacía mucho tiempo. No tenían la sensibilidad necesaria para apreciar la triunfal naturaleza de lo ambidiestro. No sé por qué tenían la urgente necesidad de explicar por qué hacían lo que hacían, por qué eran como eran, por qué se vestían como se vestían. Cuando participaba en esas tertulias (para mi burla personal) mentía de manera altanera, justificaba mis gustos con posiciones radicales o citaba intelectuales *queer* de moda. Esos tipos nunca habrían entendido que mi fascinación por los hombres (y eventualmente por alguna mujer) no tenía razones ocultas. Mi mariquera no tenía argumentos ni causas eficientes. Yo no tenía por qué odiar el universo *straight* o asimilar que la moral de los heteros era una simple mascarada. «No quiero volver a salir con esos pendejos —dije alguna vez. Giancarlo se molestó por mi arrogancia—. No puedo soportar a un infeliz que, para justificar que le provoca mamarse un güevo, tenga que citar a Michel Foucault».

Sin darnos cuenta, nos cansamos el uno del otro. La convivencia abandonó las palabras, las sobremesas, la cama. Dormíamos afincados en las esquinas, de espaldas, sin tocarnos. El deterioro físico atacó su personalidad. Sus ojos perdieron el brillo primerizo, dejó de ser un gánster y se convirtió en un dibujo animado. Su sexo, arrugado y podrido de lunares, me provocaba asco. En los últimos años, antes de separarnos, mantuvimos una relación inapetente, articulada por el sentido del deber y los modos apáticos de la costumbre. «No quiero perderte, Alain, pero la verdad es que no siento nada por ti», dijo algún día. Me hizo daño. *Su madre*, pensé. Tiempo más tarde, por casualidad, supe que se había robado la frase de una película de Michelangelo Antonioni. Una vez más, confirmé mi premisa. Todo en él era falso; su vida era un plagio. Aturdido por las circunstancias, me había enamorado de un pendejo. Giancarlo fue el vulgar depositario de mis fracasos y de todo lo que perdí con el asesinato de Eliana. Al final, nos dejamos ir. Ninguno de los dos luchó por salvar la relación. La decepción terminó de aniquilarme. La separación de Giancarlo fue el reconocimiento de mi desahucio. Cuando nos separamos repasé todos los episodios de mi vida privada: el asesinato de Eliana me manchó la memoria. La conciencia tomó la palabra. Recordé rostros, nombres, momentos. Recordé, con una vivacidad dolorosa, el rostro apacible de Santiago Arismendi y las madrugadas dionisiacas en las barracas de Fábula. El remordimiento comenzó a formar úlceras y neuralgias. Conocí a Salvador en el periódico, lo dejé entrar a mi casa. No opuse resistencia. El sentimiento de culpa encontró a un adorable chivo expiatorio.

10. Fabula

Fábula era la competencia de La Colmena (el non plus ultra de los campamentos de verano en Venezuela), un triste lugar en el que nos resignamos a perder el tiempo. Viajar en vacaciones, entonces, era imposible. El gobierno había fundado una oficina miserable: Cadivi. Nuestro dinero (el dinero de nuestros padres) no tenía valor fuera de las fronteras. Solicitar cupo en esa casa de beneficencia era un trámite tan ridículo como complicado. Había que recopilar carpetas de colores, papel lustrillo, aserrín, plastilina y hacer colas interminables para mendigar la autorización del uso internacional de nuestras tarjetas de crédito. Alguna vez (en las vacaciones de octavo), hice un curso de inglés en Nueva York. No aprendí nada. Nunca fui a clases. Gracias a un *ID* falso, cortesía de Flema, mis mañanas norteamericanas transcurrieron en saunas clandestinos y calurosos *glory holes*. En ese viaje de placer, quemé mi cupo de estudiante. No guardé las facturas de McDonald's ni de Subway. No le expliqué a ningún funcionario por qué me dio la gana de comer combos de pollo o asquerosos sándwiches Melt. A final de mes, aparecí en una lista negra. Los infelices me bloquearon el crédito. Amanda tenía problemas económicos. El *atelier* era una ruina por lo que tuve que resignarme a padecer el resto de los veranos en las contadas alternativas que ofrecía mi tierra de nadie.

El campamento, al menos, nos permitía estar juntos. Mis amigas y yo entramos como monitores. Hacíamos juegos idiotas para carajitos condenados a vivir vidas sin entusiasmo. Eliana contaba cuentos, Lorena se disfrazaba de payaso, Carmen y yo nos metíamos bombas en el culo y bailábamos canciones de moda. Los niñitos se reían a destajo sin imaginar que aquellas carcajadas serían la relación más cercana que, en toda su vida, tendrían con la felicidad. Pero la verdadera Fábula, la única que nos interesaba, ocurría durante la noche.

Fábula fue un club de farra, un templo dedicado al consumo y el placer. Los monitores (jóvenes entre dieciséis y veinte años) éramos un revoltillo de hormonas y absoluta falta de oficio. En la tarde, delante del equipo de supervisores, simulábamos integridad y compromiso. La ficción diurna dio buenos resultados. Cumplíamos a cabalidad nuestro rol de muñecos de trapo convencidos de la utilidad de los juegos didácticos. Pero las cosas cambiaban cuando nos quedábamos solos. Pensar en aquellas noches me revuelve el estómago y me produce ardor en los esfínteres.

En Fábula conocimos a Flema (nunca supe cómo se llamaba, creo que José

Luis). Ese infeliz se convirtió en nuestro proveedor de confianza. Su belleza era directamente proporcional a su estulticia, era un mongólico con los bíceps endurecidos y salados. Sus labios grandes, suaves y sabrosos, provocaba morderlos o partírselos de un coñazo. Flema era un adonis autista. Todo atisbo de sensualidad desaparecía cuando abría la boca. Se reía como un tarado, delectaba las carcajadas. Al principio, lo utilizamos para abastecer nuestros armarios de todo lo que pudiera hacer más entretenidas las madrugadas. A cambio de sexo, conseguía lo que quisiéramos: cigarros, curda, porros, ácido. Además, sabía moverse. El maldito era insaciable. Siempre estaba de buen humor, se reía de todo. Estaba todo el día pega'o, con las pupilas estrábicas e hinchadas. Flema formó parte esencial de esa parodia de paraíso del que tiempo más tarde nosotros mismos nos expulsamos a patadas.

Fábula no fue el único territorio de lo prohibido. El último año, el colegio se transformó en una locación interesante. Después de siglos de aislamiento, fuimos aceptados por nuestros compañeros. La relación grupal cambió de manera absoluta. Mi manquera, por ejemplo, pasó a ser una materia asimilada. Esa situación tenía un argumento lógico: todos (los tipos, en especial) querían cogerse a Lorena o Eliana. Ellos sabían que cualquier burla podía convertirse en alegato para un posible rechazo. Mi condición parasitaria me inmunizó contra los chistes. Mis amigas, repentinamente, se convirtieron en gurúes y heroínas virtuosas. Nosotros fuimos los lazarillos de aquel basto entorno de inocencias en tránsito. Si a alguna niñita tonta un noviecito le chupaba la teta o le agarraba el culo, entonces, corría al pupitre de Lorena. La muchacha tensa, nerviosa, contaba lo que había pasado: *\Loló, me chuparon una teta!*, como si fuera una experiencia mística, como si aquello tuviera alguna importancia. La inútil pensaba que la sensibilidad de su pezón, mojado por la saliva de algún necio, era algo que podía tener algún tipo de trascendencia. Loló se divertía en su condición de terapeuta. Eliana, por su parte, dictaba talleres de motivación. Les decía a todas nuestras compañeritas que, en cuestiones de sexo, debían tomar la iniciativa. Cuando, por ejemplo, alguna contaba con estupor que su noviecito le había sugerido la posibilidad de una felación, Eliana describía las virtudes de la lengua, les explicaba cómo debían respirar, colocar las manos, los dedos y, para la sorpresa de las niñas (para el asco de algunas), que al final, succionando hasta el fondo, debían tragárselo todo. Nuestro vocabulario era un dialecto patibulario. Ante nuestros maestros, decir groserías era una forma de ejercer el poder y marcar el territorio. No nos conformábamos con las maldiciones cotidianas. A nosotros, sin ningún amago de conciencia, lo que más nos gustaba era degradar, hacer daño. La pobre profesora Edelmira, por ejemplo, debía soportar que

en todos los exámenes de lapso, en el encabezado, Lorena y Eliana se burlaran de su vida sexual. Imitando las pruebas de primaria, escribían con letra de molde: *Mi nombre es Eliana Bloom* (o Lorena López, era igual), *colegio Nuestra Señora de Cualquier Vaina, materia Biología y profesora: Edelmira, la frígida*. Muchas veces intentaron sancionarnos por ese tipo de burla pero, para nuestra fortuna, existía la Lopna. Aquella estúpida ley nos la sabíamos de memoria, de atrás para adelante. A su lado, el reglamento colegial era un papel inoperante. Las ridiculeces de la Revolución, en su preocupación por la salud mental de los niñitos, niñitas, adolescentes y *adolescentas*, fueron nuestra tapadera. Hacíamos lo que nos daba la gana. Éramos intocables.

El grupo Fábula era propiedad del señor Berroterán, un anciano altruista que pretendía ganarse el cielo con la promoción de convivencias inservibles. El campamento quedaba en un caserío ubicado en los alrededores de La Victoria. En la página web, en primer plano, aparecía una imagen interracial. Varios carajitos salían corriendo, volando papagayo y jugando trompo. El *bluff* estaba en las sonrisas: les hacían creer a los padres incautos que en aquel despoblado tierrero existía la posibilidad de ser feliz. Fábula era mucho más barato que La Colmena y, por esa razón, los hijos de familias *pelabolas* (o aniquilados por los vaivenes de la Revolución) padecimos el rigor del verano en los espacios de aquella tierra muerta. El primer Fábula, al margen de nuestros juegos nocturnos, tuvo cierto prestigio. Los supervisores eran personas competentes y, por lo general, los programas deportivos se cumplían con rigor. Incluso ganó un premio en un certamen internacional de proyectos inútiles (Campamento verde o ecológico, algo así). No estaba permitido fumar ni beber alcohol. Los niños, en aquellos años, solo querían divertirse, jugar cualquier tontería, pasar la tarde (y la semana, y el mes) atendiendo las actividades que nos hacían olvidar nuestra orfandad irrevocable.

Cuando el señor Berroterán murió, terminó la película de Pixar. El legado del filántropo cayó en manos de sus hijos. Para nuestro beneficio, todo cambió. La propiedad de los terrenos dio lugar a un insoportable litigio. Como en los relatos escolares, la historia puede resumirse de una manera sencilla: el señor Berroterán tenía un hijo bueno y un hijo malo; el primero pretendía dar continuidad a la labor de su padre y el otro, asimilado al partido de gobierno, expropiar el campamento y utilizar los terrenos como refugio de damnificados. Venezuela, en ese entonces, era el país de los damnificados. Un día comenzó a llover y nunca paró. Los cerros se desplomaron, las quebradas se desbordaron, los ranchos se cayeron y los gobernantes

decidieron convertir el maldito país en un centro de acopio. La pugna leguleya afectó la calidad del campamento. Los supervisores de oficio, con el paso del tiempo, se mudaron a La Colmena o fundaron sus propios talleres vacacionales. Alfredo Berroterán, el hijo bueno, más allá de sus loables acciones, era un incompetente. La dejadez se apoderó de la vieja hacienda. El mejor Fábula ocurrió en 2012 cuando, rompiendo todos los protocolos precedentes, nombraron supervisor a Flema. Allí comenzó la fiesta *rave*. Desaparecieron las terapias deportivas, las convivencias, las fogatas de *boyscouts*. Los niños, entre doce y catorce años, comenzaron a fumar monte y a caerse a curda con nosotros. El proceso legal entorpecía todos los esfuerzos por mantener los estándares de excelencia. No había presupuesto. No había balones para jugar fútbol, no había cobijas, no había comida, no había personal de limpieza. Flema, sin embargo, hizo una gestión eficiente y abasteció los armarios con lo único que nos importaba.

El abandono institucional modificó el programa de actividades. Cuando Flema designó a Cacá como la persona responsable de dirigir los juegos de la tarde sabíamos que sucedería algo divertido. Los baños sustituyeron a las canchas. No me costó imaginar lo que estaba pasando. Conocía sus instintos. «Alain, vamos a hacerle la paja a estos carajitos. ¡Tú, cántanos la zona!». *Coño'e su madre*, pensé con gracia cuando me contó la dinámica. Los pajazos y las mamadas tarifadas se hicieron famosos en toda la hacienda. Los chamitos hacían cola. Todos: los deportistas, los gallos, los *emos*, los *dark*, los *tukis*; la fila en el cubículo de Eliana era un ejemplo de democracia. Yo cobraba en la puerta. Nadie vigilaba. Los pocos supervisores que quedaban se pasaban la tarde en la oficina hablando por teléfono o comparando las funciones de sus iPhone.

El señor Alfredo, en ocasiones, regresaba al campamento. Siempre se le veía derrotado y triste. Flema nos contó que, en una de esas visitas, le dio la cola hasta Caracas. Aparentemente, en medio del tráfico, soltó el volante y se puso a llorar. El señor Alfredo le describió a nuestro amigo todos los sacrificios hechos por su padre con el fin de levantar y mantener a flote aquella inútil hacienda; dijo que el viejo había hecho ese esfuerzo por dejar algo de valor a su país, a sus hijos, que Fábula había sido su discreto pero valioso aporte. «¿Qué? ¡Qué bolas! ¿Así que esta mierda es un aporte?—interrumpió Cacá—. ¿Y tú qué hiciste, Flema, lo abrazaste, le diste un besito?». Siempre he pensado que, por su propio beneficio, los seres humanos deberían evitar las ilusiones. Tengo pocas certezas en la vida. Sin embargo, sé que la esperanza es una necesidad.

Una tarde de lluvia ocurrió un imprevisto. Un niño samaritano denunció el contenido de nuestros talleres. La secretaria (o administradora o gerente o terapeuta) avaló su declaración. Era una mujer amorfa, treintañera, fea, tenía un nombre particular: Nina Mathinson. Aquel esperpento era la única autoridad que, en ausencia del Berroterán bueno, mantenía en pie la frágil estructura de Fábula. Siempre nos burlábamos de ella. Cuando el carajito nos delató, Nina Mathinson se atrevió a confrontarnos. Nos regañó. No estábamos acostumbrados, entonces, a que nadie nos llamara la atención. Hacíamos lo que nos daba la gana. Nina hizo un informe riguroso sobre nuestras andanzas, nuestros juegos nocturnos y actividades de recreo. Nos citó a los cinco en la oficina central (incluyó a Flema). Nos dijo que la única razón por la que no había presentado la denuncia ante los órganos competentes era porque sabía que, dadas las circunstancias, un escándalo de esa naturaleza terminaría por destruir lo poco que quedaba del campamento. Nos contó que ella había entrado a Fábula de la mano del señor Berroterán (que en paz descanse). Nos llamó irresponsables. Nos explicó que nuestro comportamiento atentaba contra todo el trabajo humano que se había hecho durante mucho tiempo. Su intensidad moral me hizo cosquillas, tuve que masticarme el labio para no soltarle la carcajada en la cara. Nos dijo que teníamos el país que nos merecíamos, que éramos malvados y que bla, bla, bla. Nos pidió entereza, dignidad, vergüenza. Amenazó con contarle al señor Alfredo todo lo que sabía sobre nosotros. Dijo que, al relacionarnos sexualmente con menores de edad, habíamos incurrido en delitos graves; que, de ser necesario, hablaría con nuestros padres y que, en el nombre del señor Berroterán (que en paz descanse, insistió), no permitiría que siguieran sucediendo las cosas que habían ocurrido en las últimas semanas. Nina Mathinson, sin embargo, cometió un error: nos brindó el beneficio de la duda. Su ingenuidad le hizo pensar que tendríamos en cuenta sus palabras, que su inútil reflexión, pasada por Splenda, nos haría algún tipo de ruido.

Al tercer día, iniciamos la venganza. El niño delator fue amedrentado por sus compañeros. Flema ofreció un cartón de cigarros para el primero que le partiera la cara al infeliz y garantizó que, desde ese momento, cualquier fuga de información se pagaría con el dolor y la muerte (los niños estaban aterrados). Nina Mathinson se convirtió en un lastre. No sé qué le dijo al señor Alfredo pero, tras una reunión apacible, Flema perdió su condición de supervisor; lo degradaron a delegado de deportes (a inflar balones y entregar toallas en la piscina sucia). El Fábula nocturno tuvo un período de paro forzoso.

La última temporada del campamento 2012, durante un fin de semana en Caracas, nos reunimos en casa de Cacá. Nos fumamos los regalos de Flema. «¡Qué asco esta mierda, marica! ¿Dónde compra Flema esta vaina? Sabe a perejil», dijo alguna. Tiramos. Nos duchamos. Volvimos a tirar. Vimos *Harry Potter* y el

prisionero de Azkaban. En algún momento, Carmen apretó *pause*. Recordó algo. Anunció el veredicto totalmente ebria. «¡Puta Nina Mathinson! ¿Se acuerdan de lo que le hicimos al profesor Rafa en el primer lapso?». Respondimos con carcajadas. «¡Pobrecito!», dijo Eliana. «¡Ave María Purísima! —dijo Lorena persignándose—. No quiero tener nada que ver con ese pederasta». Eliana le acarició el cabello y respondió a su ironía con una sonrisa. Carmen se tomó su tiempo, disolvió un triángulo en jugo de naranja y embuchó un trago. «Tenemos que hacerle lo mismo a Nina. ¡Vamos a destruirle la vida!».

11. El pasado

«Háblame de Eliana Bloom», dijo acariciando mi cabello. *No quiero hablar de Eliana*, pensé. *No vuelvas a hablarme. No quiero volver a verte*. Ocurrió lo previsto: la decepción fue inevitable. La mejor manera de romper relaciones con una persona es llevándola a la cama. El afecto genuino se pierde en el placer; el cuerpo goza y todo lo demás se desintegra. De la nada, surge el repudio. Me acosté con Salvador por aburrimiento, por óxido. Sus pesquisas en torno al asesinato tomaron derroteros extraños. Las anomalías del caso llamaron su atención. La historia logró cautivarlo hasta el punto de que desechó su proyecto inicial sobre la masacre de Los Chorros. Salvador enfocó el borrador de su nueva crónica en la redención del llamado Monstruo de Terrazas del Ávila. Hizo preguntas, se entrevistó con oficiales, familiares, amigos. Me incomodó con inferencias; quería conocer detalles y secretos. Nunca le conté la verdad. Él no sabía que mi relación con Eliana había sido tan íntima. Solo le dije que era una amiga del colegio a la que, en la escuela primaria, le había tomado mucho cariño. Nos vimos en mi *casa*. Bebimos champaña. Traté de eludir el tema. Cuando me buscó la boca no opuse resistencia. No me gustaron sus besos. Sus labios sabían a Listerine. Tenía pecho de pato. No pude evitar recrear el peso de Giancarlo (siempre que tiraba con un carajo me acordaba de él). Terminamos tirados en la alfombra. No sentí morbo, ni placer, ni emoción. Mi cuerpo satisfizo la vulgaridad de sus instintos. Su excitación me daba risa. Jadeaba como un animal enfermo. Me golpeaba con fuerza pero, aunque intenté poner de mi parte, no lo sentí. Mi sensibilidad estaba anestesiada. Hablamos enrollados en una sábana comida por polillas. Salvador, por fortuna, desechó el discurso romántico. Después de tirar, no dijo las ridiculeces de costumbre. Me contó una historia personal a la que no le presté atención. El olor humano comenzaba a molestarme. Su cercanía me provocaba piquiña. Quería que se fuera. En algún momento, mientras masticábamos los pedazos de una pizza fría, me contó las cosas que había averiguado en el periódico sobre el caso de Santiago Arismendi. Hinojosa, el Asesino, le dio una curiosa explicación sobre el destino del expediente.

La Redacción era una feria itinerante repleta de personajes fantásticos. Durante tres años, antes del traslado al cuerpo de Turismo, trabajé en la revista sabatina más balurda de la historia universal. Hacer el diseño, más que talento, exigía una inmensa fuerza de voluntad. El contenido era de una pobreza franciscana. El grupo, sin embargo (mujeres en su mayoría) era agradable, simpático. Casi todas eran periodistas que cubrían la fuente de Cultura y utilizaban aquellas columnas como matadero de tigres. En El Nacional todo el mundo se conoce. Algunos nombres míticos circulan por los pasillos como fantasmas en pena. El periódico siempre fue, desde sus años en el centro, una comuna *hippie* edulcorada por el chisme; una casa de vecindad que se dedicaba a imprimir un panfleto legendario. Uno de los personajes más sórdidos era el viejo Hinojosa, a quien todos conocían como el Asesino. Hinojosa era un gordo repulsivo que, durante muchos años, cubrió la fuente de Sucesos. Hinojosa también era un virtuoso cuentacuentos. Sus relatos en torno a sus experiencias en la crónica policial solían entretener eventuales tertulias y sobremesas. Nunca entendí la razón de su apodo. Nunca pregunté por qué le decían así. La noche que me acosté con Salvador, comiendo pizza y tomando cervezas, conocí el origen de la historia. «¿Por qué le dicen el Asesino?». «Porque es un asesino». «¿Qué quieres decir?». «Hace como ocho años mató a su esposa». «¿Cómo que la mató?». «La mató. Fue un accidente». No pude evitar reírme. «Es la verdad, fue un accidente. Cuando los enfermeros llegaron la señora ya estaba muerta. Hinojosa estaba solo, desnudo, sentado frente a ella con las manos en la cabeza. El hecho es que se la estaba cogiendo y la mató». «¿Qué?». «Sí, estaban tirando y, en medio del polvo, la jeva se murió». «¡Me estás jodiendo!». «No, es en serio». «¿Y qué edad tenía la señora?». «No sé, cuarenta y pocos. Hinojosa no es tan viejo, lo que pasa es que está acabado. ¿Sabes qué encontraron en la autopsia?». Alcé los hombros. El morbo de la anécdota estimulaba mi curiosidad. «La esposa de Hinojosa sufrió una embolia vaginal. Le dio algo así como un infarto... en la cuca». Tras la carcajada volvimos a besarnos. No quería tirar. Me dolía la espalda. Me llamó la atención su vigor, su persistencia. Caí en cuenta de que me estaba haciendo viejo.

«Hinojosa me contó que muchos expedientes de ese período, casi todos, fueron trasladados a Fuerte Tiuna. Es un desastre, Alain. Nadie quiere hablar de lo que pasó en esos años. Nadie está dispuesto a asumir la responsabilidad. Aunque en apariencia hayan cambiado las cosas, todo el mundo sabe que el poder real sigue estando en manos de los militares. En 2012, cuando mataron a tu amiga, la policía estaba intervenida por militares y cubanos. Todos los oficiales de formación, los que habían estudiado en el Iupolc o habían hecho carrera en el Cicpc se mudaron a las policías municipales o a empresas de seguridad privada. Los cubanos tenían puestos claves en Comunicaciones y Narcóticos, lo manejaban todo. Eliana Bloom fue asesinada cinco días después de la masacre de Los Chorros. ¿Qué recuerdas de Los Chorros?». Se levantó. Caminó hasta la ventana. El sexo empapado colgaba como un

caracol. Sentí asco. Encendió un cigarrillo. Una estela de viento atravesó la sala. Se sentó frente a mí con las piernas cruzadas. Traté de mirarlo como hombre, como posible compañero cotidiano. El hastío ganó la batalla. Quería que se fuera, que se callara, que se llevara su estúpida sonrisa y su falso interés por amedrentar el caos de mi conciencia. No escuché su última pregunta. «¿Qué recuerdas de Los Chorros?», repitió. «Nada —dije aburrido—. Unos policías malandros mataron a unos estudiantes de la Metro». Me levanté, me calcé la ropa interior. Humedecí una toalla para limpiar el semen desperdigado por el pecho. La memoria se paseó por aquella noticia. No quería contarle mis recuerdos. Ya no sentía nada por él. La intimidación lo había convertido en un extraño. «Con Los Chorros hubo mucha presión: opinión pública, prensa, partidos de oposición, incluso desde el alto gobierno. El exceso policial fue denunciado, incluso, en instancias internacionales. Uno de los chamos que mataron era hijo de un canciller uruguayo», dijo. La historia de esa masacre era vulgar, un lugar común: supuesto operativo, alcabala falsa, policías con pasamontañas, confundieron a los estudiantes con malandros, plomo, cuatro muertos. Los oficiales dijeron que los estudiantes eran traficantes de drogas, sembraron paquetes de cocaína y armamento en la maleta del carro. Hubo un enfrentamiento público entre los funcionarios del Cicpc y la policía del municipio Sucre, los testimonios no coincidían. Aquella fue una farsa que, como las canciones de *reggaetón*, aprendí por reincidencia. Cuando eso ocurrió, todo el mundo tenía que ver con la masacre de Los Chorros, todos tenían una opinión, algo que decir. Faltaba un mes para las elecciones presidenciales. Las redes sociales se convirtieron en un vertedero de injurias y lamentos: *#québolas*, *#estenoesmipaís*, *#asesinosmalditos*. Luego mataron a Eliana. El caso se resolvió en menos de dos días. Santiago Arismendi fue condenado. Nadie cuestionó su responsabilidad en el crimen. Un ingenioso periodista lo apodó con el mote de Monstruo de Terrazas del Ávila. Después de las elecciones nadie volvió a mencionar el trágico destino del culpable.

Salvador continuó con su ponencia. Habló de los años del Revisionismo (el período de transición entre la administración revolucionaria y el gobierno de la Unidad Democrática). Relató con detalle los escándalos de corrupción que habían salido a la luz. Contó fragmentos tragicómicos de los organismos de seguridad: el descalabro del departamento de Narcóticos, las redes de prostitución establecidas en los sótanos de Parque Central, el contrabando de tecnología avalado desde la dirección de Informática del Cicpc; el mercado cambiario de celulares y BlackBerry robados instrumentalizado en la Plaza Caracas. La tolerancia con los revolucionarios duró poco tiempo. En cuestión de semanas, los dirigentes del partido de gobierno sacaron el talonario de facturas. Los militares, empobrecidos y caídos en desgracia, regresaron a los cuarteles. Muchos de ellos dedicarían el resto de sus vidas a contarles a sus hijos las anécdotas de sus días de gloria y a soñar con futuras revoluciones. Los poderosos huyeron, robaron dinero suficiente para mantener a un

par de generaciones y se instalaron en países sin historia ni patrimonio. El Revisionismo, consigna con la que bautizaron el ajuste de cuentas, era un mito, un eslogan que pretendía disimular los excesos de nuestra sociedad perdida y maniquea. Hubo casos de militares, vinculados a la dirigencia revolucionaria, que permanecieron activos con el cambio de gobierno. Mantener esos cargos, sin embargo, tenía un precio. Todos los que querían salvar el pellejo debían mostrar su solidaridad a través de sendos honorarios o hacer incómodos sacrificios: información, contactos, influencias, redes de corrupción. La política castrense de la Unidad Democrática se debatió en los mesones de La Candelaria. Los oficiales que conservaron sus privilegios sabían que los archivos del Cicpc eran un caldo de cultivo para malintencionados y curiosos. Todo el mundo sabía que esos archivos estaban llenos de irregularidades. A finales de 2016 ocurrió la inundación. Aunque valdría decir (*off the record*) que todo fue un *fake*. Una vez más, las lluvias amedrentaron a Caracas. El Ávila vomitó, cedieron las bases de la Cota Mil, se inundó la autopista, se rebosó el Guaire y, curiosamente, el desbordamiento de una quebrada vecina a Parque Carabobo anegó el archivo policial. No hubo víctimas pero desaparecieron muchos registros. Las minutas de todo lo que ocurrió entre 2002 y 2014 se perdieron, en apariencia. Hinojosa le contó a Salvador que esos archivos no habían desaparecido. Los militares —en caso de alguna eventualidad— querían tener en sus manos algo con que negociar o confrontar posibles sobornos. La inundación fue la tapadera con la que pretendieron distraer a la prensa, pero siempre se corrió la voz de que la mayoría de esos registros se habían trasladado a un galpón en Fuerte Tiuna. Durante los primeros años del nuevo gobierno, mientras se definían las dirigencias del poder policial, el asunto de la mudanza del archivo se manejó con rigurosa discreción. Hinojosa contó que el director del periódico prohibió de manera tajante hacer alusiones al hipotético galpón. Años después, sin embargo, cuando la impenitente corrupción humana se apropió de los revisionistas, la vigilancia sobre aquellos documentos se disipó. Los periodistas, repentinamente, comenzaron a tener acceso a las fuentes ocultas. Los militares de antaño, poco a poco, perdieron todo tipo de influencia.

Salvador me contó lo que le dijo Hinojosa, el Asesino: «Si quieres tener acceso al archivo de Eliana Bloom o cualquier otro documento del Cicpc del período 2002-2014, debes contactar al sargento Mesa». El sargento Mesa, al parecer, era el encargado de vender al mejor postor los documentos que reposaban en los galpones del Fuerte. Hinojosa dijo que, por una pequeña comisión, él podía encargarse de las gestiones protocolares. Salvador se comprometió a rastrear el número del expediente en el Cicpc. Habló con la funcionaria Briseida Morales y, de manera genérica, sin entrar en detalles, obtuvo las referencias. Interrumpió el relato. Busqué un vaso de agua. Me dolía la cabeza. Salvador no dejaba de hablar. El ajusticiamiento de Santiago Arismendi (la condena, el asesinato de un hombre inocente) parecía

adaptarse a las necesidades de su tesis y su moral prefabricada. El editor de la colección, en principio, no se interesó por el proyecto. Le pidió que redactara un primer borrador aunque la idea no le parecía competitiva. *Si me gusta, hablamos*, dijo supuestamente. Salvador quiso saber más cosas sobre Eliana, sobre nuestra amistad revocada. Su curiosidad entraba en un territorio hostil y delicado. Aquella noche, mentí. Hablé a medias. Traté de distraerlo con juegos de placer. *Cógeme y cállate*, pensé. Al final, todo el mundo cede frente a la estupidez del cuerpo. Lo tomé de la mano y lo llevé hasta la ducha. Pero su curiosidad no paró, siguió haciendo preguntas complicadas. Comencé a masturbarlo. Todo se mezcló: el miedo, el recuerdo de Eliana, de Loló, de Cacá, de Flema, la voz lastimera de Giancarlo. Un frío repentino me atravesó las piernas, comenzó en los tobillos. «Confía en mí, Alain», dijo el imbécil. Tenía ganas de llorar. Me arrepentí profundamente de haberle sugerido aquella pesquisa. Quería abandonarlo todo, encerrarme para siempre en mi burbuja solitaria. «Puedes confiar en mí», repitió. Me besó en la boca. Me acordé de Amanda (de una Amanda buena y remota). Hablé sin darme cuenta. «Si quieres saber lo que le pasó a Eliana, debes encontrar a una mujer». Dejó de tocarme. Me miró a los ojos, el agua resbalaba desde sus mejillas. Colocó su mano derecha en mi quijada. «Si quieres saber lo que pasó, busca a una mujer llamada Nina, Alfonsina Mathinson —agregué—. Por favor, Salva, por favor, no me preguntes más cosas. No sigas. No sigas». Y, como un niño perdido, me puse a llorar abrazado a sus rodillas.

12. ¡Vamos a destruirle la vida!

Mira-qué-triste perdió su encanto primerizo. La rutina de recrear miserias ajenas no tenía efectos inmediatos y prácticos. Nuestra imaginación había desahuciado la totalidad del entorno. El último año del colegio fue demasiado largo. No pasaba nada. No hacíamos nada. Solo fumar, tomar ácido, tirar, ver porno en casa de Cacá, dar vueltas por Caracas en la camioneta de Flema, volver a fumar, volver a tirar, cansados, sin ganas, excitados por inercia. Y fue allí, en ese ciclo de placer domesticado, entre las sábanas sucias, donde Cacá inventó el más desalmado de todos nuestros juegos.

El profesor Rafael era un exseminarista arrogante. En esos días, hubo un examen difícil. Ninguno de nosotros aprobó. Cacá entonces, en broma o en serio, dijo que teníamos que hacer algo al respecto. El profesor Rafael era un perdedor integral, un miserable nato. Durante las clases le gustaba promover como ejemplo de vida su fracasada vocación sacerdotal. Siempre nos contaba que, por diferencias políticas con la Iglesia, decidió abandonar el seminario y dedicarse al estudio de las

Ciencias Pedagógicas. «Solo a través de la educación los pueblos pueden cambiar y redimirse. Sé que, como docente, puedo aportar más», dijo en algún sermón matutino. Aquel reconocimiento nos pareció el testimonio más ridículo que habíamos escuchado en nuestras vidas. «¡Qué puede aportarle al mundo ese pobre infeliz! —solía despotricar Carmen—. ¡Pobrecito! ¡Se cree alemán!».

Rafael fue nuestro profesor de Matemáticas en cuarto y en quinto año. Tenía la falsa convicción de que su materia nos interesaba, de que sus disparates sobre la aritmética podían tener alguna relevancia. Era un tipo gracioso, menudo, poco desarrollado. Su cara lampiña y chupada padecía una modalidad de rigor mortis. Para mí era un equis, un fantasma, un desperdicio de espacio. Mi cuaderno de Matemáticas era un portafolio de dibujos (desnudos, ahorcados, viejas, stop). El último año, reprobamos todas las asignaturas. No nos importaba. Al final, entre las clases particulares y los acuerdos económicos/éticos con algunos docentes, siempre alcanzábamos el honorable diez. El profesor Rafael era riguroso. No aceptaba sobornos. El maldito no bebía ni fumaba. Además, era indiferente a las tentaciones. Eliana solía ubicarse en la primera fila, sin pantaletas. Cuando tenía problemas con alguna materia se sentaba con las piernas abiertas y mordía la borra del lápiz. El infeliz de Rafael parecía ser inmune a la belleza. La ignoraba por completo. Cacá, por su parte, también trataba de amedrentarlo: en medio de los exámenes, se paraba a preguntarle cualquier cosa y le montaba las tetas en la cara (Gas tetas de Cacá eran inmensas). Les llamaba la atención con cortesía. Las trataba de usted, les decía señoritas, las miraba a los ojos sin mostrar amagos de lascivia. El profesor Rafael, con su purismo riguroso, se convirtió en un reto. Un día, durante un *recreo*, vimos llegar a su esposa, una mujer joven, embarazada. La barriga era amorfa, irregular, parecía que iba a explotar en medio del patio y a salpicarnos de asquerosa placenta. Rafael protagonizó varios episodios de mira-qué-triste pero nunca quedamos satisfechos. El y su esposa preñada salieron del colegio tomados de la mano. «¡Qué bonito!», dijo Loló con ironía. «¡Se quieren!», agregó Eliana. Esa noche, al recordar la escena, Carmen sacó la cabeza de las sábanas, se sentó con las piernas cruzadas y dijo: «Ya lo tengo. Ya sé lo que haremos. ¡Vamos a destruirle la vida!».

Todos sabíamos que el profesor Rafael mataba tigres dando clases particulares. Las tardes de los martes y los jueves los estudiantes mediocres, en grupos de cuatro o cinco, nos reuníamos en su casa. Vivía en un apartamento de la urbanización Santa Inés. En esas clases, repetía las mismas lecciones del salón pero lo hacía de manera personalizada (si no entendías, eras un anormal), echaba los mismos cuentos y tenía simulacros de orgasmos cuando, por azar, resolvíamos algún ejercicio. Nos explicaba el significado de las fórmulas, nos contaba el origen de los términos matemáticos, el sentido filosófico de la aritmética, citaba a Pitágoras, Descartes... Siempre se empeñó en contagiarnos la pobreza de su entusiasmo. Cacá trazó el plan. El primer borrador me gustó, me dio risa pero no participé en el

trabajo de campo. Mi relación con Giancarlo, el hombre grande que había conocido en la galería de mi mamá, estaba en su fase primaria. Aquella distracción justificó mi pasividad en la conjura. Un sábado de lluvia, acompañé a Loló a comprar ropa infantil al CCGT. No conocía los detalles de la misión, no pregunté nada. «Tres-cuatro años, así está bien», dijo Lorena en el mostrador. Compró varios vestiditos y guardacamisas. Esa noche nos reunimos en casa de Carmen. Lorena le entregó la bolsa con la ropita. Cacá nos mostró un *pen drive*. «Lo tengo todo acá. Pasado mañana arruinaremos al infeliz», dijo. Y tuvo un golpe de risa. Se desnudaron en la sala, se encerraron en el cuarto. «¿No vienes, mi Alain?», preguntaron. «No, no me siento bien», mentí. Aquel día, de manera clandestina, había quedado en encontrarme con Giancarlo en el *lounge* del Trasnócho. Me sentía profundamente transgresor. Tenía dieciocho años recién cumplidos y estaba saliendo con un carajo de cuarenta.

El profesor Rafael faltó al colegio la semana siguiente. Se reincorporó quince días más tarde. Cambió su semblante. Su expresión alegre-mongólica había desaparecido, estaba pálido e incómodo. Dejó de lado los sermones y dedicó la mañana a dictar ejercicios irresolubles. No volvió a sonreír. En esos días, alguien contó que su esposa había tenido un problema de salud y que el parto se le adelantó. Cacá se enteró de que el carajito había nacido con problemas y lo tenían entubado en una clínica. Pedro Pablo, un chamo del salón, un equis, nos dijo que, durante el recreo, había visto llorar al profesor Rafael cerca de la Coordinación. La noticia no me satisfizo. Aquella situación, quizás, dio lugar a un primer amago de conciencia. Mentiría si dijera que me compadecí por el doliente. En realidad, me dio lo mismo. Esa noche hubo una rumba en casa de Flema. Fue cuando conocí los detalles, el final del juego.

Ocurrió durante las clases particulares. Una o dos veces, antes de los exámenes de lapso, fui a las jornadas vespertinas en la casa del profesor Rafael. Mis amigas también asistían. Todos conocíamos el mobiliario. Las clases se dictaban en la mesa de la sala. El apartamento era pequeño; el baño, de baldosas azules, estaba al fondo del pasillo, al lado del único cuarto. Sabíamos que en la habitación, sobre una mesa, reposaba una *laptop*. El día de su tragedia, el profesor recibió una llamada por el intercomunicador. Debía bajar al estacionamiento del edificio a revisar un problema con su carro. Le dijeron que un vecino lo había chocado y le había volado un retrovisor (nunca supieron que el supuesto vecino había sido Flema). Rafael bajó. Se ausentó del apartamento durante quince minutos, aproximadamente. Lorena y Carmen se quedaron solas. Junto a ellas, había otras tres gallas de la sección C. A nadie le llamó la atención que Carmen pidiera permiso para ir al baño. Cuando se levantó y se ausentó cinco minutos les pareció normal.

No sé cómo consiguieron el número del teléfono celular. Esa tarde, después de la clase, llamaron a la esposa del profesor Rafael. Eliana colocó una franela sobre el auricular, puso voz de gente grande. «¿Es la señora Andrea? ¿La esposa del profesor Rafael Colmenero? Mire, disculpe que la moleste pero quiero hablarle sobre un asunto muy delicado. Estoy preocupada...», Cacá lo contó con entusiasmo. Flema estaba tirado en el piso, aturdido por la carcajada. Era fácil imaginar la escena: la mujer regresó a su casa con asma. Encendió la *laptop* del cuarto. Siguió las órdenes de la mujer extraña quien se identificó como una representante mortificada, mamá de un carajito de primaria. Una vez en el escritorio, buscó la carpeta *Exámenes de Lapsos 2 > Algoritmos*. El material estaba oculto bajo el nombre *Planificación*. Encontró más de veinte clips. «¡Coño, Cacá, te pasaste, chama! Le hubieras metido algo más *soft*. ¿Te imaginas la cara de la jeva?», dijo Loló. El disco duro estaba repleto de videos *hardcore* (el más radical contenido de *Brazzers*). La mayoría de las escenas estaban identificadas bajo la categoría *teens*, eufemismo web de pederastía. «¿Dónde encontraste esta mierda? Cacá, por favor, eres una maldita enferma», dijo alguno. A juicio de Flema, en la selección de Carmen había material muy fuerte. Me llamó la atención esa observación; Flema era un depravado absoluto. La esposa agraviada, sin dar crédito a la evidencia, siguió las instrucciones de la informante. La curiosidad mató su iniciativa de desechar aquella llamada desagradable. Caminó hasta el armario. Allí, en la gaveta de las franelas, en un doble fondo, en un neceser negro, encontró ropa infantil endurecida y viscosa. Flema levantó las manos insinuando una supuesta inocencia. «¡La vaina apestaba, marica!», contó Caca. Carcajadas. «¡Pobrecita, chama!», logró pronunciar Eliana entre risas. Nunca supe cuál fue el destino de aquellas personas. Nunca supe qué tanto daño pudimos haber hecho con nuestro juego. Semanas después, el profesor Rafael renunció. No volvimos a verlo. En el colegio contrataron a un viejo pirata que, por dos botellas de Vat 69, nos pasó la materia. Aprobamos matemáticas con diecisiete. Destruir vidas se convirtió, entonces, en un regular pasatiempo. No contaré los otros casos. Sé que la imaginación humana es suficientemente escatológica. Pasadas tres o cuatro experiencias, nos aburrimos. Lo más triste fue que no solo nos cansamos del juego, también, sin darnos cuenta, nos aburrimos de nosotros. Comenzaron los problemas, las tensiones, los celos, las competencias. Ninguno supo cómo pasó. Solo sé que meses después, cuando decidimos destruir la vida de Nina Mathinson, nuestro mundo había dejado de ser el mismo.

13. Nina Mathinson

Nina Mathinson era una inútil terapeuta que veneraba la labor filantrópica del viejo Berroterán. Más allá de eso, no existía. Tenía un rostro desdichado,

salpicado de pecas, en el que no era posible distinguir la risa del llanto. Se sabía de memoria los estatutos del campamento (un poema ridículo que estaba escrito en el muro de la entrada). Siempre nos invitaba a reflexionar sobre aquellas pendejadas: igualdad, libertad, fraternidad (algo así decían los versitos, no eran muy originales). Nina creía que aquel intrascendente pasatiempo de agosto tenía alguna importancia para nosotros. Como todos los adultos, decía la estupidez de que éramos el futuro. Nunca se dio cuenta de que nuestros padres, al concebimos en esa geografía maldita, nos habían arrebatado cualquier alternativa de futuro. «Espero que, por lo menos, los cabrones hayan echado un buen polvo», solía decir Cacá al evocar nuestras concepciones innecesarias. El universo Berroterán-Mathinson pretendía inculcarnos la ética del *boy-scout*. Nosotros no aprendimos a hacer fuego con palitos, nunca ayudamos a ciegos o viejitas a cruzar la calle ni jugamos al fiscal de tránsito en los pasos de peatones cercanos a las escuelas. En el campamento, lo único que hicimos fue tirar hasta el dolor físico, tragar nicotina hasta pudrirnos los bronquios y perder el sentido con cualquier artilugio del botiquín de Flema. Lo que resulta curioso es que, a excepción de Nina Mathinson, nadie se dio cuenta. Las evidencias eran claras: los charcos de vómito, los ceniceros llenos de colillas, los condones húmedos, el olor a monte, los ayes nocturnos desde la barraca de niñas. Ningún padre protestó. Ningún profesor alzó la voz. Ningún supervisor sospechó que las madrugadas de Fábula se habían convertido en una orgía. Mi desengaño sugiere verosímiles hipótesis: no querían ver, no les interesaba ver. La visión naif y edulcorada del mundo les resultaba demasiado cómoda. Para Amanda, por ejemplo, todos los infortunios del mundo tenían un único responsable: Chávez.

Cuando Nina Mathinson amenazó con denunciarnos decidimos hacerla pedazos. No fue un plan preconcebido. Al principio, no le dimos importancia a sus reclamos. Siempre sería su palabra contra la nuestra. Decidimos utilizar la guerra de guerrillas. Hicimos muchas travesuras, bromas de mal gusto que olvidé y que ahora, con la conciencia cariada, evoco sin orgullo. Recuerdo que una vez esparcimos sobre su escritorio una bolsa de perrarina mojada, también le echamos pega en la cerradura de su carro. Pendejadas. Éramos conscientes, sin embargo, de que faltaba el golpe maestro.

La última semana ocurrió algo. En una de las cabañas, al fondo, Nina Mathinson encontró a Eliana y a Lorena besándose con intensidad desesperada. «Marica, Grima nos pilló», le contaron a Carmen más tarde. Cuando Nina entró a la habitación, Lorena no tenía camisa. Eliana amasaba sus senos, se tocaban con pasión y desparpajo. La mano de Loló desaparecía en la superficie del *bluejean* entreabierto. Nina no dijo nada. Simplemente, salió del cuarto. En su fuga, tropezó con un tobo. El escándalo delató su presencia. Eliana la vio a través del espejo. En la noche, durante una borrachera, se trazó la primera venganza (la única).

Ocurrió de madrugada. Los cuatro, aburridísimos, nos quedamos en la cabaña. Queríamos beber hasta perder el sentido. El hastío comenzaba a apoderarse de todo. No sabíamos que no teníamos nada que decir, nada que compartir. En ese momento, no éramos conscientes de que el engranaje amiguero fallaba. Jugamos al limón, medio limón. «Maldita cabeza de mierda, me va a explotar», dijo Carmen apretándose las sienes con latas de cerveza. Más tarde, decidimos jugar a la botellita. No había nada más desagradable que nuestras penitencias. Las condiciones impuestas en el juego, por lo general, eran asquerosas y repulsivas. Siempre terminábamos desnudos, embadurnados en arequipe, metiéndonos vainas en el cuerpo o haciendo indescriptibles cochinas. La botella giró con violencia, la punta señaló a Eliana, la base le dio la palabra a Cacá. Desde la ventana del cuarto se veía el edificio de oficinas. En él, había una luz solitaria, la guarida del animal enfermo. Carmen se levantó. Trató de mirar a través del cristal manchado de pintura. Tomó una de las latas de cerveza y se la puso en la frente, parecía tener fiebre. Eliana esperaba con estoicismo el contenido *gonzo* de su penitencia. Carmen escupió su carcajada. «Marica, ¡qué asco!». «¿Qué?», preguntó Eliana. «Quiero que vayas a la oficina y beses en la boca a Grima Mathinson». «¡Coño'e tu madre!», alegó Eliana. «¡Verga, Cacá, te pasas... Qué sórdida la vaina!», dijo Lorena riendo la iniciativa. Viéndolo en perspectiva, puedo decir que ese momento fue el punto de inflexión. Después de eso, todo se vino abajo. Cacá repitió su sentencia: «Quiero que vayas a la secretaría y le des un beso en la boca a ese animal».

Lorena y Carmen disfrazaron a Eliana. La vistieron con un pijama transparente. Eliana posaba como un maniquí, tratando de imitar la forma del número cuatro para evaluar el estado de su borrachera. «Quítate la pantaleta, marica», dijo Carmen. Lorena, de inmediato, le quitó la ropa interior. Cacá le desabrochó el sostén, apenas lo colocó a presión. «¡Así! ¡Estás bella! ¡La bestia se quedará loca!». Se despidieron con un beso. «Anda, ¡humíllala!», dijo Carmen. Eliana entró al edificio central. Nos escondimos detrás de la puerta. Nina Mathinson trabajaba frente a una computadora, parecía introducir datos en una plantilla de Excel. La edad de esa mujer era imprecisa: treinta, cuarenta, cincuenta, no lo sé. Cuando se tienen diecisiete años es difícil establecer diferencias cronológicas entre la gente grande. Como los chinos, todos los viejos se parecen. «¡Nina!», dijo Eliana. Sabía actuar, quebró la voz, se mostró vulnerable. Vimos toda la secuencia desde la puerta entreabierta. «¿Bloom? ¿Qué te pasa? ¿Te sientes bien?». Nina Mathinson se levantó, se acercó a ella con indecisión. «¿Eliana, estás bien? ¿Quieres que...?». Caminó hasta el teléfono fijo. Eliana se colocó detrás de ella, le tomó las manos, acarició sus brazos ásperos y peludos. Nina se quedó paralizada. Cacá tuvo que tirarse al piso para no desmayarse. Eliana comenzó a jugar con el cabello de Nina. «¡Coño'e su madre!», comentó Lorena bajito, con la sonrisa tapándole la cara. Nina permaneció estática, nerviosa, tensa, parecía un saco de papas, de escombros, de

pedras o cemento. «¡Lo va a hacer, marica. La va a besar. ¡Qué asco! ¡Eliana es una puta *crack*!», anunció Carmen. La escena de la oficina, excluyendo nuestra malicia, resultó bonita. La lluvia golpeó las ventanas. Una brisa *kitsch* se coló desde el fondo y lanzó unos papeles al suelo. Eliana acarició el cuello de Nina, acercó las manos hasta su rostro. «¡Bloom, por favor! ¿Qué estás haciendo? Estos no son juegos», dijo en susurros, con los nervios dándole forma humana a su rostro. Los dedos de Eliana alcanzaron su boca. El índice jugó con los labios, Eliana buscó humedecerlos. Rápidamente tropezó con la lengua. El beso fue algo breve, un mínimo contacto. Cuando los labios se juntaron la fuerza del viento batió una de las ventanas. El ruido las apartó. Nina retrocedió, se llevó las manos a la cara. Eliana dio la vuelta. Se limpió los labios con el dorso de la mano. No podíamos reclamarle nada. Ya había cumplido con su penitencia. Había besado al monstruo. «¡Bloom! —dijo Nina—. No te vayas. ¿Por qué...?». Nina la tomó por las manos. La arrastró hacia sí, le tocó la cara. Eliana se despidió con un memorable y risible ¡No me toques! Luego salió corriendo.

Las carcajadas duraron hasta el amanecer. Cacá obligó a Eliana a limpiarse la boca con alcohol, a cepillarse varias veces y a hacer media hora de gárgaras con Listerine. «¡Marica, deberías vacunarte contra el tétano o la fiebre amarilla! ¡Qué asco!», repitió Carmen. «Lo *heavy* fue que la jeva tripeó», dijo Lorena. «Sí, Eli, le gustas a Grima. Créeme que esta noche ese animalito no podrá dormir. Todo el peo que montó por la vaina de los baños y resulta que la caraja lo único que quiere es que la invitemos a chocar papo. Eli —reincidió Cacá luego de servirle un trago—, deberías invitarla a salir. Chuléatela, haz que te brinde curda, comida y, si no te da asco, te la coges. Sería el peor polvo de tu vida pero puede ser divertido». En ese momento, todos nos reímos. Nadie había previsto lo que pasaría después.

14. La política y el futuro

La memoria es impotente. Cuando intento recordar lo que pasó aquel septiembre no sé qué parte pertenece al recuerdo y qué otra a la invención. La curiosidad de Salvador (sus preguntas, su impertinencia) ha recreado versiones de la historia sobre las que no soy capaz de pronunciar. Eliana resbaló, perdió el equilibrio. Su cabeza se estrelló contra la mesa. El golpe se escuchó en todo el apartamento. El cristal se astilló en fragmentos diminutos. Cacá tuvo un ataque de risa. Eliana se levantó dando tumbos. La sangre densa, desproporcionada, le brotaba desde la frente. «¡Marica, qué coñazo!», dijo al levantarse. Apenas podía mantenerse en pie. Habíamos fumado y bebido demasiado. Antes del mediodía, habíamos hecho mercado en nuestro Makro personal (el vivero clandestino de los panas de Flema).

El arrebato fue intenso y desproporcionado. Recuerdo que atravesamos un desierto; patinamos el cielo parados sobre nubes con forma de Morey Boogie. «Marica, el universo. ¡El universo!», dijo Loló parada en la ventana. Nos quedamos dormidos sobre arenas movedizas (arena fucsia). Las paredes del apartamento comenzaron a derretirse. Coldplay sonaba de fondo. La televisión se quedó encendida en Cartoon Network. La caída de Eliana nos despertó: «¡Marica, qué coñazo!». De ahí en adelante la memoria colapsa. Eli caminó hasta el baño. El lavamanos y el espejo se llenaron de sangre. Lorena se levantó. Bostezó. Se tomó un vaso de agua para matar el sopor de la placa. «Eliana, ¿estás bien?», la acompañó hasta el baño. Entró. Cerraron la puerta. «Estas perras van a echar un polvo», dijo Cacá atolondrada, con los ojos llenos de lagañas, con la baba colgándole del mentón. Buscó el control remoto. Encontró Venus TV: *Disciplined* con Anastasia Pierce. Un porro incompleto descansaba sobre la mesa. Cacá lo encendió con un yesquero amarillo fosforescente. «Alain, ¿quieres desayunar?». Eran las seis de la tarde. Comenzaba el día. Como era habitual en las últimas semanas, Eliana y Lorena discutieron a gritos. El escándalo atravesó la puerta. «No me toques, ¡no joda!», se escuchó desde el baño. Y mil insultos, groserías histéricas: *puta, maldita, perra. ¡Váyanse a la mierda!*

El placer también es aburrido. Toda forma de goce la llevamos al límite. Sacrificamos la seducción. Los cuatro cuerpos se hicieron predecibles. Habíamos olvidado la noción del erotismo y del morbo. Los sentidos, cansados e insatisfechos, perdieron el apetito. Nada nos excitaba. Nuestra compañía, poco a poco, dio lugar a la conciencia del rechazo. Todo el amor que sentíamos se revolvió en lo más hondo y regresó convertido en un tumor maligno. Hacíamos lo que hacíamos por costumbre, por pasar el tiempo, para esperar que bajara el tráfico en la Cota Mil o se calmara la furia de las tormentas cotidianas. «Alain, estoy ladillada. ¿Tiramos?», decía cualquiera, echada en el sofá o, sin anuncio previo, me metían la cabeza entre sus piernas. La confianza comenzó a mostrar pronunciadas fisuras. Habíamos cambiado. Ya no éramos los carajitos traviesos que se sentaban a ver pasar el tiempo y jugar mira-qué-triste utilizando como modelos a profesores miserables. El hastío nos hizo aprender por la fuerza que, más allá del sexo, teníamos pocas cosas en común. El paso del tiempo, el peso plomo de la nada, nos hizo caer en cuenta de nuestra desdicha. Lorena y Eliana se alejaron de manera discreta. Lo supe por los detalles. Siempre querían estar solas. Los chistes viejos ya no les daban risa. No se desnudaban delante de nosotros; se acostumbraron a encerrarse en el baño. Eliana tenía viajes horribles; todo lo que fumaba (o tomaba) convocaba intolerantes demonios. Al principio, no le di importancia. Mi historia con Giancarlo me mantenía

ocupado, distraído de nuestra decadencia. Todos los días era lo mismo. La sensación era paradójica. No queríamos perder lo que teníamos pero sabíamos que nos quedaba poco tiempo. Lorena fue la primera que se dio cuenta.

2012 fue un año atroz. Después de siglos de tortura psicológica, terminó el cautiverio escolar. Nos disfrazaron con togas azules y nos regalaron un papel en el que decía que, durante tantos años, habíamos sido felices y habíamos hecho muchos amigos. Haber perdido el tiempo, entonces, nos facultaba para ir a perderlo en otro lugar: la universidad. Cuando hago balance de mi experiencia colegial, no encuentro grandes asideros. Aprendimos a leer, a escribir y a deletrear nuestros nombres. Algunos aprendieron a sumar y restar y otros, los más astutos, a multiplicar y dividir. Más allá de eso no aprendimos nada importante. Ninguno de nosotros quería hacer la transición a la vida adulta. La rutina, sin embargo, nos empujaba a tomar posición frente a la necedad del porvenir. La universidad, según el orden natural de las cosas, sería la sede del nuevo presidio. Nunca nos creímos el cuento de que las cosas cambiarían en la UCAB, la Metropolitana, la Monte Avila o la Central. Sabíamos que todo se trataba de un vulgar traslado.

Venezuela era un cómic mediocre. Una vez más, habría elecciones prepagadas. El entusiasmo ante la posibilidad real de derrocar a los comunistas tropicales sacrificó el sentido del ridículo. Todo el mundo sabía que los militares nunca entregarían el poder por los canales regulares, pero los aficionados a la derrota decidieron promocionar el tráiler de un cuento con final feliz. Inventaron la comedia del camino y la unidad. Cantaron canciones románticas (vallenatos, *reggaetones*, fanfarrias). Los hombres y mujeres de Venezuela se tomaron de la mano, caminaron juntos y, por pocos meses, dijeron ser felices. El entorno festivo era monotemático e insoportable. Sobrevivir, en medio de la mierda dulce, se hizo una rutina tediosa. «¡Alain, eres un irresponsable!», gritó Amanda indignada. Cuando mi mamá se enteró de que no estaba inscrito en el registro electoral amenazó con suicidarse. Brigitte, entonces, era menor de edad pero junto a un grupo de amiguitas de su colegio se integró a un clan llamado Militantes del porvenir (algo así, una de las tantas pendejadas que inventaba la gente de Primero Justicia). Amanda convirtió la desahuciada galería en una sucursal del comando de la resistencia. Marcello respetó mi decisión de no participar en el fraude pero, claramente, no la compartía. El caso más gracioso fue el de Giancarlo. Yo sabía que él era un opositor visceral e intolerante, sin embargo, meses antes de las elecciones, tras años de supervivencia en empleos miserables, consiguió un puesto de director

de No Sé Qué en el Canal 8. De un día para otro, se convirtió en productor de programas atroces y comenzó a ganar más dinero del que había visto en su vida. Sabía que la posibilidad de un cambio de gobierno lo haría regresar a presidir el sindicato de la mediocridad. Por esa razón, Giancarlo no me decía nada. Delante de sus amigos, expresaba su habitual amargura. Marchaba y gritaba consignas. Llamaba a *Aló Ciudadano* para exponer soporíferas reflexiones, pero cuando llegó el día del carnaval, fingiendo un insoportable dolor de muelas, se quedó en su casa.

El entorno era una apología del suicidio. Incluso Flema, el animal de Flema, nos dijo que le gustaría que las cosas cambiaran en Venezuela. Cuando nos contó que tenía la intención de votar no pudimos controlar las arcadas de risa. El, ese aficionado a la nada, ese ser humano modelado con excremento, tuvo la desfachatez de decirnos que se sentía orgulloso de sí mismo porque iba a ejercer el derecho al voto (cita textual). El quería un cambio. «¡Qué votar ni qué coño'e madre! —dijo Carmen en uno de sus raros momentos de lucidez sociológica—. Escucha una vaina, Flema. La gente tiene que darse cuenta de que al mundo lo mueven las pulsiones eróticas; lo demás es paja. Toda la historia de los seres humanos se reduce a un único conflicto: quién quiere con quién; quién se quiere coger a quién, eso es todo. A eso se refería este carajo... ¿Cómo se llama? Erwin, Darwin, con la paja de la supervivencia. Si este país de mierda quería tener una oportunidad, la perdió en febrero cuando hicieron las otras elecciones, las del candidato único». «¿De qué coño estás hablando?», dijo Eliana aburrada. «Todo sería diferente si hubiera ganado la jeva, el culo. ¿Cómo se llama?». Flema respondió. Yo, en ese tiempo, no sabía cómo se llamaba nadie. «¡Coño! —replicó Cacá—. Esa jeva es preciosa. Esa caraja sí podría cambiar las vainas y no lo digo porque la tipa sea arrechísima ni inteligente ni un coño'e madre. Lo digo, simplemente, porque tiene un par de tetas, un tostón y un hermoso culo. Si esa caraja fuera la presidenta de esta mierda, créanme, todos los líderes del mundo, incluido el negrito Obama, van a querer cogérsela. Piensen nada más en esos jeques árabes que son unos depravados. Hablo en serio, Flema. No te rías. Échale un ojo a las jevas que están metidas en política. Todas son espantosas, puro carro choca'o: Alemania, Brasil, Argentina. En cambio, esta jeva, nada más con su culo, podría hacer que esta mierda se convirtiera en una potencia. ¿Por qué se ríen?, estoy hablando en serio. —Cacá embuchaba cerveza, abría las piernas, se recostaba del asiento e imitaba el acento árabe—. *Yo - comprar petróleo caro - muy caro - no importar - pagar lo que sea - regalar tecnología, camellos, ferrocarriles - no importar una mierda - dar sede olímpica a Maturín 2024 - pero tú, mamar chaparro - si tú mamar güevo, nosotros construir autopista, pagar deuda externa.* Pero, qué carajo, ganó este pobre pana que cree que se la está comiendo porque está caminando descalzo los caseríos de esta tierra de nadie, comiendo flores y abrazando viejitas. No hay nada que hacer, Flema. Quédate en tu casa. No votes un coño'e madre. No sé, haz algo útil: ponte a ver una porno, hazte la paja, tómate un ácido,

juega *Assassin's Creed*. Te lo digo en serio. Mi viejo se reunió el otro día con unos chinos. Tú sabes quién es mi papá, así que no me digas que estoy hablando paja. ¿Cuántos millones de habitantes hay en esta mierda? ¿Cuántos votan? ¿Dieciocho, veinte? *Whatever*. Mira Flema, puede que veinte millones de personas voten por este carajo y su caminito pero eso no importa. Pase lo que pase, sea cual sea el resultado, va a pasar lo que ha pasado siempre. Es decir: nada. No pierdas tu tiempo intentando cambiar las cosas. Todo el mundo sabe que este país es una franquicia del infierno».

La idea del futuro también se apoderó de nuestras tertulias. La ciudad era un laberinto sitiado, una modalidad de guerra civil en la que el porvenir aparecía como un campo minado e intransitable. «Nada. Yo no haré nada en mi puta vida», dije aletargado por el Tang. Tenía previsto estudiar Diseño Gráfico en el Instituto Caracas pero, para estar a la altura del fracaso común, preferí mentir. Carmen expuso una de sus raras iniciativas. Dijo que estudiaría Educación Preescolar en la Universidad Católica. Lorena se ahogó con el trago. Eliana se quedó sin aire. «Marica, ¡Educación! ¿Tú?». Y nos reímos hasta sentir dolor en las mandíbulas. La risa disipaba la tensión de las últimas semanas. Los desencuentros aparecían bajo el formato *random*. En ocasiones, parecía que nada había cambiado. El centro del mundo seguía quedando en el apartamento de Carmen, con el CD de Coldplay de fondo, con pizzas de Papa John's y los jarabes, pastillas y rayas que, por cuotas de sexo, le cambiábamos a Flema. «¡De bolas, marica! ¿Qué más se puede estudiar en esta mierda? —gritaba Cacá—. Educación es la única paja en la que no piden promedio. Además, en esa carrera no hay que estudiar un coño. No hay que hacer nada. ¡Educación Preescolar, gran vaina! Te calas a un poco e carajitos hasta el mediodía, les limpias el culo si se cagan, les cambias el pañal si se mean y ya, te queda el resto del día pa'caerte a curda y tirar con los panas. Lo peor que te puede pasar es que te llenen el pelo de plastilina».

Sin mucho entusiasmo, Lorena contó su proyecto. Lo hizo con timidez, vigilando sus palabras. Su mano derecha se perdía en el cabello de Eliana. Habló de su mamá y de Chicago. No se sentía cómoda al hablar de su familia. A ninguno de nosotros le gustaba penetrar en su propia podredumbre. Carmen decía que hablar de la familia era como pisar un mojón fresco y hediondo. Hacía más de seis años que la mamá de Lorena se había mudado a Estados Unidos. La señora Girasol (tenía nombre de flor, no recuerdo cuál) era ingeniero de Pdvsa, pero fue despedida tras el paro petrolero de 2002. Durante mucho tiempo quemó sus ahorros financiando inútiles grupos de resistencia. Viajó a Estados Unidos con el fin de tantear el terreno

laboral. Lorena se quedó en Caracas con su papá, el bueno para nada del señor Lorenzo. La señora Florecita encontró trabajo en Chicago. En un correo breve le explicó a su hija que era Asesora de Servicios de Producción en una compañía transnacional latinoamericana, pero en realidad (contaba Loló) su mamá se dedicaba a inyectarle tinta a cartuchos HP, liberar celulares y sacar fotocopias en un negocio clandestino administrado por ecuatorianos. Durante casi todo el bachillerato, Lorena se quedó con el señor Lorenzo. Loló siempre nos dijo que su papá era un fracasado ejemplar. En nuestras tertulias de madrugada lo llamaba el Chulo. Las recurrentes y misteriosas ausencias del señor Lorenzo reforzaban esa teoría. Inventamos que el papá de Loló traficaba con mujeres menores de edad, hígados, riñones o córneas, pero todo era parte de un chiste interno. Sabíamos que el señor Lorenzo era un comerciante de repuestos de carros que, permanentemente, debía vagar entre el asqueroso calor de Maracaibo y la desolación vacuna de Barquisimeto. El divorcio a distancia fue una experiencia complicada. La señora Petunia, al parecer, pretendía quedarse con los escasos bienes comunes y dejar en interiores al miserable de Lorenzo. El papá de Loló tuvo que vender su negocio a un precio risible. Además, para su mala fortuna, un abogado lo estafó. Meses más tarde, cuando lo acompañé a la subdelegación del Cicpc en El Llanito a denunciar las amenazas de Santiago Arismendi, me decía que todo lo que hizo, todo lo que perdió, lo hizo por garantizarle un futuro a Lorena. «El día que tengas hijos lo entenderás, Alain —contaría anémico, paralizado por los nervios—. Amo a mi hija. Haría cualquier cosa por ella», agregó. Pero Lorenzo López no tenía ni la más remota idea de quién era su hija. A lo mejor, a su manera, la amaba; el problema es que nunca se dio la oportunidad de conocerla. El infeliz, simplemente, estaba enamorado de su idea de paternidad. Como muchos idiotas que conozco (quienes se sienten privilegiados por el infortunio de traer seres humanos al mundo) pensaba que el hecho de ser padre lo hacía diferente y especial. Quizás, cuando veía a Lorena evocaba los sueños que alguna vez tuvo con la señora Orquídea. Puede que, condicionado por el narcisismo, contemplara la imagen invariable de una Loló de meses, chiquitica, chupando teta, comiendo compota o dando sus primeros pasos. El día que me contó todas las desventuras que había padecido por darle una vida estable a su única hija no tuve la fortaleza de decirle que ella había crecido despreciándolo e inventando chistes sobre su falta de carácter.

La tertulia en torno al porvenir continuó con una sorpresa. «Cacá, pásame la *laptop* —dijo Eliana. Entró a la página de Wordpress—. Mientras ustedes se estén muriendo de hambre, malviviendo con algún infeliz o ganándose un sueldo miserable, yo estaré en Barcelona haciendo algo útil. El blog aún no está activo pero ya hablé con la gente —comentó mientras introducía claves y se paseaba por distintas pestañas—. Aquí está». Hizo clic. Tardó en abrir. *En construcción*, anunció la pantalla: www.jezabelxxx.wordpress.com *El diario de la pequeña Eli*, citaba un

subtítulo en cursivas. Al fondo, aparecían imágenes de *eroticart*, sexos en primer plano húmedos y erectos. «Hablé con los carajos de *CumLouder* y en octubre me harán una prueba. Será mi primer *clip*. Pagan bien. El trabajo es sencillo: te mamas tres güevos al mes, das el culo un par de veces, te tragas una leche y nada más, plata, mucha plata. A rumbear, a caerte a curda, pa' la playa y un coño'e madre. A vivir la vida. ¡Qué carajo! Yo no pienso trabajar nunca y mucho menos vivir en esta mierda». Un hondo silencio se apoderó de la sala. «¿Por qué Jezabel? —pregunté para romper el hielo—. ¿Qué significa?». «Solo es un toque intenso, una vaina *emo*, para que la gente crea que, en el fondo, hay una motivación intelectual, algo profundo. Pero Jezabel como tal no significa nada». «¿Pero quién es? ¿Qué es? ¿De dónde lo sacaste?». «Lo encontré en la Biblia, en realidad en Wikipedia. Jezabel es una puta famosa. Una reina esposa de algún rey arrecho. De Moisés, David, Sansón, Abraham, Mahoma, Jesucristo, un comemierda de esos que dijo que sabía qué coño hacíamos los seres humanos en el mundo. Al parecer, la caraja era una loca, perrísima; al final la linchan, le caen a coñazos, la lanzan por un balcón, pela bola. Supongo que algún día me pasará lo mismo, me desangraré por el culo, me pegarán un VPH, una sífilis, un herpes, alguna mierda. Lo que soy yo, no pretendo llegar a vieja. Los viejos me dan asco». Regresó el silencio. Hacía tiempo que había terminado de sonar el CD de Coldplay. «Alain —dijo Cacá—, pon *Lovers in Japan*, esa canción es arrechísima». Me levanté. El ácido piche (*made in* vivero de los panas de Flema) me había revuelto el estómago. Busqué el CD. «Chama, ¿no te da oaja?», escuché la voz de Lorena. «¿Qué cosa?». «Esa vaina. ¿Vas a ser actriz porno? Marica, no es cualquier vaina. Es arrecho, ¿no? Sé que pagan bien pero, coño, te va a ver todo el mundo, tus viejos, tu abuelita Josefina, tu mamá. ¿Qué sé yo? —dijo riéndose, con risa nerviosa—. La gente hablará paja». «La gente siempre habla paja. No me interesa lo que digan. Además, yo no pretendo regresar a este país de mierda. ¿Y mis viejos? *Anyway*, mi mamá dirá que esa no soy yo, que eso es mentira, que es un montaje, que esa cuca no es mía. Total, ella nunca tuvo la culpa de nada, ella nunca fue. Ese pobre ser se tripea ir por la vida dando lástima, así que, qué carajo, si algún día alguien le cuenta que su hija es una puta y hace un *gangbang*, se pondrá la mano en la frente, llorará, se tomará dos clonazepam y se irá a dormir. Siempre fue así. Mi viejo, equis, ese pobre pendejo trabaja como un negro por cuatro lochas y se cala a mi mamá, que no es cualquier vaina. Y por mi abuelita Josefina no te preocupes, esa confunde la sal con el azúcar. No se entera de nada. Es más, sé lo que dirá si me ve, si le cuentan algo. ¿Sabes qué hará? Se persignará, Loló. Dirá Ave María Purísima o cualquier mierda, luego pondrá su novela mexicana en Televen y se quedará dormida. Yo a esos carajos no les debo nada». «No digo que les debas nada. Es solo que...». «Solo que qué...». «¡Coño, Eliana!». La tensión regresó. El entretiem po había terminado. «Nada Eli, nada». Fingí leer la contraportada del CD, Lorena se levantó y se encerró en el baño. «Tranquila, Eliana, no le pares, tendrá la regla —gritó Cacá desde el piso, con los ojos volteados—. Yo te apoyo, amiga, yo te

apoyo». Luego se levantó, caminó hasta el baño y, en medio de un ataque de risa, tocó la puerta. «Lorena, acéptalo. Somos unas putas. Loló, eres una puta. Repite conmigo, andarsomos unas putas, somos unas perras», cantó al ritmo de Coldplay. Lorena salió del baño con los ojos llenos de lágrimas. «¡Cállate la boca, gorda de mierda!», gritó. Le pegó una cachetada fortísima. Terminaron desnudándose y tirando en el piso, violándose, haciéndose el odio en medio de feroces orgasmos. Las cosas siguieron así hasta el final, hasta la tarde en la que Eliana nos botó de su casa y, al día siguiente, apareció muerta.

Yo no sabía que mis amigas tenían secretos. En ese tiempo, pensaba que teníamos un solo cuerpo, un mismo corazón y un único pellejo. Creía que ellas tenían personalidades fuertes e intocables. Siempre pensé que el punto débil del grupo era yo. Nunca contemplé la posibilidad de que pudieran tener un mundo interior, una vida aparte, un conjunto de anhelos o sueños revocados. Una tarde de julio, antes de entrar a la universidad, Lorena hizo algo que no había hecho antes: confió en mí. Ese día, por cuestiones del azar, almorzamos en su casa. El señor Lorenzo estaba en Caracas. Nos preparó un arroz con pollo crudo y con sabor a curry. Nos preguntó necedades, jugó a ser buen padre. Recogió los platos, fregó, habló mal del gobierno. Una por una, respondimos sus inquietudes. Él pareció satisfecho con nuestro rol de niños hogareños. Dijo que tenía trabajo y se fue. Nos quedamos solos. Me llamó la atención la contextura del silencio. Caminamos hasta el balcón. Me tomó la mano. Había algo extraño en su manera de fumar. La conocía demasiado (eso creía). *Ustedes no pueden engañarme, yo las parí*, solía decir en broma cuando querían ocultar algo. Habló sin mirarme a la cara: «Estoy enamorada de Eliana, Alain. Enamora'a pa'l coño. No soporto verla con Cacá, no soporto verla con Flema, no soporto verla contigo. ¿Alguna vez te enamoraste?». «No», mentí. No quería hablarle de Giancarlo. En aquel momento, ni siquiera era consciente de lo que estaba pasando con mi novio viejo. Lorena me contó otra revelación: «Me voy, mi Alain. Finalmente, mi mamá logró sacar la residencia». Observó el Ávila, se masticó el labio inferior hasta romperlo. «Odio esta ciudad. Mi vieja se casó con un gringo y está allá pelando bolas, pasando frío, comiéndose un cable. Pero al menos no está en este lugar. Cualquier cosa es mejor que Caracas, ¿no crees? — agregó intentando sonreír—. Hablé con Eli. Quiero que Eliana se venga conmigo a Estados Unidos. Te quiero, flaquito —dijo besándome en los labios—. Por favor, no le digas nada a Carmen. Nunca lo entendería, ella no es como nosotros. Alain, ¡cuídate de ella! ¡Aléjate de ella!». «¿Pero qué?». «*Shhh*», me mandó a callar. «Alain, abre los ojos. Cacá es mala». No le respondí. No entendí lo que quiso decir. Seguía llorando. «¿Te

puedo confesar algo?». «Dime, Loló. Sabes que sí». «Creo que Eliana tiene una vaina con Nina Mathinson».

15. Encuentro en el puerto

«Encontré a Nina Mathinson», escribió Salvador en mensaje de texto. Subí el volumen del iPod. *Bird On The Wire*, Leonard Cohén. El corazón, transcrito al contador de la bicicleta, exageró su esfuerzo. La noticia sobre el hallazgo de Nina le abrió un tajo a la memoria. Pedaleé hasta sentir insoportables calambres. El mensaje de Salvador me distrajo del ejercicio por lo que no terminé el rutinario circuito del gimnasio. Tomé una ducha con agua hirviendo. Me entretuve contemplando el pecho moreno de un muchacho que se bañaba frente a mí. Era lampiño. Tenía los ojos cerrados por el exceso de champú y las manos en la cabeza. Su exhibicionismo, supuestamente desinteresado, era una invitación manifiesta. Quizás en otro momento me habría distraído jugando con los atributos de aquel malviviente. No me molesta la belleza per se. Mi problema es la gente. En algunos casos, el corazón y el cerebro sobran; basta con el sexo.

«Alfonsina Mathinson vive en Puerto La Cruz desde hace algunos años. Trabaja en una fundación para niños con síndrome de Down», dijo Salvador. Lo llamé al salir del gimnasio, en las escaleras del centro comercial. No respondí a sus palabras. Me quedé callado con el teléfono en la oreja. Me molestó la confianza, la intimidad exagerada. Ahora se creía mi amigo, mi confidente, como si una prescindible noche de amor le otorgara derechos inalienables. ¿Cómo la encontraste?, quise preguntar. No lo hice. Todo lo que estaba pasando era mi culpa. Maldije mi fragilidad, mi testimonio depre. Solo quería que se olvidara de esa historia. Había perdido el litio y los nervios. Salvador pareció leer entre líneas, interpretó el conflicto y respondió a mi pregunta tácita. «Fue fácil, Alain. La encontré en Google. Tiene que ser ella. Ese nombre no es muy común. Luego te contaré. Ahora, por favor, es importante. ¿Puedes decirme qué tiene que ver esta mujer con el asesinato de Eliana Bloom? ¿Por qué me pediste que la encontrara? ¿Qué pinta ella en esta historia?».

Nina Mathinson se enamoró de Eliana, eso fue lo que sucedió. Eso fue lo que entendí, lo que pude sacar de las mortificadas angustias de Loló. No conozco los

detalles de lo que pasó entre Nina y Eliana. Solo sé que de repente, de un día para otro, Eliana cambió (con nosotros cambió). Días después del episodio nocturno de Fábula, el juego seguía abierto. Eliana nos contó que la terapeuta la había llamado a su celular y le había dicho que le gustaría hablar con ella. Quedaron en encontrarse en el Parque del Este. «¡Marica! —dijo Cacá al enterarse— ¡Pobrecita! ¡La jeva de verdad quiere contigo!». Nina Mathinson nos parecía tan nula, tan pusilánime, que nos daba flojera poner en práctica el compromiso de humillarla. En ese momento, pensamos que Eliana no había ido a la reunión en el parque. Nunca nos contó nada.

El tiempo pasó de largo, con lluvia, con marchas y cierres de campaña. Nuestro hedonismo en conflicto apenas logró sortear la atmósfera patrioter. Mi casa era un infierno sin presupuesto. Amanda, en un raptó de entusiasmo bipolar, pintó el frente de amarillo y escribió en los cristales de los carros, con Griffin vencido, la expresión *Hay un camino*. Un día salió en Globovisión, en *Aló Ciudadano*. Mintió sin vergüenza, dijo que quería tener un mejor país para sus hijos. «¡Esta jeva está loca!», murmuré. «¿Por qué dices eso, Alain? —preguntó Brigitte—. Sabes muy bien que todos nosotros nos merecemos algo mejor», arengó con su voz nasal, mientras escribía un tuit en el que insultaba a una amiga que vivía fuera de Venezuela. Giancarlo, por fortuna (dadas las circunstancias), se mantenía al margen del *affaire* electorero. El cambio de Eliana ocurrió por esos días. El colegio había terminado, nos veíamos poco. Una extraña reserva apareció entre nosotros. Las contadas veces que coincidimos en casa de Carmen parecíamos ser otras personas. Las risas eran fingidas. Éramos usurpadores y farsantes. Los juegos del pasado eran narrados como anécdotas remotas, sin gracia. Nos emborrachábamos o nos metíamos cualquier ácido para no tener que hablar. Nuestro matrimonio estaba en crisis. Todos lo sabíamos, el problema era que ninguno se atrevía a pedir la palabra.

El día de su muerte, Eliana estaba drogada hasta los huesos. Nunca me gustó meterme coca. Cuando lo hacía, tenía la impresión de que me explotaría el tabique, que moriría ahogado en un mar de mocos granulados. No sé si era la coca como tal o el Ariel Oxianillos que nos vendía Flema. La euforia repentina era atroz. Nunca me sentí todopoderoso o inmortal. Lo único que sentía cuando respiraba esa mierda era una fuerte taquicardia y ganas de vomitar. Aquella tarde, preferí tomar mi clásico jugo de naranja adulterado con triángulos. Cacá lanzó el polvo sobre la mesa, armó las líneas con un billete de los viejos. El primer pase le rasguñó los cornetes. «¡Ah, coño'e la madre! —dijo excitada—. Maldito Flema, esta mierda es asquerosa». Eliana se metió dos rayas. Lorena no tomó nada.

Teníamos tiempo sin vernos. Nos encontramos en el Arturo's del CCCT. Almorzamos. Cacá hablaba sola, contaba el argumento de una película de Wes Anderson. Eliana estaba más distante de lo habitual. Lorena, por su parte, afincaba la mirada en la tristeza púrpura de la ensalada de repollo. En algún momento, interrumpiendo el monólogo de Carmen, Eliana dijo: «Vámonos a mi casa. Mis viejos están en Margarita. No llegarán hasta el lunes. Hoy quiero volverme mierda. Quiero que volvamos a ser nosotros, solos, nada más, nadie más. Los quiero, carajitos». Me tomó la mano. Confrontó la mirada de Loló. Pocas cosas me han llegado más hondo que aquella mirada. Por primera vez en mucho tiempo nos ofrecimos un gesto de cariño.

Decidí ir a Puerto La Cruz. A primera hora de la mañana, tras un mortificado insomnio, tomé un taxi hasta la sede de Aeroexpresos Ejecutivos. La visión de la carretera, con sus caseríos decrepitos, me hizo indagar en la naturaleza paradójica del tiempo, en las cosas que nos empeñamos en creer, en lo que nos acostumbramos a pensar que pasó de determinada manera pero que, en la vida real, tuvo un desarrollo diferente. Traté de recordar los infortunios del último año, del último mes, de la última semana, de las últimas horas. Lorena, entonces, estaba obsesionada con Eliana. Perdida. Iracunda. Celosa. Cuando todo ocurrió, cuando tuvimos noticia del asesinato, me contó una versión desesperada: «Fue Nina, mi Alain. Tuvo que haber sido Nina». Nunca cuestioné su testimonio. Por esa razón, en medio de una patética tristeza, le dije a Salvador que aquella mujer podía tener información importante. Viví toda mi vida adulta con la convicción de que Nina Mathinson estuvo relacionada con la muerte de Eliana. Fue otra de las tantas mentiras que me conté con el fin de amedrentar el escándalo de mis remordimientos.

Hicimos el amor con una intensidad desproporcionada, los cuatro, en silencio (en pleno silencio), como si tuviéramos conciencia de que aquella sería nuestra última vez. Nos gustaba terminar abrazados, empotrados y enlodados en la densidad de nuestras aguas. Coldplay, al fondo, contaba la historia de unos amantes que soñaban con el sol de Osaka. Temprano, Eliana había diseñado un plan *gourmet*. Flema llevó los insumos. «¡Vamos a volvernos mierda!», dijo antes de desnudarse. Y nos sumergimos en piscinas de siete colores, nos convertimos en los eufóricos

personajes de un juego de Wii. El desgaste nos encontró en medio de la sala. Cacá se quedó dormida. Lorena encendió un cigarro. Aturdido por la taquicardia caminé hasta el equipo reproductor. Coldplay, *repeat*. (Nada ni nadie me daba más queso que Chris Martin). «Eli, ¿podemos hablar?», dijo Lorena. Se encerraron en el baño. El prelude romántico asomó la posibilidad de que, en esa oportunidad, no terminaríamos insultándonos. Pero ocurrió lo de siempre. Eliana salió vestida a medias, solo llevaba un sostén desabrochado. Al llegar a la sala resbaló. Se golpeó la cabeza contra la mesa. El vidrio se hizo pedazos. Cacá se despertó con el impacto. «¡Marica, qué coñazo!», dijo Eliana. Luego nos insultó. Nos pidió que nos fuéramos de su casa. Dijo que nos odiaba, que le habíamos jodido la vida, que no servíamos para nada, que nunca más quería volver a vernos. Nos deseó la muerte. La sangre no paraba de brotar. Los pozos rojos se apilaban sobre los muebles y la alfombra. Carmen y yo nos reímos con el número de feria. Pensamos que su descarga solo era parte de un chiste, el efecto de un mal viaje o un anuncio de dolorosa regla. Nos vestimos y salimos al pasillo. Cuando llegamos al ascensor, Lorena regresó al apartamento. Estuvo con ella dos o tres minutos. No sé lo que pasó. No sé lo que dijeron. Cuando nos fuimos, ninguno se dio cuenta de que la puerta del apartamento se había quedado abierta.

No le conté a Salvador mi decisión de ir a Puerto La Cruz. Le hice creer que su información sobre el destino de Nina Mathinson me había parecido irrelevante. Le dije que dejara de indagar en las lagunas de aquella historia sin sentido. «No sé por qué te hablé de esa mujer —dije—. Solo te conté rumores viejos, cosas que decía la gente del colegio. Todo eso ya pasó. El caso está cerrado. Santiago Arismendi violó y mató a Eliana Bloom. Deja de darle vueltas». Traté de dar crédito a la historia oficial pero Salvador decidió tomarse en serio su papelito de periodista. Vía telefónica, me dictó una aburrida cátedra sobre el derecho a la información y el significado de lo correcto. Habló de la indignación, de la indolencia. «Dejamos morir a una persona inocente, Alain. No hubo proceso, no hubo juicio. A ese tipo lo encerraron en Yare y los presos lo mataron. El caso está lleno de irregularidades. La policía no hizo nada. Al tipo lo lincharon por las redes, nadie se tomó la molestia de averiguar lo que estaba pasando. Tú mismo me dijiste que sabías que él no había sido responsable del asesinato. ¿No te interesa saber quién mató a tu amiga?». Su argumentación didáctica me provocaba náuseas. *Púdrete, muérete, desaparece*. Recordar que, en medio de una pasividad depresiva, me había dejado penetrar por ese infeliz alentaba mi indigestión. Los seres humanos deberían erradicar la mala costumbre de la confianza.

Fui a Puerto La Cruz como parte de una cruzada. Yo nunca creí en la justicia. No me interesaba reivindicar la inocencia de Santiago Arismendi. Sabía que ese nombre viviría para siempre entre la mierda y que nada ni nadie podría limpiarlo.

No me sentía responsable de su perdición. Su estulticia lo condenó (eso creí durante mucho tiempo). Necesitaba saber lo que había ocurrido con Eliana por un asunto personal. ¿Qué pasó? ¿Cómo pasó? ¿Quién la mató? ¿Nina? ¿Por qué Lorena dijo que había sido Nina? ¿Quién pudo entrar al apartamento? Salvador buscó la tregua. A través del teléfono, expuso ridiculeces conciliatorias. «¿Dónde estás?». «No te interesa», respondí. El autobús atravesaba los desolados caseríos de Puerto Píritu. «Esta tarde me reuniré con el sargento Mesa, me venderá el expediente del caso por ciento cincuenta bolos. ¿Puedes creerlo? Me dijo, además, que por ser amigo de Hinojosa me daría un precio solidario. Nos veremos en un bar de la avenida Lecuna. Hay mucha mierda en este caso, Alain y, como periodista, tengo la responsabilidad de...». «¡Tienes la responsabilidad!», interrumpí burlándome. Siempre desprecié el arbitraje moral de los periodistas. «Te quiero», dijo antes de trancar. *Imbécil. Ojalá te mueras.* Odio a los infelices que confunden la sensibilidad de la próstata con la sublime y sobrevalorada profundidad del amor.

Nina Mathinson, efectivamente, aparecía en algún enlace de Internet. Había olvidado que todo el maldito planeta estaba registrado en Google. Nunca se me ocurrió escribir su nombre en el buscador. Durante mucho tiempo no volví a pensar en ella. Gracias a la curiosidad de Salvador supe que trabajaba en una pequeña fundación de Puerto La Cruz. Alfredo Berroterán era el responsable de esa causa perdida y filantrópica. Fábula cayó en manos de la Revolución. Los terrenos de La Victoria, en principio, se utilizaron como refugio de damnificados. En menos de dos meses, el campamento se había convertido en uno de los barrios más peligrosos del estado Aragua. Al Berroterán bueno no le quedó más remedio que agarrar sus contados enseres y mudarse a un extraño proyecto en tierras orientales. Entre los objetos que se llevó estaba Nina.

La oficina de la fundación quedaba en un centro comercial abandonado en el que solo funcionaba una farmacia, una notaría y una tienda de lencería. El estacionamiento estaba habitado por colonias de perros famélicos y mendigos entusiastas. El pleito legal de Fábula había agotado las arcas familiares. El nuevo altruismo carecía de recursos. La fundación se encargaba de distraer, en horario laboral, las desventuras de algunos niños con retardo. Los apiñaban en un cuarto, les daban papel, creyones, balones sin aire o juegos de mesa y les pedían que mataran el tiempo para que sus padres pudieran trabajar y distraerse con la ilusión momentánea de su ausencia. «Quisiera hablar con Alfonsina Mathinson», dije con timidez. «¿Quién la busca?», preguntó un oriental arrogante. «Un viejo amigo. Dígame, por

favor, que quiero hablarle sobre Eliana Bloom».

«¡Barral!», dijo al observarme. No había cambiado, estaba igualita: grande, amorfa; su cabello seguía pareciendo una jalea de mango abandonada al sol. No mostró malestar ni sorpresa. Dijo que tenía mucho trabajo, que tenía que terminar de llenar unos informes. Me pidió que la esperara en una panadería cercana. Nunca me vio a la cara. Fui al lugar de la cita, pedí medio litro de jugo. Me senté en una mesa sucia, llena de moscas y pedazos de queso paisa. Grupos de borrachos bebían cerveza en la entrada. Esperé veinte minutos, más o menos. Nina llegó sin saludar, se sentó al frente. Compartimos el silencio, un largo silencio. «¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? ¿Qué buscas? ¿Vienes a hacer un chistecito? ¿Dónde están escondidas tus amiguitas? ¿Cuál es tu penitencia?», dijo al terminar su café. Habló sin emoción, sin furia; el tono y el contenido no tenían simetría. No me miraba, parecía hacer insoportables esfuerzos por esquivarme. Empeñaba sus ojos en el cenicero, en las colillas diminutas. No supe qué decir. En realidad, no tenía nada que decir. No sabía por dónde empezar. «Solo quiero saber lo que pasó el día que Eliana murió. Necesito entender». «¿Necesitas entender? —preguntó con ironía—. ¿Qué es lo que necesitas entender? ¿Que ustedes son los responsables de la muerte de Eliana? Eso, Alain, tú lo sabes mejor que yo». Tenía razón, en parte. Santiago Arismendi fue un as bajo la manga, una última carta. Sin el testimonio oportuno del señor Lorenzo la policía nunca habría dado con aquel infeliz... Pero eso era un secreto. Nina, en ese momento, tenía que estar hablando en sentido figurado. Intenté decir algo. No me salieron las palabras. «¿Qué? —preguntó—. ¡Dios mío, Barral! Han pasado diez u once años, no lo sé, ¿Qué haces aquí? ¿Qué tienes que decir? ¿Por qué viniste? ¿Qué es lo que quieres entender?». Decidí tutearla. «Tienes razón en muchas de las cosas que dices, pero te equivocas en algo. No tengo por qué mentirte. A estas alturas, mentir no tiene mucho sentido. Puedes creerme o no, no me interesa. Si alguna vez te hice daño, eso no me hace sentir bien, es lo único que puedo decir. Nosotros no matamos a Eliana. No tuvimos nada que ver con lo que pasó. Ella nos pidió que nos fuéramos de su casa. Nos fuimos. Cuando supimos la noticia, Lorena y Carmen estaban durmiendo en mi cuarto. Ellas siempre estuvieron conmigo». En ese momento, dije la verdad. Siempre imaginé que, tras nuestra salida, otra persona había entrado al apartamento.

Nina Mathinson hizo algo que ninguno de nosotros había hecho por Eliana: la escuchó. La vieja terapeuta habló de una Eliana que yo no conocía, de una muchacha desorientada e insegura. Durante mucho tiempo nos dedicamos a disfrazar con

placeres efímeros los inmensos abismos de nuestra soledad; nos empeñamos en disimular nuestras carencias con la intensidad de los orgasmos, las drogas duras y los viajes a ninguna parte pero, al final, nos convertimos en extraños. Nina conocía detalles e historias privadas que develaban el fracaso de nuestra intimidad. Eliana, evidentemente, le había contado muchas cosas: los celos crecientes de Loló, el morboso desparpajo de Carmen, las apariciones esporádicas de Flema. Nina Mathinson describió con detalles hiperrealistas la naturaleza de nuestras personalidades. Me dijo lo que realmente Eliana pensaba de nosotros. Me llamó, entre otras cosas, manipulador y cobarde. «Ustedes eran lo único que ella tenía. Con ustedes aprendió que la vida no tenía matices, ni emoción, ni nada. Ustedes la vaciaron, le pudrieron el alma y los sueños. Escúchame bien, Barral, yo me interesé por Eliana como persona, como ser humano. Cuando esa niña entró a la sala del campamento, cuando ustedes estaban escondidos detrás de la puerta, estaba temblando; ella no quería hacer lo que ustedes estaban esperando que hiciera. ¿Sabes lo que me dijo?, ¿sabes lo que me dijo al oído, Alain Barral, bajito, sin que ustedes se enteraran? *Ayúdame. Por favor, ayúdame. Sácame de aquí.* Eliana estaba sola, envilecida por tu compañía y la de tus amigas. Ella me contó cómo se habían aficionado a burlarse de la gente. No se sentía bien por muchas de las cosas que habían hecho en su colegio. Esa niña era un manojo de nervios. Eliana tenía la oportunidad de cambiar pero ustedes no se lo permitieron». Por primera vez, me miró a los ojos. «No sé qué se habrán imaginado ustedes. No sé cómo razonan las personas que no tienen corazón ni cerebro. Esa muchacha, Eliana, lo único que hizo fue hablar conmigo. Quiso confiar en mí y yo le di la oportunidad de gritar todo lo que la estaba carcomiendo. Necesitaba a alguien con quien hablar. Nada más. No esa cosa espuria y perversa que ustedes entendían por amistad. El día que nos vimos en el Parque del Este se vino abajo. No tuve que hacer mucho. Solo le di la palabra, solo le dije *confía*. Me dijo que necesitaba alejarse de ustedes, que no sabía cómo romper su traumática relación con Lorena López, con Carmen Casas o contigo. Cuando digo que ustedes la mataron no te estoy acusando de nada. Yo no sé lo que pasó en ese apartamento. No quiero saberlo. Quisiera creer que a su manera retorcida, ustedes la querían. No sé de dónde salió Santiago Arismendi. Ni siquiera sé quién es. ¿Era profesor de ustedes, no? A lo mejor, quién sabe, ese hombre era parte de un jueguito que les salió mal. Las últimas semanas, antes de su muerte, Eliana cambió de actitud. Malinterpretó mi interés, tuvo algunas reincidencias con las drogas. Tenía problemas serios con las drogas. Yo quise hablar con sus papás pero ella se negó. No quería involucrarlos. Le hablé de varios tratamientos sobre casos de adicción. Conocía a muchas personas que podían ayudarla pero ella no quería dejarse ayudar. Esa semana publicaron los resultados de algunas pruebas preuniversitarias y Eliana no salió en nada. ¿Sabías, por casualidad, que tu mejor amiga quería estudiar Idiomas Modernos? ¿Conocías sus planes, sus proyectos? No. ¿Verdad? Nunca se lo preguntaste. No tuvo suerte en los exámenes de admisión. Eso le provocó una fuerte

depresión. ¿Cómo no se dieron cuenta? ¿Cómo no te diste cuenta de que estaba pasando por un mal momento? ¿Qué entendían ustedes por amistad? La última vez que la vi no era ella. Estaba alterada, con los ojos desorbitados, ida. Me pidió que la dejara en paz, que no me metiera en su vida. Luego vino la tragedia. Puede que el responsable de la muerte física de Eliana haya sido Santiago Arismendi, pero la Eliana real hacía tiempo que había dejado de existir. Yo solo sé que a esa muchacha integralmente, moralmente, espiritualmente, llámalo como quieras, la mataron ustedes. Tú y tus amiguitas son los únicos culpables».

No quise pasar la noche en Puerto. Tuve tiempo de tomar el último autobús a Caracas. En el viaje de vuelta, agobiado por la soledad, me tapé la cara con una cobija y lloré hasta la asfixia. Volví a contemplar el rostro de Eliana, a abrazarla, a perderme en su risa. Me quedé dormido imaginando que nada había cambiado, que hacíamos el amor sobre la alfombra de su cuarto y que nos habíamos dado la oportunidad de confiar los unos en los otros. Cuando desperté, me di cuenta de que tenía tres llamadas perdidas de Salvador. Al pasar el rancharío de El Guapo, decidí hablar con él. «¿Cómo estás?», preguntó tranquilo. La indefensión superó mis prejuicios. No quería discutir con mi periodista temerario. «Alain, sé que no quieres hablar de este asunto pero es importante. Surgió algo, hablé con el sargento Mesa. Tengo el expediente. Mañana en la mañana quiero que me acompañes al centro comercial El Valle, quiero que hablemos con alguien. La información es un poco rocambolesca». «¿De qué coño estás hablando? Me duele la cabeza. ¿Qué pasa?». «Creo saber qué fue lo que pasó con Eliana Bloom, tenemos a la fuente». «¿Qué fuente? ¿De qué...?». «Mañana en la mañana hablaremos con Alcides Matamoros». ¿Quién coño'e madre es Alcides Matamoros?, me pregunté. «Un médico cubano», respondió. «¿Qué?». «Mañana te daré los detalles. La vaina es kafkiana. No lo creerías nunca. ¿Recuerdas a Briseida Morales, la oficial que te comenté que había trabajado en el caso? Ella tiene una teoría particular sobre todo lo que ocurrió pero me pidió que no la citara. El doctor Matamoros nos sacará de dudas. Morales dice que las respuestas sobre este caso no están en los archivos del Cicpc, sino en los sótanos de la morgue. Ahora, Alain, antes de continuar. Hay una cosa que necesito entender. Es importante. Necesito saber de dónde salió Santiago Arismendi. ¿Quién era? ¿Por qué la policía relacionó a ese carajo con Eliana Bloom? ¿Fue tu profesor? ¿Te dio clases? ¿Lo conocías?». Tranqué sin responder. *No me jodas, Salvador. Vete a la mierda.* Intenté manipularlo con cursilerías instrumentales: *si de verdad te importo, por favor, olvida todo esto*, escribí por WhatsApp. Ignoró mis alegatos románticos. En el último mensaje hacía otra pregunta complicada. No le respondí:

«Una cosa, Alain, ¿sabes quién es Lorenzo López? Esta fue la persona que, según el expediente, hizo la denuncia contra Arismendi. Llámame cuando puedas». Traté de distraerme con la película del camino. La protagonista de la comedia era igualita a Lorena.

16. Santiago Arismendi

Santiago Arismendi fue nuestro profesor (no sé si en séptimo o en octavo). No teníamos vida social, por esa razón todos los personajes de reparto que aparecían en nuestra serie de bajo presupuesto pertenecían al inframundo del colegio. Santiago me caía bien. No le teníamos afecto pero tampoco lo despreciábamos. Siempre me gustó su desengaño. A diferencia de otros docentes, tenía muy claro que la Educación Media era una pérdida sistemática del tiempo. En sus clases nunca hacíamos nada. El profesor Santiago cerraba la puerta y nos dejaba conversar a placer, ver películas, jugar póquer e incluso fumar. No era feo. Era joven, bonito pero de una belleza inocua, pasiva. Santiago nos ignoraba por completo. Cuando llegaban los exámenes nos pedía que dejáramos las respuestas en blanco o que hiciéramos dibujos libres. Las calificaciones, entre el 16 y el 20, se decidían por un juego de azar. En octavo, todos eximimos Castellano y Literatura sin hacer un mínimo esfuerzo; todavía, a estas alturas, me cuesta distinguir un hiato de un diptongo. Nunca recuerdo, además, cuál es la ley de acentuación de las palabras esdrújulas, pero no lo culpo. La ignorancia, en esos años, se valoraba como un patrimonio de la Unesco. Cuando coincidía con otros profesores fingía ser un docente clásico e integral. Nos llamaba la atención por el uniforme incompleto o el vocabulario de barrio. Luego, a puerta cerrada, nos decía que hiciéramos lo que nos diera la gana.

El profesor Santiago fue despedido cuando cursábamos cuarto año. Hubo un escándalo que no nos interesó y del que nunca conocimos los detalles. Al parecer, se trataba de una historia de amor. Había tenido un intenso romance con una estudiante (menor de edad, por supuesto). El episodio había ocurrido en otro colegio. Santiago, como todos nuestros profesores, se buscaba la vida trabajando de manera simultánea en tres o cuatro institutos. Un indignado grupo de representantes, defendiendo la integridad de sus hijos, hizo público su malestar. «El colegio no puede permitir esto — comentó alguna vez el señor Lorenzo—. Ese hombre es un irresponsable», agregó sorbiendo una cucharada de su sopa de sobre. Lo botaron y nunca más volvimos a saber de él. La rutina, entonces, estaba circunscrita a nuestros juegos de placer y a las ofertas alucinógenas de Flema. La memoria de esos años tiene estructura de película porno. Todos los recuerdos suceden en la sala de la casa de Carmen. En

algún *sketch*, Cacá nos contó que se encontró a Santiago Arismendi en el Centro Plaza. Aquel tropiezo fue su perdición.

Loló fue la primera en enterarse. Me despertó temprano, con el rostro anegado. «Alain... Eliana», no dijo más nada. El resto lo vimos en Globovisión. Facebook y Twitter expusieron detalles escatológicos. Las imágenes del edificio de Terrazas del Ávila me cortaron la digestión. Despertamos a Carmen. Estábamos paralizados, aturcidos por el humor inglés de la realidad. No podíamos creer lo que estaba pasando. Hacía apenas unas horas habíamos estado con ella. Nos habíamos besado, habíamos reído juntos. Todos imaginamos que aquella discusión, la última, había sido una furia pasajera, un paso en falso en el camino de nuestras relaciones fracturadas. Lloré la muerte de Eliana con dolor incisivo y real. «¡La mataron! ¡Marica, la mataron!». Cacá no podía respirar, tuvo un ataque de asma. La llamada de Flema nos sacó del letargo, nos obligó a confrontar lo que estaba pasando. Carmen puso el *speaker*: «Yo a ustedes no las conozco —dijo Flema a través del teléfono—. No se les ocurra meterme en este peo. Toda esa mierda, todo lo que había en esa casa, era de ustedes. Como a alguna de ustedes se les ocurra hablar del vivero las mato a coñazos». Trancó. Flema tenía razón. No habíamos caído en cuenta del problema: el apartamento de Eliana era un *container* de sustancias prohibidas. Loló fue la primera que mencionó la palabra policía. Cacá se tapó los oídos. Solo habíamos visto policías en películas y, por lo general, en películas gringas. La mera palabra nos intimidaba. PM, Cicpc, no sabíamos qué significaba ninguna de esas siglas. El único referente que teníamos de los cuerpos de seguridad venezolanos era que se trataba de un grupo de mercenarios. Cacá y Loló comenzaron a discutir. Enfocamos nuestra mortificación en los restos de coca, en los potes de jugo, en los ceniceros saturados de porros. Amanda me llamó después del mediodía. Dijo estar preocupada y alterada por lo que le pasó a la pobre Elianita. «¿Quién pudo querer hacerle daño a esa muchacha?», dijo en modalidad autoayuda. Giancarlo llamó minutos después. Sentí un inmenso deseo de abrazarlo. «Soy muy torpe para dar pésames, Alain. Si quieres hablar, sabes dónde puedes encontrarme. Sé que la querías mucho. ¿Estás bien?». «¡Alain! —gritó Carmen desde la sala. Tuve que trancar—. Tenemos que ponemos de acuerdo». Salí del baño. Lorena caminaba de un lado para el otro, masticándose las uñas y arrancándose pedazos de cutícula. Repasamos el itinerario: salimos de casa de Eliana alrededor de las seis y media. Estuvimos más de dos horas en la cola. Fuimos a la calle del Hambre de la Trinidad.

Comimos hamburguesas. Regresamos a mi casa. Pusimos *Batman, El Caballero Oscuro*, Cacá se quedó dormida. Lorena intentó comunicarse con Eliana pero le atendía la contestadora. «Nunca estuvimos ahí, ¿okey?», dijo Cacá. Estaba torpe, gaga, ansiosa. Buscó su cartera y la vació sobre la mesa, encontró una bolsita. Esparció el polvillo que quedaba y cortó las líneas con una tarjeta de Compu Mall. Esnifó con violencia. «¿Quieren?», ofreció. Lorena le pegó en la cara con el puño cerrado. El labio inferior se le partió en dos. Cacá se estrelló contra el piso. «¡Putá!», dijo al levantarse. Se colocó delante de Loló y le devolvió el golpe. Lorena la haló por el cabello y la arrastró hasta el sofá. Siguieron insultándose, pateándose, golpeándose las tetas y el vientre. «¡Ya!», grité llorando, cayendo de rodillas. «¡Gorda maldita! ¡Muérete!», dijo Lorena rasguñándole los brazos. Cacá agarró un cenicero y se lo pegó en la cabeza. Gotas de sangre salpicaron mi rostro. «¡YA!», grité de nuevo, tratando de colocarme entre las dos. El celular de Lorena vibró sobre la mesa. El estruendo nos asustó. *Santiago*, anunció la pantalla. Lorena se levantó. Nos mostró el aparato. «¿Arismendi?», preguntó Carmen desde el suelo. Silencio largo. Miradas nerviosas. «Vamos a echarle el carro al güevón ese», dijo Carmen o Lorena... o yo.

«Santiago Arismendi da clases en un parasistemas y le echa los perros a sus alumnas en un restaurante chino», contó Cacá. Ocurrió en las barracas de Fábula, cuando parecía que nuestra sociedad dionisiaca era secreta e intocable. «¿Quién?». «Santiago, el profesor de Literatura de octavo», explicó. Habíamos olvidado al infeliz. Carmen nos contó que se lo tropezó por casualidad en una farmacia del Centro Plaza. El tiempo le había pateado la cara, dijo. Él la reconoció y la invitó a tomar un café. Santiago le contó que daba clases en un parasistemas. Hablaba sin tapujos, decía groserías, se había quitado la incómoda máscara de la docencia. Al final, le preguntó por Eliana y por Loló. Cuando eso ocurrió, recordamos un chiste viejo, una anécdota perdida en el tiempo. Siempre habíamos tenido la impresión de que el profesor Santiago había estado enamorado de Lorena. Para nosotros, era evidente que ella lo intimidaba, que lo distraía de sus sesiones matutinas de BlackBerry y que cuando la miraba imaginaba vivaces cochinas. «Marica, ese pana quiere contigo. ¿Por qué no te lo coges? Puede ser divertido —dijo Cacá—. Sí, es verdad, es viejo. Está un poquito choca'o pero todavía es lindo. ¿Alguna vez te cogiste a un profesor? Debe tener su encanto. Además, cogerse a un carajo de treinta y pico debe ser de pinga; aunque, no sé, tengo la impresión de que esos carajos, los cuarentones, los treintones, no saben tirar. ¿Tú qué dices, Alain?», se burló. Nunca les conté los detalles de mi relación con Giancarlo pero ellas conocían parte de la

historia. Ignoré el comentario. No respondí. En el fondo, creo que Cacá tenía razón. Giancarlo podía ser muy simpático pero, como amante, dejaba mucho que desear.

Diseñamos el plan en el restaurante chino de la primera avenida de Los Palos Grandes. Cacá trazó el borrador en servilletas. Carmen nos contó que el profesor Santiago acostumbraba ir a ese bar a ver partidos de béisbol y, los días de suerte, a seducir estudiantes incautas. Apareció tarde, solo. Tenía una chaqueta de cuero negra manchada por la lluvia. Rápidamente nos reconoció. Nos saludó con cariño, se acordaba de todos. Incluso recordaba mi apellido. Lorena comenzó a pistonearlo, a reírle los chistes y especular con el doble sentido de todos los comentarios. El idiota cayó en el juego. Los dejamos solos. Al día siguiente, nos reunimos en el McDonald's de Santa Fe. «Cuenta, Loló, cuenta. ¿Qué tal? ¿Cómo te fue? ¿Cómo se portó el hombrecito?». «Creo que no podrá levantarse en cuatro días, debe dolerle todo», dijo tranquila.

Lorena nos contó que salieron dos o tres veces. Al parecer, el profesor Santiago era un aficionado a las habitaciones mexicanas del motel Montaña Suite. Loló se burló de sus hábitos: le gustaba tirar con medias, le sangraban las encías y tenía mal aliento. El problema, lo que no previmos, fue que Santiago se enamoró. Se puso impertinente. Comenzó a llamarla cada media hora. Le regalaba flores, le escribía poemas. Llegó a decir, incluso, que quería casarse con ella. Durante un par de semanas, Santiago Arismendi se convirtió en el más recurrente chiste de sobremesa. ¡Qué noción tan frágil y decadente tienen algunas personas sobre el amor verdadero! La gente sigue sin entender que el cuerpo no tiene nada que ver con el afecto. Santiago le decía que ellos habían hecho el amor y que ese acto tenía un significado trascendental. Nosotros sabíamos que no habían hecho nada; el significado supuesto era algo meramente carnal, físico, acuoso, efímero. El perdedor no supo ver que ella solo quería pasar un rato agradable anestesiada por el placer. Lorena solo se conformó con tener en su currículum el nombre de otro *loser*. Al final, más que odiarlo, le teníamos lástima.

La intensidad romántica de Santiago Arismendi tuvo un período crítico. Todos los días (contaba Lorena) escribía un centenar de ridiculeces por mensajes de texto. Le decía, por ejemplo, *Mi Loló*. Se inventó postdatas barrocas, una más cursi que la otra: *seis besos, te adoro, mi amuleto secreto*. Si Lorena le hubiera dicho a ese miserable que se comiera una cucharada de mierda, el tipo lo habría hecho. La indiferencia de Lorena lo obligó a resignarse. Aparecía de vez en cuando con correos lacrimógenos, diciendo que su vida no tenía sentido. «Tienes razón, Santiago, tu vida no vale nada. Si quieres, lánzate desde un puente. No me interesa lo que hagas con tu putrefacta y prescindible vida», escribió Cacá, en una oportunidad, robándole el celular a Loló. Las apariciones del amante se hicieron esporádicas. Supimos que la

llamaba o le escribía cuando estaba borracho. También le mandaba canciones por YouTube, baladas pavorosas y noventeras. «Coño, Loló —dijo Carmen entusiasmada—, quién lo diría, a ti que nunca te gustaron los animales. Ahora, después de vieja, tienes un perro».

El *affaire* Arismendi era una historia vieja. Ocurrió meses antes de la debacle, antes de la aparición de Nina Mathinson. Las peleas intestinas, los desencuentros cotidianos, surgieron más tarde. Cuando Eliana murió, el amante pasajero de Loló había quedado disuelto en el olvido. Carmen y Lorena estaban tiradas en el piso. Pensé que se matarían a coñazos. El teléfono celular vibró sobre la mesa. *Santiago*, anunció la pantalla. «Vamos a echarle el carro al güevón ese», dijo alguno. Lorena atendió. «Loló, ¿estás bien? Supe lo que le pasó a Eliana. Estoy muy preocupado por ti. ¿Podemos vernos?». Quedaron en encontrarse en el café St. Honoré, en Los Palos Grandes. La siguiente llamada la hizo el señor Lorenzo.

17. El falso protocolo

El doctor Matamoros era un hombre viejo y gordo. Una barba rala le envolvía la cara y le daba el aspecto de un indigente. Nos encontramos en una panadería cercana al centro comercial El Valle. «En esos tiempos, muchacho, solo podíamos hacer una cosa: obedecer, no nos quedaba más remedio», diría al final del cuento.

Salvador estaba excitadísimo. Me contó con orgullo que había establecido un cronograma de los sucesos que llevaron a la detención y, posteriormente, a la misteriosa desaparición de Santiago Arismendi. Se creía el protagonista de alguna serie gringa (una especie de CSI-Petare), dibujó sus pesquisas en un bloc y las pegó en un corcho. Me habló de Dalia de Arismendi, la madre del profesor. Contó que esta señora, durante muchos años, se empeñó en demostrar la inocencia de su hijo; vagó por tribunales, periódicos, bufetes de abogados, consultas de detectives privados (nada me genera más gracia que la idea de un detective privado caraqueño), pero nadie la tomó en serio. Dalia de Arismendi, dijo Salvador, había muerto por causas naturales hacía más de un año. El empeño por desmontar la condena de su hijo justificó una radical e irreversible enajenación. Murió mientras dormía, adscrita al desprecio de sus vecinos y la más absoluta soledad. Lo contó con cara de consternación, como si la noticia afectara su sensibilidad de niña. «Háblame de Santiago Arismendi», dijo durante la cola mañanera. «¿Qué quieres que te diga de Santiago?». «Te dio clases, ¿no? ¿Cómo era? ¿Qué sabes de él?». «Nada. Era malo, pirata, como todos». El arrollamiento de un motorizado había colapsado la autopista. Durante media hora, nos quedamos varados en el hombrillo. Insistió en su cruzada.

Traté de esquivarlo con evasivas y lugares comunes. «Santiago Arismendi era un carajo que le echaba los perros a las alumnas en un restaurante chino de Los Palos Grandes. Es lo único que sé. Lo botaron porque tuvo una vaina con una estudiante, pero eso pasó en otro colegio». «Eso no fue así, Alain». «Si sabes, para qué preguntas». Abrí la ventana hasta la mitad, no quería que algún motorizado indolente me robara el teléfono. Fumé con la única finalidad de molestarlo. Sabía que odiaba que fumaran en su carro. Salvador me contó una nueva versión sobre la salida del colegio del profesor Arismendi. Al parecer, la historia de su *affaire* con una menor de edad estaba un poco adulterada. La pareja del profesor Santiago, efectivamente, había sido su alumna, se conocieron cuando ella tenía dieciséis y él era un profesor joven, entusiasta, didáctico, proactivo y con capacidad para trabajar bajo presión. La relación como tal empezó años más tarde, cuando ella tenía veintitantos y estudiaba una licenciatura en Administración en el Instituto Tecnológico Nuevos Mediocres. Alguien inventó el cuento de que el profesor Arismendi tenía una relación con una de sus estudiantes. El rumor, la competencia y las malas lenguas hicieron el trabajo sucio. Santiago renunció por la presión inclemente impuesta por la sociedad de padres y representantes. Él, a juicio de nuestros padres (Amanda, por cierto, era parte de esa sociedad) era un mal ejemplo. La relación con la exalumna se mantuvo durante pocos meses. Luego, como siempre, surgieron los problemas, los reconcomios, el nacimiento inevitable del cansancio. Con el paso del tiempo, la muchacha terminó la relación y Santiago Arismendi tomó la decisión de ser una ruina. Lorena, sin nosotros saberlo, ocupó el lugar de la ausente. En medio del tráfico, Salvador me contó que había logrado entrevistar a la controversial novia de Santiago. Se llamaba Julieta algo (no recuerdo el apellido). Me dijo, bastante afectado, que lo había intimidado la frialdad de su testimonio. Salvador, como buen periodista, era aficionado a los clichés. «¡En qué mundo vivimos! ¡En qué nos hemos convertido, Alain!», filosofó en modo existencia!. El calor y el tráfico aceraban mi mal humor. Quería que se callara. No me interesaba saber qué le había contado aquella pendeja. Tenía la convicción de que los editores de la colección de crónicas, si tenían un mínimo de criterio, revocarían el proyecto. No podía imaginar, entonces, las cosas que nos contaría el doctor Matamoros. Su revelación fue un tiro de gracia. Aquel testimonio me destrozó la nuca de un balazo.

Alcides Matamoros nos contó su vida. Salvador parecía interesado en el relato, en la aburrida crónica del cubano pelabolas que, a mediados de 2007, llegó a Venezuela de la mano del programa Barrio Adentro. El acento caribe hacía más antipático el cuento. No entendía la razón por la que Salvador se había empeñado en

conversar con ese fantoche. Lo único que me dijo fue que, según el informe policial, oculto en los archivos de Fuerte Tiuna, Alcides Matamoros aparecía como un importante funcionario de la morgue de Bello Monte. El viejo nos contó que era natural de Pinar del Río y que, con el fin de escapar de la isla siniestra, imitando la estrategia de muchos exiliados, se asimiló a las variopintas misiones venezolanas. Durante tres meses, vagó por desahuciados dispensarios ejerciendo medicina artesanal e improvisada. Matamoros, sin vergüenza alguna (sin orgullo), contó que se convirtió en un eficiente delator. Si alguna persona ofendía o cuestionaba los principios de la Revolución, entonces, tomaba nota y lo comentaba con sus supervisores. «No lo hacía por *maldá* —decía impasible—. Solo quería salir de esos pueblos olvidados de Dios; quería que me mandaran pa'Caracas o pa'Maracaibo. Solo ahí podía establecer contacto con las personas que podrían ayudarme. Toda mi familia, lo que quedaba de ella, estaba radicada en Miami. Sabía que la única forma de escapar era relacionándome con la burocracia». El traslado a Caracas tuvo lugar en el primer trimestre de 2009. Salvador tomaba notas en su agenda. Tuve deseos de golpearlo. El cubano continuó con su perorata. Contó cómo su oficio de delator le permitió acercarse a personas importantes. Poco a poco, pasó a ser personal de confianza de guardaespaldas, diputados, alcaldes y militares ubicados en cargos de corrupción estratégica. «Yo he visto cosas muy raras en la vida, muchacho. Cuando se está en cierto nivel, lo único que importa es la supervivencia. He recibido órdenes extrañas. Algunas más raras que otras. Hay muchas cosas que no puedo contar y de las que no me siento orgulloso. Siempre cumplí, siempre obedecí. ¿Qué más iba a hacer? Pero se lo digo ahora, muchacho, y se lo digo en serio: yo nunca había visto nada como lo que me tocó ver en la morgue de Bello Monte. A mediados de septiembre de 2012, un mes antes de las elecciones presidenciales, me fueron a buscar; me entrevisté con un tipo que dijo que venía de parte del viceministro de Seguridad Ciudadana. Ese día me nombraron director general de la Medicatura Forense. Acababan de matar a unos estudiantes, algunos policías estaban involucrados en ese asunto. Todo era feo, muy feo. Yo nunca había visto un lugar como la morgue; como esa morgue, quiero decir. Si usted quiere saber cómo le huele el culo al diablo, solo debe tomar la escalera hasta el sótano tres. Recibí órdenes concretas. La más importante: prohibido hablar con la prensa —se quedó callado. Parecía buscar los fragmentos de pasado en el piso. Habló de manera pausada—. Si recibes cuatrocientos muertos cada fin de semana es imposible recordarlos a todos. Apenas se te quedan en la memoria dos o tres caras rajadas, podridas por las balas o uno que otro cuerpo inflado por la mierda del río Guaire. Recuerdas las masas agolpadas en las camillas, pero son materia sin cara ni nombre. Lo único que queda es la impresión, la identidad no existe ni interesa. Mi primera semana, sin embargo, cuando estaba enterándome de cómo funcionaba todo ese desastre, acostumbándome al olor, porque lo más difícil es el olor, llegó el cuerpo de una muchacha. Lo que pasó con ella fue muy extraño. No sé por qué hicieron lo que

hicieron. Yo, por supuesto, obedecí. ¿Qué iba a hacer? El apellido era extraño, extranjero, algo así como *yankee*. Yo fui el encargado de hacerle la autopsia a Eliana Bloom».

«¿Por qué terminé con Santiago? ¿La verdad? Me ladillé», dijo (supuestamente) Julieta, la novia de Santiago Arismendi. Salvador me contó que la mujer habló del asunto sin mostrar el más mínimo amago de tristeza. *¿Qué querías, imbécil? ¿Que se echara a llorar en tus rodillas, que te llenara los pantalones de moco?*, callé mi reflexión. «Al principio, fue reticente a darme la entrevista». Julieta era publicista, divorciada, tenía un niño pequeño. Aceptó conversar con Salvador cuando le ofreció dinero. Lo hizo con desgano, aburrida de indagar en los más recónditos rincones del tiempo. Dijo que se enteró del asesinato de Eliana Bloom por Twitter o por Facebook. «Cuando eso ocurrió, tenía más de un año separada de Santiago. No había vuelto a verlo». La noticia de su implicación en un caso de asesinato la tomó por sorpresa. «Usted lo conocía bien —le dijo Salvador—. ¿Cree, de verdad, que Santiago podía ser responsable del asesinato?». «No lo sé», respondió. «Le pregunté la razón por la que no abogó a su favor, por qué no tomó partido». Al parecer, cuando Dalia de Arismendi (la madre) buscó testimonios de respaldo que avalaran la inocencia de Santiago, ella no la recibió. «No quería problemas. Todo el mundo decía que había sido él. ¿Qué carajo? El Santiago que yo conocí nunca le habría hecho daño a nadie; pero la gente cambia, ¿no?». «¿No te sentiste mal por lo que pasó? ¿Nunca quisiste hablar con él, visitarlo, preguntarle...?». «¿Y por qué iba a querer hacer eso? No era peo mío. Yo a Santiago lo olvidé. Decidí olvidarlo. No sé por qué mató a esa muchacha». «¿Pero de verdad cree que Santiago...?». «No sé ni me importa —dijo tranquila—. No había vuelto a pensar en Santiago Arismendi hasta que usted me llamó para pedirme esta entrevista. Nunca pienso en él. No existe». A Salvador le molestaba la ausencia de sentimentalismo, era una persona melodramática a la que la realidad, con sus modos ariscos, siempre le quedó grande. Me dio risa saber que mi amante ocasional, mi periodista aficionado, era un empedernido romántico. «Cuando le pregunté por qué se había separado de Santiago habló sin emoción. ¿Sabes lo que me dijo, Alain?». Alcé los hombros. «Me ladillé. Santiago fue divertido cuando tuve dieciocho años. Cuando me parecía que era un tipo arrecho, que sabía vainas, que era grande. ¿Quiere saber si nos enamoramos? Sí. Creo que sí. ¿Quiere saber si lo quise? Sí, a lo mejor. Pero, de repente, no sé por qué, me ladillé. Me cansé. Me di cuenta de que Santiago era un pendejo. No tenía nada. En su momento, yo me volví loca. Siempre me gustó, desde que era una carajita. En el colegio no pasó nada, siempre fue un

caballero, un bueno para nada pero un caballero. Era mi profesor grande, bello. Nos reencontramos más adelante, cuando estaba terminando la carrera. Comenzamos a salir. Solo fuimos novios dos o tres meses. Eso le trajo problemas en su trabajo. Una vez, fuimos juntos a una fiesta de reencuentro. Alguien nos vio y empezó la habladera de paja. En el colegio dijeron que estaba saliendo con una alumna. Inventaron un cuento y luego lo obligaron a renunciar. Me mudé a su casa. Mis papás querían desheredarme. Me tocó aprender a comer mierda, a pelar bolas, limpiar baños, pasar coleteo, lavar interiores. El amor no es eso, ¿no le parece? Esa parte nunca te la cuentan. Comenzaron los peos. Ni siquiera tirábamos, él siempre estaba cansado, siempre tenía exámenes que corregir. Lo peor es que decía que me amaba y que era profundamente feliz. Y ya, eso es todo. Me ladillé. Regresé a mi casa, con mis viejos. Nunca más lo vi. Alguien me contó que se echó al olvido, que lloraba en los bares. Se puso impertinente por un tiempo. Cambié de teléfono. Luego se perdió. Un día leí en un tuit que Santiago había violado y matado a una chama en Terrazas del Avila. Después supe que lo metieron preso. Cuando su mamá vino llorando para que firmara una cartica y hablara a su favor ante una comisión de no sé qué, mi papá me dijo que no lo hiciera. No queríamos problemas. Tenía un nuevo trabajo. Yo no quería que me relacionaran con ese carajo». «Había tanto vacío en sus palabras, Alain, tanto *me sabe a mierda lo que pasó* que me ofendí». *Porque eres una jeva, Salvador*, pensé. «Lo que pasa es que te sobra mucho pero mucho corazón», me burlé en voz alta, recordando la letra de un bolero. Vimos el cadáver del motorizado. Me entretuve con los detalles. El casco manchado de sangre parecía el caparazón de una tortuga. «El carajo la amó —insistía el otro—. ¡Coño! Vivió con ella, renunció a su trabajo por ella. Tiraron, se querían y esta tipa... Ni pendiente. Siguió con su vida. No le importó un coño. Se ladillo. ¡Qué bolas!». «Deja el drama, Salva. La gente se ladilla. Todo el mundo se ladilla». «¿Y el amor, Alain? ¿Dónde queda?», preguntó angustiado. Me burlé de su pregunta. Lo remedé. «¿Dónde quedan tantas vainas? No sé, el respeto, la confianza, el saber que el otro... qué se yo», insistió en su lamento. Los bomberos removieron la moto, el hombrillo quedó libre. Salvador esperaba mi respuesta. *Qué amor ni qué coño'e madre. ¿En qué mundo vives? ¡Eso se acabó!*, no le dije lo que pensaba para evitar que se pusiera a llorar.

Las estadísticas de criminalidad siempre fueron el punto débil de la Revolución, contó Matamoros. 2012 había sido un desastre. Solo en enero, entraron a la morgue más de ochocientos cuerpos. La categoría de las Muertes Violentas generaba malestar y descontento. El año electoral obligaba a tomar decisiones importantes: había que maquillar las cifras. Los directivos de la Medicatura, sin

embargo, opusieron resistencia a esos ajustes arbitrarios. Solo cuando mataron a los estudiantes de la Universidad Metropolitana fue posible introducir algunas reformas. Y uno de los encargados del *make up* fue el despreciable Matamoros. El viejo contó que el día después de la masacre mandaron un memorándum en el que decía, citando a Bolívar y no sé qué otras pendejadas, que había que recalificar los ingresos de los cadáveres. Se imprimieron nuevos formularios de registro. Inventaron un decreto con el que cambiaron las modalidades de mortalidad. Mandaron a hacer todo un aparato legal para justificar esos cambios. Si, por ejemplo, el muerto venía de un barrio por peleas entre bandas, entonces, no computaba como muerte violenta, directo a La Peste, sin autopsia; los accidentes de tránsito calificaban en otra estadística. La venganza y el crimen pasional también quedaron fuera del rango (los cachos, a juicio de los juristas revolucionarios, no tenían que ver con la inseguridad urbana). El viceministro de Seguridad Ciudadana, en cadena de radio y televisión, anunció el operativo bolivariano de seguridad. Los viejos rectores de la morgue, sin embargo, no aceptaron la propuesta. La directiva de la Medicatura Forense protestó. La manifestación sirvió de excusa al gobierno para forzar un decreto y remover al personal. A través de un correo electrónico los botaron a todos y, en su lugar, colocaron a gente de confianza: militares y cubanos. Todos los antropólogos y forenses de formación fueron pasados a retiro. A algunos les entregaron una cajita feliz con la que compraron su complicidad y su silencio. Los partidos de oposición, entonces, enfebrecidos con el eslogan *Hay un camino*, pasaron por alto la situación interna de la morgue. «El día de mi primera guardia llegó el cuerpo de una muchacha. Yo mismo hice la autopsia de Eliana Bloom. Lo hice porque me mandaron a hacerla, porque me dijeron que ese caso no podía pasar por debajo de la mesa, que había que dar una respuesta inmediata. Todavía estaba muy presente el asunto de los estudiantes muertos a balazos. Hicimos la autopsia de la muchacha, yo firmé la primera de las actas, la que nunca se publicó». Matamoros buscó un golpe de efecto. Intensificó el silencio. «¿Qué quiere decir?». «Quiero decir que ese día se redactaron dos protocolos de autopsia, el mío y otro que hicieron en el sótano dos».

«Señor Lorenzo, ¿puedo hablar con usted?», preguntó Carmen. Los nervios me secaron la lengua. Lorena permanecía detrás de mí, con las manos aferradas a mi espalda. El viejo quitó unos periódicos del sofá, los lanzó al suelo. «Muchachos, siéntense. Lorena, hija, ¿estás bien?». El señor Lorenzo estaba muy alterado por las noticias. Ríos de sangre (diminutos) corrían a través de mis brazos. Las uñas de Loló se clavaron en mi piel erizada. Globovisión, al fondo, contaba detalles escabrosos sobre el asesinato. Eliana se había convertido en tema de tertulia, en controversial

trending topic. El crimen de Terrazas del Avila, por cuestión de minutos, puso un tibio manto sobre la fiesta electorera de octubre.

Había tráfico para llegar a Los Naranjos. «Lorena, mi amor —dijo el señor Lorenzo al vernos entrar al apartamento. La abrazó con desesperación, la besó en la frente—. Mi niña, mi vida, mi cualquier cosa», agregó con la voz quebrada. En medio del abrazo, extendió su mano derecha y palpó la espalda de Cacá. Su fragilidad manifiesta fue un estímulo. Cuando entramos al apartamento me di cuenta de que sería muy fácil para ella invitarlo a participar en el juego. La estrategia inicial fracasó. Lorena sufrió una especie de parálisis. «No puedo, Alain, no puedo», repetía sin aire. Ante el ataque de pánico, Carmen decidió tomar la palabra. «Señor, Lorenzo, ¿puedo hablar con usted?», dijo con timidez sobreactuada. Y le contó la verdad sobre lo que había pasado, sobre lo que nos estaba pasando: Santiago Arismendi tenía más de tres meses acosando a Eliana, la llamaba a deshoras, le mandaba mensajes repletos de groserías; Eliana nos había contado que el profesor tenía actitudes violentas y que, en múltiples ocasiones, había abusado de ella. La cara del señor Lorenzo era un poema de libro de colegio, de Andrés Eloy Blanco o Juan Antonio Pérez Bonalde. El testimonio de Carmen lo hizo tirar al suelo un vaso de agua y mojarse los zapatos. «¡Dios mío!», logró pronunciar. «Pero eso no es todo», agregó Cacá. Con el fin de reforzar el patetismo, edulcoró el testimonio con lágrimas. Le contó que Lorena tenía mucho miedo y que ese miedo, justamente, era lo que la había paralizado. Le dijo que ella, Loló, también había sido víctima del agresor. Le mostró el celular con mensajes obscenos (antes de salir, desde un viejo teléfono prepago, habíamos escrito, entre otras cosas, *Lorena, mámame el güevo, puta, perra, etc.*). Carmen le contó que en las últimas semanas, Santiago Arismendi les había hecho horribles amenazas. Para finalizar, dijo que esa misma tarde, alrededor de las seis, Santiago y Loló habían quedado en encontrarse en el café St. Honoré. Inventó que el profesor tenía un apartamento por la zona en el que abusaba de sus alumnas. Me di cuenta de que estaba exagerando, traté de quitarle morbo a la ponencia, dije que la mayoría de esas historias eran meros rumores de pasillo pero el plan de Carmen, para entonces, había funcionado a la perfección. Lorena colapso. Salió corriendo y se encerró en su cuarto. El señor Lorenzo intentó ir tras ella. «¡Hija!, hija», tropezó con los periódicos, se golpeó una rodilla y se desplomó sobre la alfombra. «Déjela —interrumpió Carmen, ayudándolo a levantarse—, todo esto ha sido muy difícil para nosotras. A Loló le daba mucha pena hablar con usted pero sentí que era mi deber decirle lo que estaba pasando. Yo también tengo miedo». Lo hizo bien. Ese día, se habría ganado un Oscar. El señor Lorenzo se quedó paralizado, pasó cinco minutos con la mirada clavada en la pared. Respiraba con dificultad. Casi no tenía voz. «Hiciste lo correcto, Carmen. Hiciste lo correcto, Alain. Ahora, muchachos, quiero pedirles algo: Carmencita, quédate con Lorena, no la dejes sola. Tenemos que denunciar esta situación. Alain, sé que puede ser duro para ti pero, por

favor, necesito que me acompañes a la policía».

«Antes de la medianoche le entregué el informe al militar encargado, un tipo de apellido Fontiveros. El informe no tenía nada que ver con lo que, al día siguiente, salió publicado en la prensa. Cuando leí ese relato me asusté pero preferí callarme la boca. Los periódicos dijeron que habían capturado a un culpable y que, además, tenían a un testigo de excepción. Solo le puedo decir que lo que apareció en la prensa no fue lo que yo firmé —No pude evitar el tic, el temblor incontrolado del párpado—. A esa muchacha no la violaron, señor periodista. Eso es mentira. Había actividad sexual, sí. Eso quedó expuesto en el informe que yo redacté, pero no hubo desgarramiento anal ni rastros de semen ni muñecas magulladas ni ninguna de las cosas que asomó el director del Cicpc en la rueda de prensa. Cuando todo pasó no quise preguntar mucho. No me quedó más remedio que callar y conformarme con los rumores. Se decía que la policía ya había elegido a un culpable. En tiempo récord, capturaron a una persona relacionada con la muchacha. Dijeron que la violó, que encontraron pruebas de ADN, pelos de bola o cualquier otra vaina pero eso es mentira. Lo que más me llamó la atención fue el asunto del testigo. Pero usted sabe muy bien que, en esos años, la Fiscalía tenía una eficiente fábrica de testigos. No le estoy contando nada nuevo. El Cicpc y Polisucro, incluso la DIM, querían cerrar ese caso lo más rápido posible porque querían redimir, de alguna forma, todo lo que había pasado con los estudiantes en Los Chorros». «¿Usted qué hizo, entonces?», preguntó Salvador. «Obedecer. Callar. ¿Qué más iba a hacer? —Matamoros empuñó un trago de refresco—. Una vez leí la cita de un sabio, señor periodista: el poder es el conocimiento. No sé quién lo dijo, Voltaire, Washington, Montaigne, Martí, algún loco. Quienquiera que haya sido, creo que se equivoca. Quizás en otros lugares es así, pero en nuestros países el verdadero poder es el de la ignorancia». «¿Qué pasó con Eliana Bloom? ¿Qué decía el primer protocolo? ¿Qué fue lo que usted firmó?».

La subdelegación del Cicpc en El Llanito era un rancho. El señor Lorenzo se presentó en la planta baja frente a un destartado escritorio. Dijo que tenía información importante sobre el asesinato de Eliana Bloom y que exigía, con carácter de urgencia, hablar con la persona responsable. Ignoraron su testimonio. Una secretaria gorda, con cara de puta, lo mandó a sentarse en una papelera volteada.

El salón principal era un centro de acopio. Había mucha gente. Varios oficiales discutían al fondo. Un hombre mayor gritaba que su hijo había sido víctima de un secuestro, otras personas denunciaban el robo de sus vehículos. Algunas amas de casa contaban con estupor que habían sido sometidas a violentos atracos. La gorda, en una máquina de escribir, tomaba nota de las denuncias. El señor Lorenzo permanecía impávido, con los puños aferrados al pantalón. «¿Cómo van? Cuéntamelo todo», escribió Cacá por el BlackBerry. «Alain —dijo Lorenzo de manera pausada—, ese hombre... ¿Sabes si ese hombre le hizo daño a Lorena, la tocó...?». «No lo sé», respondí. No tenía la sangre fría de Cacá, no me gustaba la idea de seguir lastimándolo. «Pero cómo es posible, Alain. ¡Dios mío! ¡Dios mío! —repetía mortificado—. ¿Cómo pudieron permitir que esa persona fuera profesor titular en el colegio? ¿Es que nadie se dio cuenta?». El señor Lorenzo se levantó, regresó al escritorio de la gorda. Estaba furioso. Le gritó. «Señorita, por favor, es importante. Tengo información sobre el asesinato de Eliana Bloom. Necesito...». «¿Bloom?», interrumpió un oficial cercano a la mesa. La discusión entre los agentes terminó. La referencia a Eliana, claramente, les llamó la atención. «¿Bloom? —reiteró el policía— ¿La muchacha de Terrazas del Ávila?». «Sí, era la mejor amiga de mi hija. Soy Lorenzo López, mi hija, Lorena López, me contó algunas cosas que ustedes necesitan saber. ¿Quién es el oficial responsable del caso? Creo saber quién...». «Acompáñenos, por favor», dijo el oficial timorato y nervioso. El señor Lorenzo desapareció en medio del barullo. Me quedé solo, sentado sobre la papelera volteada. Minutos después lo vi al fondo de una escalera. No sé lo que pasó. No sé qué les dijo. Media hora más tarde el oficial que lo había interpelado regresó al salón principal. Hablaba por su teléfono celular. Me levanté. Caminé entre el centenar de agraviados, ignorados por la secretaria. «Dile al fiscal que ya resolvimos el peo, tenemos al carajo. Héctor, una cosa... Si le vamos a limpiar el culo a Fontiveros, por lo menos que nos pasen una vainita. ¿No te parece? —se detuvo, pareció repasar una idea— Eso es correcto. ¡No!, no, no. Hoy mismo, tú vete pa' la Fiscalía, cuadra la vaina con Rengifo. Yo creo que con dos carajos está bien o uno solo, es igual. Háblate con Ulises en VTV, monta una rueda de prensa, llama a los periódicos, que se forme el peo pa'ver si dejan la ladilla con lo otro. ¡Ya están fuertes con lo de los carajitos! Dale». «¡En el nombre de Dios!», dijo el señor Lorenzo cuando regresamos al carro. Volvimos a Los Naranjos, Lorena seguía encerrada en su cuarto. Después de ese día no volvió a dirigirme la palabra. Carmen desapareció semanas después. «Alain, creo que lo mejor es que no hablemos por un tiempo», escribió en mensaje de texto. Nunca imaginé que ese tiempo se convertiría en diez años ni que volvería a verla vestida de novia, delgada e indiferente, en el pasillo de la iglesia Nuestra Señora de Chiquinquirá. Durante muchas semanas vivimos con miedo. Pensamos que, en cualquier momento, la policía pediría nuestro testimonio; que algún cabo suelto colocaría nuestros nombres sobre la mesa. Pero no pasó nada; absolutamente nada. Para nuestra fortuna (y nuestra sorpresa), Santiago

Arismendi fue declarado culpable.

Matamoros tardó en responder. Mató a un bachaco, se rascó la cabeza. «La muchacha tenía un trauma en la cabeza, probablemente se desmayó por el impacto. No lo sé. Puede que se haya quedado dormida. Vomitó. Ingirió parte del vómito. Lo que esa niña tenía en el cuerpo era un cóctel Molotov. En el informe toxicológico había de todo. Usted imaginará mi sorpresa cuando, al día siguiente, leí en el periódico que la policía había detenido a un presunto violador, pero la única verdad, lo que nunca dijeron, es que esa muchacha murió de una sobredosis». «¿El informe existe? ¿El acta está en alguna parte?», preguntó Salvador. «Por supuesto que no, la única copia que tenía la destruí». «¿Respaldaría este testimonio por escrito? ¿Permitiría grabar esta entrevista?». Matamoros tuvo un ataque de risa. «Por supuesto que no. Ahora, después de muchos años sin patria, parece que soy venezolano, muchacho. Aquí me enamoré, me desenamoré, me casé, tengo dos hijos. La Revolución cubana cayó, la Revolución venezolana cayó. Todos mis familiares y amigos regresaron a Cuba, pero después de la apertura ya nada es lo mismo. No reconozco a nadie. El retomo ha perdido romanticismo. El día que vi a Emilio y a Gloria Estefan inaugurando un McDonald's en la antigua Plaza de La Revolución supe que las cosas no irían para bien. Esa isla está maldita. Aquí, por lo menos, tengo trabajo en la cafetería. No da mucho, pero da algo. ¿Qué voy a buscar yo en La Habana, muchacho? ¿Trabajar en un Starbucks? Hace mucho tiempo sacrifiqué el asunto del arraigo. Estoy en este lugar y moriré en este lugar. Me dan igual las historias y los gentilicios: Venezuela, Cuba, Miami, todo es lo mismo, la misma tristeza, la misma soledad. Si uno quiere ser feliz, lo único que debe hacer es dedicarse a vivir el día a día y olvidar el cariño por la tierra —dijo desengañado—. Escriba lo que quiera en su periódico o en su libro, cuente lo que le dé la gana pero, por favor, a mí no me nombre. Deje de meter las manos en el pasado. El pasado de los hombres siempre está lleno de *miel*».

El teléfono celular vibró en mi bolsillo. Alain, estoy en Caracas, decía el mensaje. El próximo miércoles regresaré a Chicago. Me interesa hablar contigo. Es importante. Escíbeme para encontrarnos en Café Olé. Lorena.

18. Lorena / Salvador

Me saludó sin besarme. No se levantó de la silla. «Mi Loló», dije empalagado. Cuando la abracé, sentí que tocaba una panela de hielo seco. La belleza permanecía intacta. El tiempo no le había dejado marcas ni fisuras. Me miró a los ojos. Me senté delante de ella. Sus dedos nerviosos golpeaban la superficie de la mesa. Intenté acariciar su mano derecha pero mi gesto pareció incomodarla. El encuentro me arrastró a un paraíso privado y añejo. Poco a poco cedió su reticencia. Acaricié sus nudillos. Comenzó a temblar. ¡Qué bonita era *Loló!* Me di cuenta de que, a pesar de la ausencia, nunca la había perdido de vista. «Alain —dijo de repente—, necesito decirte algo, quiero aclarar algo...». Sus dedos soltaron mis manos. Suspiró incómoda. Interrumpí el posible testimonio. Le conté que la vida sin ella (sin nuestra Eliana ni nuestra Cacá) había perdido sentido; le dije que, quizás, habíamos sobrevalorado la distancia, que todos nuestros errores eran reversibles y que podíamos regalarnos el beneficio de una oportunidad. Le hablé de mis insomnios y pesadillas. Enumeré el conjunto de mis remordimientos. Tomé conciencia de que, efectivamente, después de la muerte de Eliana no me había pasado nada importante. Mi relación con Giancarlo carecía de emoción. Mi carrera como diseñador gráfico había sido una experiencia irrelevante, grosera. Mis amigas se llevaron el universo de los significados. «Me gustaría volver a comenzar, Loló. Sé que tú y yo... En realidad, Eli, Cacá, tú y yo fuimos felices. Desde que pasó lo que pasó, ni siquiera por un segundo he vuelto a sonreír. Tú sabes muy bien que nosotros, los cuatro, teníamos algo verdadero, real». El silencio tomó la palabra. La risa nerviosa rompió el hielo, fue una carcajada breve, burlista. Lorena colocó la taza de café sobre la mesa. «De verdad... —logró articular sin dejar de reír. Como una vampiresa, su pupila se volvió roja—. ¡Maldita sea, Alain! ¿Con quién crees que estás hablando? ¿De verdad te crees toda esa mierda que acabas de contar? — La risa se mudó en expresión de odio—. Escúchame bien, maricón hijo de puta; vine a decirte una cosa, una sola cosa: déjame en paz, deja en paz a mi viejo, deja en paz a Carmen. No quiero volver a saber de ti. No me vengas con el cuentico de que, de un día para otro, no puedes dormir. ¿Qué coño vas a saber tú acerca de la conciencia? No me interesa lo que te pase. Escucha lo que tengo que decir y después, si te da la gana, te puedes morir».

«¿Por qué no quieres hablarme?», preguntó con voz de niño hambriento. Intentó tocarme la cara, le di la espalda. Encendí el televisor. Tomé el control remoto y me entretuve en el *zapping*. Caminó hasta la cocina, escuché sus pasos atolondrados. Abrió la nevera. Se sirvió un vaso de agua. Regresó a la sala. Se puso delante del televisor. «Alain, tenemos que hablar». «¿Qué es lo que quieres?».

pregunté. «Necesito confirmar algo. Muchos testimonios coinciden en una apreciación: tú tenías una relación cercana con Eliana Bloom. ¿Por qué no me lo dijiste? Sé que sabes más de lo que dices, sé que ocultas algo. No en vano me pediste que...». «Yo no te pedí nada, Salvador. Exageras. Cálmate, ¿sí?», dije en voz baja, tranquilo, invitándolo a hacerse a un lado para poder mirar la pantalla. Se arrodilló frente a mí. Se colocó las manos en la cabeza. «Nadie quiere hablar —dijo riéndose (risa neurótica)—. Todo el mundo sabe lo que pasó pero nadie quiere decir nada. Los militares tienen miedo, la policía tiene miedo. La agente Morales, Matamoros... todos. Tú también tienes miedo, Alain, pero me pregunto, ¿miedo de qué? ¿Qué es lo que sabes? —Volvió a levantarse. Caminó dando círculos alrededor de la mesa—. Alguien llamó a la editorial, hablaron con Sandoval, le dijeron que estoy haciendo preguntas incómodas sobre un caso cerrado. El editor se reunió conmigo y me pidió que reorientara el proyecto. ¿Sabes lo que me dijo? “Coño, Salvador, ¿tú no querías escribir sobre los carajitos de la Metro? ¿Por qué no regresas a ese asunto y te olvidas del güevón de Santiago Arismendi?”. —Se sentó a mi lado—. ¿Sabes quién es Lucas Fontiveros?». No respondí. Regresé al *zapping*, silbé una canción de Adele mientras la pantalla mostraba el contenido de trescientos canales inservibles. «Fue uno de los militares relacionados con el asunto de Los Chorros. El que manipuló la autopsia de Matamoros y dirigió el operativo con el que atraparon a Arismendi. Durante muchos años, estuvo en la directiva del Cicpc. Luego, antes del cambio de gobierno, saltó la talanquera. Todavía permanece activo. Está vinculado a una importante empresa de seguridad. Tiene contratos con gente del gobierno. Sandoval me dijo que resultaría muy inoportuno decirle al mundo que ese hijo de puta inventó un culpable para apagar el incendio de la masacre de los estudiantes. Muchas veces he tratado de entender qué fue lo que pasó, cómo pasó: Lorenzo López, padre de Lorena López, amiga íntima de Eliana Bloom, formuló la denuncia en la subdelegación de El Llanito. En menos de media hora, consiguieron un testigo. Matamoros tenía razón sobre la fábrica de testigos. La persona que testificó contra Santiago Arismendi fue una mujer boliviana que ni siquiera tenía una semana en Caracas, su declaración es atroz, la señora confundía Terrazas del Ávila con Filas de Mariche pero eso a nadie le llamó la atención. La casa de Santiago fue saqueada sin orden de allanamiento. La mamá, Dalia de Arismendi, declaró que los agentes del Cicpc sembraron pruebas en su cuarto y robaron varios objetos que pertenecían a su hijo. Esas denuncias no tuvieron cobertura; el periódico, por lo menos, no publicó nada. Legalmente, jurídicamente, la captura de Arismendi fue una aberración. No hubo orden de aprehensión. Aparentemente, el señor López le dijo a la policía la hora y el lugar donde podían encontrarlo. No sé qué lo motivó a realizar esa denuncia. No sé si tenía una razón personal. No he podido hablar con él, dicen que está hospitalizado. Siempre, desde el principio, se asimiló que Eliana Bloom había sido asesinada. Había muchos indicios que reforzaban esa idea. Al parecer, la puerta del apartamento estaba abierta. El cuerpo fue encontrado por un vecino que le contó

a los funcionarios de Polisucres que la sala estaba llena de sangre. El cuerpo de Eliana apareció desnudo en el suelo del cuarto. El precedente de Los Chorros condicionó casi todas las decisiones que se tomaron ese día. Había un fuerte desencuentro entre algunos funcionarios de la policía municipal y la gente del Cicpc. Las primeras noticias hablaron de violación y asesinato. La denuncia del señor Lorenzo apareció en el momento oportuno. A Santiago lo capturaron en el café St. Honoré y luego lo trasladaron al Helicoide, a la vieja Disip. No tiene sentido, Alain. ¿La Disip? ¿La policía política? La masacre de Los Chorros hizo tanto ruido que convirtieron un caso de asesinato en un asunto de Estado. Las aberraciones aparecen por todas partes: se le acusó de cometer delito infraganti. Ese hombre, simplemente, se estaba tomando un café en Los Palos Grandes. Hasta ese momento, podía ser sospechoso de un crimen pero no había ningún motivo para asimilar que era culpable. Desapareció. La mamá lo buscó por todas partes pero nadie la tomó en cuenta. Arismendi no era un preso político, era un pobre güevón al que, para mayor desgracia, le hicieron un *bullying* informático. Las redes sociales le siguieron el juego a Fontiveros y a la Fiscalía, fue un efecto viral. Todo el mundo asimiló que Arismendi había violado y asesinado a una muchacha en Terrazas del Avila. La gente pedía su cabeza, lo insultaba, le mentaba la madre. Si quedaba alguna duda sobre su participación en el caso, la irracionalidad de los tuiteros convenció a los animales del Cicpc. Hablé con un oficial que no quiso identificarse (uno más que no quiso identificarse). Me contó que a Arismendi lo mataron a coñazos en el Helicoide. Luego, le echaron el cuerpo a los perros, a los presos de Yare. El asunto de las elecciones invisibilizó el caso. A nadie le interesó saber qué había pasado con aquel pobre diablo. Al contrario, cuando salieron las noticias sobre su linchamiento, a la gente le pareció de pinga. La mamá de Arismendi, desesperada, buscó la manera de demostrar su inocencia, de redimir el agravio. Nadie quiso hablar con ella. Nadie le creyó. Con el paso del tiempo, la vieja se volvió loca. He tratado de acercarme al entorno íntimo de Eliana Bloom pero existe mucho hermetismo. La familia no quiere hablar, tiene una actitud hostil y reticente. Lorenzo López está enfermo, los médicos no le permiten hablar conmigo. Carmen Casas, otra de las amigas de Eliana, me amenazó con abogados y cauciones. Lorena López me trancó el teléfono. Solo me quedas tú, Alain. Solo tú sabes qué fue lo que pasó. Pero no te preocupes. A estas alturas, mi interés no es periodístico. Sin fuentes, no puedo escribir nada, no puedo defender nada. Seguramente, terminaré escribiendo algún ensayo mediocre sobre la masacre de Los Chorros. Esos policías, a excepción de Fontiveros, siguen presos por lo que me imagino que no tendré que lidiar con el principal problema de este país: el miedo. Mi curiosidad es personal, Alain. Quiero saber qué fue lo que le pasó a Eliana Bloom, quiero saber qué tienes que ver con su muerte y con la condena de Santiago Arismendi».

«Un periodista llamó a mi papá, dijo que era amigo tuyo. Quiso saber cosas sobre la muerte de Eliana. Salvador no sé qué. No sé de dónde salió. Hablé con Cacá. El maldito también la llamó. Carmen lo amenazó con un abogado y, al parecer, dejó de molestarla. —Se tragó un vaso de agua—. Mi papá está enfermo, Alain, se está muriendo. Vine a Caracas para estar con él. El matrimonio de Cacá solo fue una rara coincidencia. Después de la muerte de Eli, ella y yo no volvimos a hablarnos. Nos vimos en Nueva York hace un par de años. Ninguna se reconoció, éramos extrañas. Al final, hablamos de Eliana. Hablamos de ti. —Forzó el silencio, la mirada se estrelló contra el piso—. No sé qué coño estabas pensando. Si a estas alturas te picó la conciencia y le contaste a un periodista todo lo que pasó con Eli, no quiero que nos involucres. No metas a mi viejo en esto, no me metas a mí, no metas a Carmen. Te lo digo en serio, Alain. Si tu amiguito sigue insistiendo en este asunto, si te empeñas en revolver toda la mierda de la que eres el único responsable, entonces, te lo juro... Mírame a los ojos, maldito. Te lo juro... Te voy a destruir la vida. Si descubriste lo que significa la palabra remordimiento, entonces haz algo más práctico: pégate un tiro, ahógate en El Guaire, lánzate al Metro, pero déjanos en paz. Ya hiciste demasiado daño, ya nos jodiste la vida. ¿Sabes cuál fue tu error? Siempre pensaste que éramos como tú, estabas convencido de que disfrutábamos de nuestro esclavismo, de tus manipulaciones y tus juegos. ¿Sabes cuál es la verdad, la única verdad? Cacá te odiaba, Eliana te odiaba, yo te odiaba... Pero sí, qué coño, el temor a tus represalias era más fuerte. Todo lo que hicimos lo hicimos para complacerte, todo lo que perdimos fue por temor a tus arrebatos, a tus ataques, a tus golpes, a tus penitencias. —La voz se le partió en pedazos—. ¿Sabes algo? Nunca me acosté con Santiago. El y yo nunca hicimos nada. Yo solo te conté lo que querías escuchar, lo que te parecía de pinga. Ese carajo nunca intentó nada conmigo. Santiago solo hablaba de su exnovia, estaba totalmente enamorado de la exnovia, mal pega'o. Todas las ridiculeces que te conté eran las cosas que él decía sobre ella. Nunca fuimos amantes. No sé cómo pasó pero nos hicimos amigos. Santiago era una persona con la que podía hablar de cualquier cosa, con la que podía reírme de chistes normales, caminar por la Plaza Altamira, por La Estancia, por el Parque del Este. Al principio, no entendí la relación de Eliana con Nina Mathinson, pero me imagino que le pasó algo parecido. Me dio celos... burda. Eliana... Yo la quería. Cuando pasó lo que pasó, pensé... No sé. Todo fue demasiado raro. Los anormales éramos nosotros. Pero la verdad es que Nina era una persona normal. Santiago era un carajo normal, bueno, triste. Una vez me contó que recibió un mensaje desde mi teléfono: le deseaban la muerte, le decían pendejo, lo invitaban a suicidarse. Me dio mucha vergüenza. Le dije que eran cosas de mis amigos. Me hizo una pregunta complicada, algo que todavía no sé responder: “¿Qué clase de amigos son tus amigos?” Nunca te perdonaré lo que le hiciste. Me usaste, usaste a mi papá... Si lo vieras. El viejo solo

es un pellejo. Nunca hablamos del pasado. Ayer, sin embargo, luego de la llamada del periodista, sacó el tema de Eliana. Me dijo que se sentía orgulloso por haber denunciado al hombre que le hizo daño a Elianita. Dijo que, de no ser por ti y por Cacá, ese hombre también habría podido lastimarme. Preguntó por ti, preguntó por Carmen. Se morirá convencido de que lo que hizo con Santiago Arismendi estuvo bien. Yo no sé qué pasó en casa de Eliana. No sé quién la mató. Si no hubieras estado conmigo esa noche, juraría que el asesino fuiste tú. No sé cómo los inútiles de la policía no se dieron cuenta de que todo era una mentira, de que la historia que contamos no tenía el más mínimo sentido. Te saliste con la tuya. La única razón por la que escapaste es porque vivimos en este país de mierda. En cualquier otro lugar, estarías pudriéndote en una cárcel. Te hablo en serio, Alain. No quiero volver a saber de ti. Si algún periodista vuelve a molestar a mi papá, si algún día leo en Internet alguna reseña sobre el caso de Eliana, tendrás noticias de mis abogados. Me buscaré al carajo más coño'e madre del mundo para que acabe contigo. No me obligues a destruirte. Si insistes, si tu conciencia no te deja dormir y quieres hacer lo correcto, créeme que terminarás durmiendo debajo de un puente, compartiendo comida con perros callejeros y recogelatas. —Intenté replicar—. ¡Cállate la boca! Si tienes algún remordimiento, entonces te lo calas. ¿Crees que puedo dormir en paz? ¿Sabes cuánto dinero he tenido que gastar en terapia, en pepas? ¡No me jodas, Alain! No te hagas el inocente. Escúchame bien. Ninguna confesión de última hora, ningún arrepentimiento, ningún acto de contrición, te salvarán de quemarte en el infierno».

Dejé pasar dos o tres minutos, fingí distraerme con un episodio vintage de *Two and a half men*. Me besó el hombro descubierto. Me molestó el tufo. Se quitó el pantalón. Tomó mis manos y me invitó a jugar con su sexo. Se explayó sobre el sofá. Abrió las piernas. «Si no quieres hablar ahora no importa. Podemos hablar después», dijo risueño, regalándome una odiosa sonrisa. Su cuerpo acuclillado me provocó deseos de matar. Acarició mi rostro e insistió en sus fracasados juegos de seducción. «Está bien. Cuéntamelo todo más tarde. Por ahora, olvidemos a Eliana. Alain, ven. Anda, quiero que me hagas el amor». *Maldito infeliz*, me dije. «No puedo hacerte el amor, Salva... —dije apagando el televisor y lanzando el control en el piso—, pero si quieres, si tanto lo deseas, ¡te cojo!», grité apartándole los tobillos. Una furia instintiva me obligó a golpearlo en el pecho. Lo empujé sobre el sofá, con el puño cerrado. Con súbita violencia lo penetré hasta el fondo, sin preludeo, sin saliva, sin lubricante. Quería hacerle daño, reventarle la piel y destruirle la resistencia del esfínter. Gritó por el dolor físico. «¡Escúchame bien, carajita! Quiero que te vayas de mi casa. Olvídate de Eliana, olvídate de mí — dije golpeándolo con fuerza.

Insultándolo en cada movimiento. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Lo escupí en la cara, me reí a carcajadas de su fragilidad—. Mira-qué-triste, Salva —grité—. Mira-qué-triste tu vida de mierda. —Cerré el puño y le pegué en el rostro. Le partí la nariz. Lo halé por las orejas. La presión en la pierna, incómoda por la posición, le provocó un esguince. Acabé adentro. Al salir de él, le metí una patada en el culo—. ¡Vete a la mierda! No quiero volver a verte nunca. ¡Vete!», grité. Recogió sus cosas. Se fue. Al día siguiente me envió un correo de cuatro páginas. Lo borré sin leerlo. No respondí sus llamadas. No leí sus mensajes. Nunca volvimos a dirigirnos la palabra.

19. El estorbo de la memoria

Una tarde de marzo me sorprendió la tristeza. Envolví el cañón con los labios; el frío del metal me adormeció la lengua. Solo entonces me pregunté por lo que podría encontrar al otro lado del mundo. Mi cabeza se empeñó en imaginar necedades: el rostro de Dios, la tolerancia de los ángeles. Apunté a la sien, al corazón y al estómago, pero el miedo revocó mis instintos. El revólver giró sobre la mesa. Solo un asunto me hacía sentir más angustia que la muerte: la soledad. Me había quedado solo. No quería estar solo. No me gustaba estar solo, pero mi instinto asocial y destructivo me impedía establecer relaciones humanas. En los últimos años, sacrifiqué cualquier posibilidad de convivencia. Sin darme cuenta me convertí en un animal estepario y salvaje. Mi mamá era la dueña del revólver. Alguna vez, durante el escarnio patriotero de 2002, cuando se contaba en las juntas de condominio del este de Caracas que las huestes rojas invadirían los solares de la clase media, Amanda y sus amigas compraron un lote de armas de fuego. Semanas más tarde se inscribieron en la sala Magnum y adoptaron como hábito terapéutico el ejercicio del tiro. Cuando el yoga, o algún otro pasatiempo, sustituyó la afición por las armas, Amanda se olvidó del revólver y lo guardó en una gaveta de su cuarto. La visité con la excusa de que quería verla. Se sintió feliz, muy feliz. Me contó que estaba haciendo un curso de repostería y, entre otros infortunios, que Brigitte tenía un novio simpatiquísimo. Encontré el revólver en el lugar de siempre. Almorcé con ella. Le reí los chistes, le pregunté por la salud. La besé en la frente. Me largué a la media hora exacta.

No fui capaz de disparar. Las palabras de Lorena apretaban el percutor y empeñaban su furia en el gatillo. Su testimonio transformó por completo la naturaleza cartesiana del tiempo. Guardé el revólver. La cabeza amenazaba con explotar en pedazos. Encontré una caja de aspirinas pero estaba vacía. Decidí caminar hasta el centro comercial, hasta Farmatodo. La neuralgia insinuaba un inicio

de fiebre. El cielo gris dibujó el aguacero. Me resultó difícil aceptar que las cosas habían sucedido de otra manera. La memoria es un género de ficción, un mecanismo de defensa, un cuento con el que resulta sencillo eludir el conflicto de la responsabilidad. El pasado es un invento; solo recordamos lo que queremos recordar, como queremos recordarlo. En mi versión de la historia, Cacá se convirtió en la depositaria de mis vergüenzas. La Carmen real, acomplejada y tonta, no tiene nada que ver con el sórdido personaje que protagonizaba mis recuerdos. La Memoria (la verdadera), con vivacidad creciente, inició el catálogo de agravios: «Señor Lorenzo, ¿puedo hablar con usted?» — «¡Ay ya, Nuria, deja la ridiculez!» — «Cacá, vamos a hacerle la paja a estos carajitos, tú cántanos la zona». — «Qué puede aportarle al mundo ese pobre infeliz, se cree alemán». — «Quiero que vayas a la secretaría y le des un beso en la boca a ese animal». — «Estudia Educación, Carmen, es lo único a lo que puede aspirar una inútil como tú» — «Es la verdad, señor Lorenzo, Santiago Arismendi tiene más de tres meses acosando a Eliana; la llama a deshoras, le manda mensajes llenos de groserías». El agua penetró mis zapatos. Me empapó las medias. Llegué al nivel principal del centro comercial. La farmacia quedaba en el segundo piso. «Supongo que algún día te pasará lo mismo, Eli. Te desangrarás por el culo, te pegarán un VPH, una sífilis, un herpes, alguna mierda. Tú nunca llegarás a vieja». Los clips de *Brazzers*, grabados en un *pen drive*, fueron copiados a la *laptop*. Cerré la puerta del cuarto. Saqué la ropita. Solo bastaron cuatro golpes, cuatro pajas; guardé los restos empapados dentro del neceser y lo escondí en la gaveta de las franelas. Las escaleras mecánicas no funcionaban. Recordé una extraña secuencia: dormía en el sofá de la casa de Lorena. Desperté atolondrado. Carmen y Lorena hablaban al fondo, en voz baja. «Quiero que Eliana se venga conmigo a Estados Unidos. Te quiero, gordita. Por favor, no le digas nada a Alain. Nunca lo entendería, él no es como nosotras. Carmen, ¡cuídate de él! ¡Aléjate de él! Abre los ojos, Alain es malo». — «Todo esto ha sido muy difícil para nosotros. A Loló le daba mucha pena hablar con usted pero sentí que era mi deber decirle lo que estaba pasando». «Hablé con los carajos de *CumLouder*, en octubre te harán una prueba, será tu primer clip. No te asustes, pagan bien». — «Lorena, acéptalo, eres una puta. Repite conmigo anda: soy una puta». — «Deberías invitarla a salir, chuléatela, haz que te brinde curda, comida y si no te da asco, te la coges; sería el peor polvo de tu vida pero puede ser divertido» — «Jezabel como tal no significa nada; solo es una puta famosa... como lo serás tú» — Regresé al apartamento. Eliana estaba histérica. ¡Cállate ya! No seas ridícula, ¿quieres? La golpeé en el estómago, duro, cayó de rodillas. — «Todo el mundo sabe que este país es una franquicia del infierno» — Escuché los eructos. El cuerpo se le dobló por las arcadas. No podía respirar. La mancha verde, con fragmentos orgánicos y lácteos, empatucó los muebles. Caminó hasta el cuarto. ¡Vete!, gritó en medio de la náusea. Ya se calmará, pensé. Carmen y Lorena me esperaban en el ascensor. «Muchachas, ya lo tengo, ya sé lo que haremos: vamos a destruirle la vida». Salí del apartamento sin cerrar la puerta.

«¡Barral! ¿Cómo estás?», escuché de repente. Me costó reconocer al imberbe. Los ojos del extraño eran grandes y sin forma. ¿Quién es este infeliz?, me pregunté. Sostenía en su mano derecha un pote de champú. Lo reconocí cuando, apelando a cordiales clichés, citó la expresión *cuánto tiempo*. El profesor Rafael me saludó con cariño. La coincidencia parecía una burla, un testigo de cargo pagado por un Dios sin oficio. «¡Profesor!», respondí sonreído, tratando de ignorar las denuncias de la memoria. Me dijo que ya no era profesor, que desde hacía muchos años trabajaba en una empresa inmobiliaria. Parecía feliz. Quise preguntarle por su esposa y por su hijo pero no me atreví. La conciencia exigía un mínimo de reserva. Me molestó su temperamento jovial, su locuaz palabreo de seminario. La cola en la caja era larga. Una vieja judía discutía con la cajera sobre los beneficios de una promoción de desodorantes. El profesor Rafael quedó delante de mí. Hablaba sin parar, me contaba las bondades de Dios y todos los dones con los que lo había premiado la vida. Mis sienes titilaban por el dolor. La cabeza, en cualquier momento, haría reventar dos o tres aneurismas. «¿No volvió a dar clases?», pregunté impasible. «No todo el mundo tiene vocación para la docencia. Aquello fue un error pero no me arrepiento, Barral —dijo tranquilo—. Todas las experiencias de la vida te enseñan algo positivo. Lo mejor es lo que sucede». *Lo mejor es lo que sucede*, repetí incrédulo. ¡Maldito hijo de puta! Te destruí la vida, acabé con tu trabajo, probablemente con tu matrimonio, con tu concepto superficial de familia, te hice llorar como un carajito y todavía tienes el descaro de decir que lo mejor es lo que sucede. Sentí deseos de golpearlo. Su pose de falsa tolerancia me resultaba ofensiva. «Su esposa, ¿cómo está?», pregunté. «¿Quién?». La señora judía no compró los desodorantes. Se fue molesta. Insultó a la cajera, le dijo que esa promoción era un engaño a la buena fe del consumidor. Llegó el turno del profesor. Colocó sobre la mesa el pote de champú. «Su esposa...», agregué. Pareció comprender. «¡Ah! ¿Andrea? No funcionó. Nos separamos hace tiempo». No me atreví a preguntar por el hijo ni por los problemas de salud que se habían rumoreado en el colegio. «Los caminos de Dios son inescrutables», agregó el perdedor. Sacó un billete. La cajera se molestó por la alta denominación, frunció el ceño y le dijo que no tenía cambio. «Y tú, Barral, ¿cómo has estado? ¿Qué tal el trabajo? ¿Te casaste?» Hurgó en sus bolsillos. Completó el monto con dinero suelto. Respondí cualquier pendejada. «Solo hay que tener paciencia, hijo. El tiempo de Dios es perfecto —dijo al despedirse. *El coño de su madre*, pensé—. A pesar de las dificultades, siempre nos queda la posibilidad de ser felices».

El tropiezo con el profesor Rafael me hizo tomar una decisión irrevocable: *que se jodan*. No me interesa pasar el resto de mi vida asediado por culpas innecesarias. La memoria estorba. Los remordimientos, en el fondo, son un acto de profunda debilidad. Sin conflictos imaginarios, daré por verdadera mi versión de la historia. Gasté todas las fuerzas de mi juventud pensando que había existido un crimen real, fabulando con las motivaciones de sospechosos y culpables. La idea de un posible asesino desbarató mi equilibrio. Caí bajo, muy bajo. Llegué incluso, mortificado por la duda, a pedirle a un imbécil que investigara sobre lo que había ocurrido. Ahora sé que Eliana murió por su culpa, por su estupidez. Ella es la única responsable. Lorena y Carmen no tienen nada que decir, ellas no pueden juzgarme. Adoptaré mi inocencia sin conflicto. No tengo por qué sentirme responsable. A fin de cuentas, nadie se muere por un coñazo. Nadie se muere por echar un *waffle*. En la vida real debo resolver un único problema: la soledad. El humor arisco y árido del vacío es la única carga que me pesa. Tendré que aprender a conformarme con explorar las entrañas del Salvador de turno; puede que alguno termine gustándome. Siempre habrá algún malviviente interesado en ceder los derechos de su afecto. No tengo corazón, lo sé. Esa condición, sin embargo, no supone el fin del mundo. En el fondo, es bueno saber que no volveré a perder el tiempo haciéndome necesario para nadie. «Lo que pasa, Alain, es que tú no tienes alma. —me dijo Giancarlo el día de nuestra ruptura, borracho, triste—. Solo te deseo una cosa, mi niño. Ojalá que algún día se te ensanche el corazón y así no tengas más remedio que aprender a querer a las personas». Me gustó la invectiva. El aforismo me pareció original, cursi pero genuino. Meses más tarde supe que esa sentencia era la coda de una clásica maldición gitana. Me reí solo. Me burlé de él y de mí mismo. El universo es un plagio. Los seres humanos son un fraude. Sé que no debo quejarme. En el fondo soy un privilegiado por no tener que padecer el infortunio de amar.

Eduardo Sánchez Rugeles

Madrid, 8 de diciembre de 2012 (7:40 a. m.)

EL AUTOR Y SU OBRA

EDUARDO SANCHEZ RUGELES

SPECIAL_IMAGE-i3-REPLACE_ME

Ha publicado *Blue label / Etiqueta azul* (Libros de El Nacional, 2010), ganadora del Premio Iberoamericano de Novela Arturo Usler Pietri; *Transilvania, unplugged* (Alfaguara, 2011), finalista en el mismo concurso; y el libro de relatos *Los desterrados* (Ediciones B de Venezuela, 2011). En 2012 publicó *Liubliana* (Ediciones B de Venezuela / Bruguera), novela que obtuvo en México el primer lugar del Certamen Internacional de Literatura Letras del Bicentenario, Sor Juana Inés de la Cruz 2011. Ha participado en eventos como III Biental Internacional, Libera la palabra, PEN Club Internacional (Santiago de Compostela, 2010); III Encuentro de Jóvenes Narradores (Casa de América, Madrid, 2011), Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2012, y Festival Fábula, Literaturas Mundiales, Eslovenia, 2013. Mantiene el blog literario-personal: www.sanchezrugeles.wordpress.com. Licenciado en Letras (Universidad Católica Andrés Bello, Caracas); Licenciado en Filosofía (Universidad Central de Venezuela); Magister en Estudios Latinoamericanos (Universidad Autónoma de Madrid) y en Estudios Literarios (Universidad Complutense de Madrid).

JEZABEL

El libro que usted tiene en sus manos forma parte de una colección que llamamos *Vértigo*. La titulamos así porque vivimos con esa sensación vertiginosa de que está a punto de ocurrir algo. Podemos hacernos los locos, pero sentimos que el abismo está ahí, es cuestión de suerte, en cualquier momento se nos cumple un sueño o se nos hace realidad una pesadilla.

La idea era escudriñar en nuestra muy particular forma de ser, en nuestras contradicciones, en cómo ejercemos de víctimas o victimarios. Convocamos a un grupo de escritores tan distintos como extraordinarios, y les propusimos escribir una novela negra, o policial, porque consideramos que un crimen es una excusa perfecta

para desnudar a unos personajes y a la sociedad en la que viven.

La propuesta incluyó una suerte de "reglas del juego": el crimen debía involucrar a una mujer. Podía ser la víctima, la criminal o la encargada de resolver el caso. O todas. Nos motivó el presentimiento de que eso podía ser muy útil a la hora de intentar entender un país tan femenino y al mismo tiempo tan machista como el nuestro.

Los estrechos lazos que unen a los personajes de esta novela parecen comenzar a romperse cuando la noticia de una mujer muerta da inicio a esta historia. Así empieza a escucharse la voz de Alain Barral, el protagonista, quien a través de sus recuerdos intenta resolver un crimen que ocurrió en su adolescencia, etapa que el autor utiliza como contexto para presentarnos a unos jóvenes que viven de prisa y al límite, y que se excusan en el sexo, las drogas, los amores iniciáticos y los errores que se arrastran de por vida, para ocultar las carencias de una generación herida, desorientada. Nuevo relato de la pluma de Sánchez Rugeles con el que se confirma su talento de gran narrador. Rompedora, desgarrada, apasionante, inolvidable.